

¿QUIÉN DIJO POSESTRUCTURALISMO?

**LA CREACIÓN DE UNA GENERACIÓN
INTELLECTUAL**

JOHANNES ANGERMULLER



entelequia n° 2

ISBN: 978-84-948922-4-0
Depósito Legal: M-39994-2019
© 2019 Dado Ediciones

© Autor: Johannes Angermuller
Título: *¿Quién dijo posestructuralismo? La creación de una generación intelectual*
Epílogo: Mario Domínguez
Traducción al castellano: César Rendueles, Igor Sádaba y Mario Domínguez
Primera versión en castellano: Paula Benítez y Paola Fleitas

© Versión en inglés: *Why There Is No Poststructuralism in France. The Making of an Intellectual Generation*. Londres, Bloomsbury, 2015.

Colección: entelequia n° 2
Primera edición: Diciembre 2019
Maquetación: Dado Ediciones
Diseño de cubierta: Pablo Garayzar
Tipografía: Linux ^{liber}_{time} Linux Biolinum y Lovelo de Hans Rezler

Ediciones DADO
C/ Suecia, 100, 2
28022 Madrid
dadoediciones@gmail.com
www.dadoediciones.org
Producción gráfica: Gráficas de Diego

ÍNDICE

Prólogo	9
1. El campo intelectual en Francia	11
1.1 «Posestructuralismo»: ¿un malentendido internacional?	11
1.2 Estructuralismo y posestructuralismo en la sociología de los intelectuales	17
2. Estructuralismo versus posestructuralismo: El nacimiento de una generación intelectual	33
2.1 La evolución de la Teoría: Del estructuralismo al «posestructuralismo»	33
2.2 Por qué no hay posestructuralismo en Francia: Foucault, Derrida y cia. en el campo intelectual francés .	43
3. Auge y declive de la generación estructuralista	73
3.1 De modernidad a posmodernidad: el campo intelectual desde la Ilustración	73
3.2 El auge de las ciencias humanas en los años sesenta y setenta	79
3.3 La formación de la generación estructuralista	96
3.4 El giro neoliberal de los años ochenta	104
4. De la Teoría en Francia a la Teoría francesa: La creación del «posestructuralismo» en la universidad posnacional	119
5. El momento de la Teoría: lo social tras la sociedad	139
Epílogo por Mario Domínguez Sánchez	169
Notas	179
Referencias	195
El autor	228

**¿Quién dijo posestructuralismo?
La creación de una generación intelectual**

JOHANNES ANGERMULLER

Traducción al castellano por César Rendueles,
Igor Sádaba y Mario Domínguez
Primera versión de Paula Benítez y Paola Fleitas

Prólogo

Este libro se inspiró inicialmente en un seminario impartido por Fredric Jameson en la Universidad de Duke en 1995, seminario que despertó mi pasión por lo que hoy en día se llama «Teoría» –el debate crítico en las ciencias sociales y las humanidades dirigido por figuras seminales de Europa y Estados Unidos como Jacques Derrida y Michel Foucault, Judith Butler y Slavoj Žižek–. Mientras realizaba mi doctorado bajo la supervisión de Dominique Maingueneau en París 12, Créteil (2000-2003), me interesé por la Teoría como un discurso que se refiere a sus contextos sociales de acogida. Cuando llegué a la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* en 2012, donde algunos de los pioneros de la Teoría como Roland Barthes y Jacques Derrida habían enseñado, sentí que había llegado el momento de dar cuenta de la Teoría como un fenómeno histórico que había encendido la imaginación de generaciones de seguidores y comentaristas y cuyo estudio estaba ahora canonizado en las disciplinas.

Este libro comienza con un relato sociohistórico del auge y declive del estructuralismo en Francia bajo el marco de la teoría del campo de la producción simbólica de Pierre Bourdieu. Contextualizando un cuerpo de conocimientos teóricos un tanto característicos, este estudio considera a la Teoría como un discurso que se origina en un determinado tiempo y lugar, concretamente en Francia a finales de los años sesenta. La teoría comenzó con los polémicos debates sobre el estructuralismo, que en su mayoría han sido recibidos bajo

la bandera del posestructuralismo en otras partes del mundo. A la luz de las diferentes formas en que los protagonistas de la Teoría han sido recibidos en el interior y fuera de Francia, este libro insiste en los contextos sociales e institucionales en los que se puede escribir y leer el mismo conjunto de textos teóricos. Sin embargo, se considerará asimismo la Teoría como fuente de inspiración para la teoría social actual. Lo que este libro pretende hacer entonces es situar históricamente la teoría social ya no tanto en el orden cerrado y establecido de la sociedad, sino considerar lo social como un desigual conjunto de vínculos y lazos frágiles, de prácticas heterogéneas y de identidades polifónicas y subjetividades.

1

El campo intelectual en Francia

1.1 «Posestructuralismo»: ¿un malentendido internacional?

Se ha discutido desde hace treinta años sobre los teóricos franceses de los años sesenta y setenta, tales como Michel Foucault y Jacques Derrida, presentados en los discursos intelectuales internacionales como representantes de un paradigma conocido como «posestructuralismo» (a veces conocido como Teoría Francesa, «teoría posmoderna», o «deconstrucción», menos frecuentemente como «constructivismo» o «antihumanismo»). Sin embargo, en Francia se desconoce el término «posestructuralismo». Es indiscutible que teóricos como Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Jacques Lacan, Louis Althusser, Julia Kristeva y Roland Barthes disfrutaron de una gran atención durante las controversias, marxistas, freudianas y estructuralistas, de los años sesenta y setenta. Pero en Francia, cabe preguntarse por qué los observadores internacionales les han colocado el particular prefijo «pos» a estos teóricos, cuyos proyectos alcanzaron la cima del interés público alrededor de 1970 y quienes por otra parte tenían muy poca relación entre sí. ¿Por qué se agruparon en un movimiento encabezado por figuras tan diferentes como Foucault y Derrida (véase Angermuller, 2007b)? Una entrevista realizada a Michel Foucault que se publicó en 1983 en la revista norteamericana *Telos* bajo el título de «Estructuralismo

y Posestructuralismo» documenta la falta de entendimiento al respecto por parte del supuesto líder del movimiento intelectual. Mientras el entrevistador norteamericano insistía en la posición de Foucault con relación al «posestructuralismo», este último respondía un tanto sorprendido e irritado «que detrás de lo que era conocido como estructuralismo, existía cierto problema (en términos generales, del sujeto y de la reformulación del sujeto). [Sin embargo, yo] no veo qué clase de problema es común para aquellos referidos a las personas que nosotros llamamos “posmoderno” o “posestructuralista”» (Foucault, 1994c: 447 [448]).^{1,2} Qué tragedia: ¡El líder de un movimiento que no sabe nada sobre su movimiento!

A pesar de las protestas adicionales de los demás teóricos franceses, incluido Derrida, quien calificó la identificación de su proyecto teórico con el «posmodernismo», el «posestructuralismo» y la crítica de las «metanarrativas» como un «grave error» (1999: 241-242), la etiqueta «posestructuralismo» se estableció por sí misma en el debate intelectual de los años ochenta y noventa en la América anglosajona, en Europa central, oriental y meridional, en América del sur y América central, y Asia oriental (en todos lados, a excepción de Francia). En ese sentido, Slavoj Žižek remarcó «el hecho crucial, pero constantemente ignorado, de que el propio término “posestructuralismo”, si bien está ligado a la Teoría Francesa, es un invento alemán y anglosajón. El término alude a la manera en la que el mundo anglosajón percibió y situó las teorías de Derrida, Foucault, Deleuze, etc. En Francia, nadie utiliza el término “posestructuralismo”» (Žižek, 1991: 142). E incluso hoy en día, las reacciones que los intelectua-

les franceses tienen al escuchar a sus colegas internacionales cuando hablan sobre el «posestructuralismo francés» tienden a variar desde el asombro hasta la irritación. Y cuando François Dosse, en un análisis verdaderamente relevante de las tendencias actuales en las ciencias sociales y humanas en Francia, consideró la existencia de un «ámbito intelectual posestructuralista» (Dosse, 1995: 19)³ que había surgido en ese país, los lectores internacionales no creen lo que ven sus ojos: que las clasificaciones de la historia intelectual recogen bajo el término de «posestructuralismo» precisamente a aquellos teóricos políticos liberales y filósofos morales neokantianos de los años ochenta que en su defensa de los derechos humanos, la democracia liberal y el individuo autónomo y libre, tratan de poner fin de una vez por todas al «sectarismo» político y a la «irresponsabilidad» política de un Jean-Paul Sartre, un Michel Foucault, o un Pierre Bourdieu.

¿Es posible que la discusión sobre «posestructuralismo francés» sea producto de un enorme malentendido internacional? Que las teorías de Foucault, Derrida y compañía circulen en una gran cantidad de contextos es una cosa, cómo se apropian esas teorías en sus diversos contextos es otra. Y cabe preguntarse «¿por qué los académicos literarios norteamericanos han dedicado tanta energía para importar el conocimiento francés, mientras que los estudios literarios de ambos países están intelectualmente tan desincronizados?» (Duell, 2000: 118). De hecho, el fenómeno del posestructuralismo es un ejemplo elocuente del papel del contexto en el que se reciben las ideas teóricas. ¿No se consideran estas teorías como productos de un movimiento o grupo intelectual

(«posestructuralista») en el debate internacional, mientras que en Francia se aprecian más bien como productos de teóricos de cierto período (específicamente de los años setenta)?

Así pues, al examinar las condiciones sociohistóricas en las cuales han surgido los discursos intelectuales sobre el estructuralismo y el posestructuralismo, este libro responde al descontento que a veces surge de la circulación irregular y asimétrica de ciertos textos, tanto de aquellos cuyo contexto de origen es un tanto abstruso en el debate internacional, como de la recepción internacional de los mismos en el ámbito francés (véase Angermuller, 2004a). Un ejemplo es la reacción de muchas teóricas feministas de Norteamérica quienes, tras volver de Francia, manifestaron su sorpresa por la falta de protagonismo [en la teoría feminista] de teóricos como Derrida y Foucault. Claire Goldberg Moses señala que las intelectuales francesas como Julia Kristeva, Hélène Cixous y Luce Irigaray, quienes no representaban más que una exigua minoría en el movimiento feminista francés, se consideran en Estados Unidos como representantes del incomparable «feminismo francés»: «Reconozcamos que el “feminismo francés” conocido en la academia estadounidense se creó en América» (Moses, 1998: 254, 257). En cambio, Naomi Schor nos recuerda la atención crítica que la corrección política y el multiculturalismo en Estados Unidos han recibido de los medios franceses. Estos encuentros han cuestionado a veces la fascinación por los teóricos franceses en Estados Unidos, y «lo que una vez fue una alianza izquierdista de intelectuales estadounidenses y franceses ahora se ha roto, al igual que a nivel nacional, las relaciones intelectuales francoestadou-

nidenses están en un mínimo histórico (¿cíclico?)» (Schor, 1992: 32). Del mismo modo, una observadora canadiense expresa su sorpresa al decir que «si alguien se ha quejado desde el principio de que “la crítica literaria” local parecía más “francesa” que “norteamericana”, lo contrario también es cierto: la “deconstrucción” comenzó a verse en gran medida como más norteamericana que francesa» (Comay, 1991: 47).

El gran interés por la Teoría Francesa en Estados Unidos tampoco puede pasar desapercibido en Francia. Para Joëlle Bahloul la exportación de la Teoría Francesa a Estados Unidos está asociada con el cambio de la perspectiva, durante la que «se recuperaron los grandes pensadores franceses de acuerdo con la tradición intelectual angloestadounidense [...] se habla más de Foucault, Derrida y Lévi-Strauss en Berkeley y particularmente en las universidades tejanas que en los seminarios antropológicos de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (donde Derrida y Barthes enseñaron)». Por mi parte, me sentí perplejo ante este cambio posestructuralista radical de los años ochenta (1991: 49, 52).⁴ Y Jean-Philippe Mathy dictaminó el «extraño destino de la Teoría Francesa» en Estados Unidos, para «lo que era originalmente un corpus de textos muy demandados, arcaicos, filosóficos y críticos de una cultura extranjera que ha dado lugar a lo largo del curso de la última década a uno de los asuntos internos más debatidos y con gran fervor en la reciente historia norteamericana, que habla sobre el multiculturalismo, el estado de las universidades del país, y el futuro propio del tejido social y moral» (Mathy, 2000: 31).

Aunque tal vez no causen el mismo revuelo en Francia que el que han generado en todo el mundo por la recepción

del posestructuralismo, teóricos como Foucault, Deleuze, Lacan, Derrida y Barthes pueden ser considerados, en las ciencias humanas francesas (*sciences humaines*) y dentro de la filosofía, como una referencia teórica modélica. Los seminarios impartidos en el *Collège international de philosophie*, cuyo cofundador fue Jacques Derrida, las «décadas» de Cerisy/Pontigny, los numerosos grupos de lectura sobre el psicoanálisis de Lacan, revistas como *Multitude*, dan testimonio de la presencia generalizada de estos teóricos, quienes se han establecido tanto en los campos de investigación académicos especializados como en discursos intelectuales más amplios al llegar el nuevo milenio.

En su monografía *French Theory*, François Cusset realiza su primer intento de hacer más accesible al público francés el debate estadounidense sobre el «posestructuralismo». Para Cusset «la traducción que tuvo lugar fue importante y duradera, y no puede reducirse a una efímera tendencia de moda» (2003: 285 [271]).⁵ Posteriormente, los nombres de los teóricos franceses «se volvieron intensamente sobrecodificados a medida que se americanizaban con lentitud y que sus acentos franceses desaparecían [...], mientras que en Francia el alcance de este fenómeno nunca se consideró de verdad» (2003: 12 [2]).⁶ Por lo tanto, el debate internacional sobre el «posestructuralismo francés» está teniendo cada vez más repercusión en la agenda intelectual francesa. Esto se aplica a algunos filósofos políticos en particular, quienes han vuelto a abrir el capítulo intelectual que había parecido finalizar con el giro neoliberal de los años ochenta, como Antonio Negri, quien se hizo famoso junto con Michael Hardt por la teo-

ría política de la globalización (Hardt y Negri, 2000, 2004). O Jacques Rancière, uno de los coautores de *Reading Capital* (Althusser *et al*, 1965), y actualmente uno de los críticos más productivos de la exclusión política y social (véase Rancière, 1995); y Alain Badiou. Los logros teóricos de esta época, pues, continúan teniendo un efecto más amplio, lo que en palabras de Badiou «*toute proportion gardée*, cabe comparar con los ejemplos de la Grecia clásica y la Ilustración en Alemania» (Badiou, 2005: 67).

1.2 Estructuralismo y posestructuralismo en la sociología de los intelectuales

Ya no es un tema de debates controvertidos el hecho que Foucault, Derrida y compañía se hayan convertido hoy en día en parámetros de referencia en el discurso teórico del arte y las humanidades, ni en Estados Unidos, donde ellos mismos se han establecido como representantes de los estudios culturales, ni en Alemania, donde las invectivas contra el «nihilismo» y el «nuevo conservadurismo» han mantenido el barniz sensacionalista de los años ochenta. Además, las ideas de estos teóricos han introducido una variedad de terrenos disciplinarios. Sin embargo, ¿cómo se puede tener en cuenta la configuración específica del campo intelectual en Francia alrededor de 1970 cuando una moda rápidamente sucedía a otra? La bibliografía académica actual ofrece muy poca información sobre los contextos históricos concretos de producción en los que la efervescencia intelectual del estructuralismo tuvo lugar en los años sesenta y setenta. De este modo, un

extraño desequilibrio entre el debate sobre la Teoría por un lado y la historia intelectual por el otro parece haber evitado hasta ahora un examen exhaustivo del contexto histórico de este fenómeno intelectual.

Respecto a la Teoría, el debate se ha transformado en un campo (al menos en el terreno artístico norteamericano) con su propia división subdisciplinaria del trabajo. Se han creado innumerables títulos siguiendo el estilo de «Derrida, Foucault, Deleuze...» y en/para/por «la identidad, los problemas, y los estudios poscoloniales, científicos, bíblicos, relacionados con la orientación sexual...» (véase Lamont y Witten, 1988). El catálogo de la biblioteca de la Universidad de Harvard (a partir de febrero de 2006) testimonia el asombroso éxito que estos teóricos han conocido en diferentes idiomas.

En la mayoría de los casos, el inglés predomina como fuente secundaria existente sobre estos teóricos franceses, a través del cual se pueden considerar a Baudrillard e Irigaray como un fenómeno casi exclusivamente angloestadounidense. Además, en los casos de Foucault, Derrida, Lyotard y Kristeva, esta fuente secundaria internacional en francés raramente supera el 15%. Los autores cuya fuente secundaria es en francés y presentan un mayor porcentaje son Lacan (40%) y Barthes (33%). Más aún, la repercusión internacional de los teóricos franceses puede compararse fácilmente con los teóricos alemanes más importantes. «Habermas», por ejemplo, aparece en 509 títulos (de estos, el 45% está en inglés, el 37% en alemán, el 6% en italiano, el 4% en francés y el 3% en castellano), mientras que «Luhmann» aparece en 117 títulos (de los que el 69% está en alemán). Curiosamente, una

búsqueda sobre el sintagma «posestructuralismo» da como resultado 234 títulos, de los cuales el 82% está en inglés. ¡Y ninguno proviene de Francia!

Tabla 1. Fuentes primarias y secundarias sobre los teóricos franceses

Nombre	Fuentes	Inglés	Francés	Alemán	Italiano	Castellano
Foucault	652	56%	15%	13%	7%	5%
Derrida	494	61%	15%	14%	8%	<1%
Lacan	444	45%	40%	11%	7%	2%
Barthes	230	49%	33%	11%	7%	2%
Lévi-Strauss	219	47%	24%	9%	13%	6%
Deleuze	201	49%	26%	17%	8%	2%
Althusser	119	34%	26%	16%	13%	8%
Liotard	118	53%	14%	20%	6%	2%
Bourdieu	118	51%	25%	18%	2%	6%
Kristeva	94	77%	12%	5%	3%	3%
Baudrillard	89	75%	3%	15%	2%	2%
Irigaray	76	83%	4%	5%	4%	0%

No hay pues escasez de resúmenes e introducciones a las ideas teóricas del posestructuralismo. Entre la gran cantidad de documentos detallados, existen algunos ejemplos destacados: en Estados Unidos, Jameson (1972), Lentricchia (1980), Kurzweil (1996), Culler (1982), Leitch (1983), Berman (1988) y Jay (1994); en Reino Unido, Eagleton (1983), Norris (1982), Easthope (1988) y Sarup (1988); en el mundo germanoparlante, Frank (1983), Schiwy (1985), Zima (1994), Welsch (1987), Münker/

Roesler (2000), Bossinade (2000) y Stäheli (2000a) y en Italia, Ferraris (1984) y Tarizzo (2003).⁷

Sin embargo, la variedad de investigaciones sobre los contextos históricos y sociales de estos teóricos resulta menos extensa. En el debate teórico posestructuralista prácticamente no se intenta ubicar a dichos teóricos en sus contextos socio-históricos (véase Turkle 1992; Starr 1995). Además, se debe tener en cuenta el amplio reflejo antihistórico y antiempírico que se ha convertido en un distintivo del debate posestructuralista (para una historiografía «textualista» del término Teoría véase: French, 1995). Sin embargo, respecto a la historia del pensamiento y a la sociología de los intelectuales, el posestructuralismo presenta una enorme página en blanco en la mayoría de los casos. Los historiadores a menudo prefieren los capítulos «cerrados» de la historia intelectual francesa (Charle, 1990; Karady, 1986; Ringer, 1992; Sirinelli, 1988). Por otro lado, pueden destacar la dimensión política (en el sentido estricto) de la práctica intelectual, que explica cierta preferencia por los intelectuales «comprometidos», desde Dreyfus hasta Sartre (Bering, 1982; Chebel d'Appolonia, 1991; Colliani, 2006: 248 y ss.; Darke, 1997; Dufay y Dufort, 1993; Ory y Sirinelli, 1992; Sirinelli, 1995; Sirinelli, 2005; Winock, 1999), así como también por la relación de los intelectuales con el Partido Comunista Francés (PCF) y el maoísmo (Bowd, 1999; Christofferson, 2004; Hazareesingh, 1991; Judt, 1986; Khilnani, 1993; Matonti, 2005; Verdès-Leroux, 1983; Wolin, 2010) o por los eventos de mayo de 1968 y sus consecuencias (Brillant, 2003; Combes, 1984; Long, 2013; Hamon y Rotman, 1987; Reader, 1993; Ross, 2002).⁸ Así pues, la sociología clásica de los in-

telectuales parece mantener a veces una debilidad por «la figura intelectual heroica» (Leymarie, 2001: 3)⁹ que adopta una postura en los grandes debates nacionales sobre las preguntas existenciales y los valores máximos, lo cual le permitía con frecuencia retroceder a un segundo plano ante las reacciones y repercusiones impredecibles habituales en el ámbito menos transparente de la esfera pública transnacional.¹⁰

Aun así, el modelo clásico del intelectual comprometido, que privilegia la dimensión política de la práctica intelectual en un ámbito público nacional, apenas puede explicar la generación intelectual formada durante los años sesenta y setenta en la controversia sobre el estructuralismo. Por un lado, los teóricos de esta generación intelectual, se autorreconocen como simples intelectuales políticos. Asimismo se distinguen por sus posturas sobre cuestiones teóricas y estéticas (para la búsqueda de perspectivas que también incluyen problemas estéticos véase Mongin, 1998; Ross, 2002; Kauppi, 2010). Por otro lado, el debate que generan supera con rapidez las fronteras nacionales y adopta esas dimensiones discursivas, difícilmente localizables, que se asocian hoy en día con el término posestructuralismo.

Algunas biografías intelectuales (*Jacques Lacan*: Rou-dinesco, 1993; *Michel Foucault*: Eribon, 1994; Pestaña, 2006; *Louis Althusser*: Boutang, 2002; *Jacques Derrida*: Peeters, 2010; Baring, 2011; Mikics, 2009; *Lévi-Strauss*: Wilcken, 2010; *Pierre Bourdieu*: Lescourret, 2008; *Roland Barthes*: Calvet, 1990; *Michel de Certeau*: Dosse, 2002; *Jean-Paul Sartre*: Cohen-Solal, 1989; *Raymond Aron*: Baverez, 1993) ofrecen un buen acceso al contexto intelectual de esa época. Asimismo, un número

de monografías que tratan de los grupos intelectuales en torno a ciertas revistas intelectuales demostraron ser útiles (Hourmant, 1997; Poel, 1992; *Tel Quel*: Kauppi, 1990; Forest, 1995; *Esprit*: Boudic, 2005; *Critique*: Patron, 2000; *Nouvelle Critique*: Matonti, 2005; *Les Temps modernes*: Boschetti, 1984; *Socialisme ou Barbarie*: Gottraux, 1997; *Annales*: Dosse, 1987; Raphael, 1994). Aun así, por más información que estas obras demuestran aportar con respecto a los contextos intelectuales de las personalidades históricas únicas o de un grupo intelectual particular, apenas son capaces de dar cuenta de la situación intelectual general de la época.

Entre la documentación que sitúa dentro de un contexto intelectual más amplio las numerosas tendencias intelectuales y los proyectos teóricos de los años sesenta y setenta, podemos citar *Historia del Estructuralismo* (1992) de François Dosse que brinda un panorama sustancial de las tendencias intelectuales de la época. Desafortunadamente esta obra a veces carece de precisión suficiente para justificar la reivindicación de constituir una obra de referencia (véase la crítica de Eribon, 1994: 95-97). Por el contrario, Rémy Rieffel en *La Tribu des Clercs* (1993) (*La tribu de los escribas*), trata rigurosamente de los lugares y las instituciones de la vida intelectual en Francia. Sin embargo, no le presta la debida atención a la dimensión simbólica de la práctica intelectual. Finalmente, se debe mencionar la monografía *French Intellectual Nobility* (1996) (*Aristocracia Intelectual Francesa*) de Niilo Kauppi tanto por ser informativa como por comprender una base teórica sustancial. Kauppi se inspira en un teórico quien no sólo considera a la reflexión sobre las condiciones sociohistóricas de

la práctica intelectual como el núcleo de su proyecto teórico, sino quien también se ha convertido en una figura paradigmática del discurso intelectual en Francia desde mediados de los años ochenta: Pierre Bourdieu.

No todos considerarían a Bourdieu como uno de los representantes de la generación intelectual de los años sesenta y setenta. Sin embargo, se pueden dar al menos dos razones para incluirlo en dicha clasificación contando con distintos observadores como Dosse (1992), Ferry (1988b: 22 [xviii]) y Kauppi (1996: 136).¹¹ En primer lugar, Bourdieu es uno de los primeros que contribuyó al auge de las ciencias sociales y humanas en los años sesenta en Francia e instaló una de las escuelas más importantes de las ciencias sociales francesas después de la guerra (junto con Raymond Aron, Michel Crozier, Raymond Boudon y Alain Touraine). En segundo lugar, la sociología de Bourdieu está influenciada por el dominio de la teoría lingüística y semiótica de la época. El hecho de que rindiera homenaje a «la construcción de una teoría cultural que fue creada tomando como modelo la lengua de Saussure» (Bourdieu, 1986: 41)¹² es algo que se ve reflejado en sus primeros proyectos antropológicos (véanse los «tres estudios» de Bourdieu, 1972), los cuales claramente están inspirados en Lévi-Strauss. Aunque al introducir el «habitus» hace referencia a las prácticas de los productores, en lugar de la normativa abstracta de las estructuras sociales y simbólicas (véase Bourdieu, 1972: 174 y siguientes), no cuestiona el principio saussureano en el cual se contempla el espacio social como un universo «donde existir significa ser diferente» (Bourdieu, 1992: 223 [157]; véase Bourdieu, 1979).¹³

No obstante, se debe subrayar la distancia que existe entre Bourdieu y la mayoría de los otros representantes de la generación estructuralista. Con una rotunda exhortación en favor de una investigación social empírica, Bourdieu se distancia de la filosofía marxista y visionaria de Althusser, del estilo reflexivo de escritura de Derrida, de las metáforas experimentales de Deleuze y de la actitud apodíctica de Lacan. Ciertamente hay una variedad de afinidades, en particular con Foucault, quien apoyó el nombramiento de su excompañero de clase de la *École Normal Supérieure* (ENS) para el *Collège de France* y compartió los intereses de Bourdieu relacionados con el poder, el cuerpo y el lenguaje. Pero más que en Foucault, Bourdieu confía en una estrategia que supone tanto un firme afianzamiento en instituciones académicas como en proyectos teóricos que sirven para las exigencias investigadoras del campo académico. Otra característica distintiva es el hecho de que la importancia que Bourdieu le daba a los discursos intelectuales y políticos en general había alcanzado su cúspide máxima en los años noventa, durante la huelga general de 1995 y la fundación de la red antiglobalización «Attac». Por lo tanto, quizás como el último gran maestro intelectual de su generación, la ética académica y científica de Bourdieu discrepa del estilo profético visionario que caracteriza a los proyectos intelectuales de 1970.

De este modo, una sociología de los intelectuales franceses pertenecientes al periodo de posguerra debería considerar a Bourdieu no sólo como un objeto sociológico, sino también como el creador de un enfoque de investigación que se ha establecido ampliamente en la sociología intelectual: la teoría

de campo de la producción simbólica.¹⁴ Bourdieu resaltaba las limitaciones sociales que afectaban a los productores simbólicos en su campo, como por ejemplo, en los campos del arte vanguardista (véase *Las Reglas del Arte*, 1992), de educación elitista (*Nobleza de Estado*, 1989), de filosofía (*Meditaciones pascalianas*, 1997b; *La ontología política de Martin Heidegger*, 1988) o de ciencias (naturales) (1997a). Otros campos se discuten en numerosos artículos (1966, 1971, 1973, 1976, 1981, 1984b, 1987, 1990, 1991, 1996, 1999; Bourdieu y Boltanski, 1975; Bourdieu y De Saint Martin, 1987).

A pesar de que Bourdieu no ofrece ninguna definición estándar del campo, se pueden extraer de sus escritos las siguientes características: como un microcosmos dentro de un macrocosmos (el espacio social), el campo constituye un terreno estructurado donde los productores simbólicos compiten por las mejores ganancias (tales como el reconocimiento simbólico e institucional). Al plantear sus desafíos y productos simbólicos en el mercado del campo simbólico, los productores simbólicos apuntan a expandir el volumen de su capital, que consiste en varios recursos más o menos convertibles de, por ejemplo, capital cultural (educación) o capital económico (como un salario estable). La batalla entre distinción y reconocimiento no es una disputa entre iguales. Equipados con una determinada cantidad de recursos y bienes, los productores simbólicos entran al campo y sitúan los desafíos simbólicos (textos, proyectos, declaraciones) en el mercado simbólico de bienes para aumentar el capital invertido y dominar a los competidores. Un campo se distingue por su autonomía relativa, es decir, por reglas que se definen

en el campo y por las cuales pueden evaluarse la ilegitimidad de los productos simbólicos y el éxito de los productores simbólicos. A lo largo del tiempo las diferencias y las reglas que organizaban el campo penetraban en el habitus de los productores. Como un sistema de predisposiciones interiorizado, relativamente estable y más o menos involuntario, el habitus garantiza la homogeneidad en el ámbito de las posiciones socioeconómicas y en el ámbito del estilo de vida cultura, gustos y formas simbólicas de expresión. El habitus estructura las percepciones y las acciones de los productores al sincronizarlas con las oposiciones constitutivas del campo. Al igual que un mecanismo de mediación entre la estructura del campo y la praxis de los productores, el habitus permite a los productores descifrar el sentido de las prácticas culturales y de los productos simbólicos de otros productores simbólicos y así producir reacciones espontáneas y soluciones apropiadas para situaciones nuevas.

El campo se distingue no sólo por su jerarquía vertical, establecida por el volumen desigual del capital de los productores, sino también por las diferencias horizontales que resultan de la composición específica de su capital. Mientras que el capital cultural (como la educación) predomina entre los productores en las áreas del campo que Bourdieu identifica por lo común con la «izquierda», el capital económico o el poder institucional dominan la «derecha» del campo. La diferencia entre «izquierda» y «derecha» puede dar lugar a un conflicto entre una fracción «espiritual» (cultural) y una «temporal» (económica e institucional) de la clase dominante. Esta oposición tiende a estar acompañada de diferentes estrategias y

preferencias normativas de los productores. Mientras se defiende la autonomía del campo contra la invasión externa, los productores de la fracción «espiritual» siguen las reglas «adecuadas» del campo, reglas que organizan la producción del poder intelectual, científico y artístico. Por lo tanto, los productores «espirituales» tienden hacia las estrategias que apuntan a la dominación «pura» y simbólica, por ejemplo, proyectos simbólicos con una declaración vanguardista, lo cual es habitual en la mayoría de los miembros de la generación estructuralista. Por el contrario, sus contrapartes en el polo «temporal», quienes poseen los medios institucionales y económicos para decidir la trayectoria del resto, tienden a comprometerse con valores culturales más conservadores. Al carecer de legitimidad cultural adecuada, tienden a utilizar estrategias heterónomas para aprovechar los recursos energéticos externos al campo. Las preferencias normativas de Bourdieu se hacen más evidentes cuando prefiere utilizar las estrategias de producción autónomas antes que las heterónomas y cuando considera la defensa de las condiciones autónomas como la misión principal de los intelectuales.

Junto con la teoría de la mediación entre estructura y práctica, Bourdieu aboga por una sociología de los productores simbólicos que defiendan una distribución desigual del capital a costa de una sociología de los productos simbólicos. Al rechazar la «lectura interna» de los productos simbólicos que se sintetizan a partir del contexto social de su producción, Bourdieu señala las limitaciones y relaciones sociales de poder que afectan a los productores simbólicos, sin importar si mantienen estrategias de producción «autónomas» o «hete-

rónomas». Sin embargo, de acuerdo con Bourdieu, una «lectura externa» tampoco representa una solución convincente al rastrear el significado de los productos simbólicos hasta su contexto social de origen, dado que esto hace del texto una mera función de su contexto. Como alternativa, sugiere un procedimiento que, a través de un constante ir y venir entre lecturas internas y externas, reconstruya las estructuras del campo y de ese modo logre vencer la división entre el contexto social y el texto simbólico (Bourdieu, 1992: 288 [205]).

Por consiguiente, mientras que la producción simbólica de los intelectuales se halla sujeta a fuerzas sociales e institucionales, sus posiciones no están predeterminadas por la estructura del campo. En cambio, el campo debe concebirse como una estructura cuya objetividad es limitada y que demanda continuamente una reorganización tanto institucional como simbólica. En la medida en que la producción simbólica de los intelectuales da lugar a un excelente ejemplo de obligada innovación, de originalidad y singularidad en un terreno institucional bastante estable de relaciones sociales, el marco teórico de Bourdieu resulta útil. Y ante las condiciones específicas de la práctica intelectual en Francia, su enfoque puede resultar del todo ineludible.

Como mínimo pueden citarse tres aspectos que hacen de la teoría del campo una herramienta especialmente pertinente para analizar la situación de los intelectuales en Francia. En primer lugar, la rivalidad entre el centro opositor y la periferia es muy potente. De hecho, es tan poderosa que la vida intelectual en París a veces se utiliza como sinónimo de la vida intelectual en Francia, especialmente si pensamos

en tendencias intelectuales como el existencialismo y el estructuralismo. La profunda centralización de la producción simbólica deja marcas en el habitus de los productores, los cuales están dispuestos a buscar sus más importantes modelos a seguir, sus competidores y sus aliados en zonas geográficas bastante limitadas: una zona de unos 26 kilómetros cuadrados delimitada por *Porte de Clignancourt* al norte, *Porte d'Orléans* al sur, *Bois de Vincennes* al este y *Bois de Boulogne* al oeste. De hecho, pocos lugares están habitados por tantos académicos, artistas y eruditos independientes como la aglomeración que hay en París (*Île-de-France*, o Isla de Francia). Hay aproximadamente 600.000 estudiantes (*Ministère Éducation Nationale*, 2007), alrededor de 80.000 investigadores en sectores públicos y privados (lo que corresponde en torno al 40% de los investigadores en Francia, véase *Ministère Éducation Nationale*, 2005: 326), 60.000 profesores de secundaria, 16.000 docentes universitarios e investigadores (¡Cifra que ni siquiera incluye otras numerosas instituciones de educación superior! Véase *Préfecture Île-de-France*, 2006), al menos el mismo número de docentes e investigadores que viven en la capital pero que trabajan en las «provincias», así como también un amplio y desconocido número de artistas, periodistas y eruditos independientes. ¿Es de extrañar que la comunicación científica se produzca más rápido en este espacio que en cualquier otro lugar? ¿Constituye una sorpresa que las relaciones personales entre intelectuales abarquen la gama emocional en su totalidad, desde amigos cercanos hasta una antipatía profundamente cultivada? Si a veces el capital se asemeja a un universo intelectual altamente concentrado y

en cierto modo autosuficiente, ¿es de extrañar que tendencias de fuera de París (ya sea de otro lugar dentro de Francia, o del mundo francófono, o de países donde no se habla francés) tarden en ocasiones décadas en adquirir un punto de apoyo?

En segundo lugar, los intelectuales en Francia pueden ser bastante peculiares con respecto a sus niveles relativamente altos de disposición para organizarse a nivel nacional, ya sea en grupos en cierto modo consolidados institucionalmente, ya sea con afiliaciones más o menos exclusivas. En estos clanes, los productores no sólo actúan sobre el escenario, sino que también operan entre bastidores. Un individuo puede acceder a posiciones, recursos e informaciones necesarias tan sólo una vez que se haya convertido en miembro de un grupo. Un individuo tiene la oportunidad de ganar influencia simbólica e institucional a nivel nacional únicamente como portavoz público de un grupo.

En tercer lugar, hay un mercado desarrollado para bienes simbólicos (libros, revistas y obras de arte), que puede conseguir gran visibilidad pública para ciertos productores. Debido a leyes que protegen a los libros y su comercio, a un sistema diferenciado de librerías independientes y, no menos importante, a la presencia de librerías decentes de investigación, las cifras de venta de las publicaciones académicas a menudo eclipsan a las de otros países. Incluso en las ciencias sociales y humanidades, la producción de libros puede llegar a convertirse en un negocio lucrativo ya que el lector no siempre se limita a un círculo académico especial.

Estas tres características (centralización y concentración, el rol de los grupos y las redes, y un mercado desarrollado

para bienes simbólicos) demuestran las condiciones únicas de la vida intelectual en Francia. Sin embargo, no menciono estos puntos para apoyar la tesis de una *exception française* o el mito de «los intelectuales franceses». Por el contrario, quiero recordar las fuerzas sociales específicas que afectan a los productores simbólicos: la presencia de otros productores simbólicos que el individuo que quiere estar activo como un intelectual no puede evitar. Al parecer, en el contexto francés las líneas de diferenciación (arriba/abajo, dentro/fuera) son tan eficaces y estables como evidentes. Tal es la razón por la que quizá resulta especialmente difícil para el individuo aislado no desarrollar la impresión de que se está enfrentando al campo como un todo. El campo está ahí, cada día y en situaciones diferentes, sin importar la posición que el productor ocupe. Como expresó un observador norteamericano, «en Francia uno se ve forzado, no importa su posición, a hablar del campo como una totalidad» (Lemert, 1981: 651).

¿Cómo podemos justificar al campo que dio lugar a la Teoría? Sin tener en cuenta los contenidos teóricos, este libro prefiere indagar en cómo se asocian los textos teóricos con sus contextos y cómo se leen en sus campos. De este modo, lo que sigue a continuación no es la «historia» de la Teoría, sino en cierto modo, la «prehistoria», que comenzó en Francia en los años sesenta y setenta bajo el eslogan del «estructuralismo» y después fue recibida internacionalmente bajo el nombre de «posestructuralismo».

Este libro presenta un cuadro histórico del campo intelectual en Francia después de la guerra al seguir el auge y declive de la generación estructuralista. Después de leer la

recepción internacional del «posestructuralismo» (sección 2.1), en el capítulo 2 se desarrollarán las líneas institucionales del conflicto que hacen difícil considerar a los teóricos «posestructuralistas» como un grupo con un programa en común en el contexto francés (sección 2.2). En el capítulo 3 se ofrecerá un informe histórico de la evolución institucional del campo intelectual en Francia, constituido por tres polos importantes de producción simbólica: artes y ciencias, medios de comunicación, y estética. Después de presentar un modelo sociocultural del cambio (sección 3.1), se explicará el auge y declive de la Teoría en Francia (secciones 3.2 a 3.4). En el capítulo 4, se discutirá cómo la Teoría en Francia se ha convertido en la «Teoría Francesa» dentro de las humanidades norteamericanas. Los capítulos del 1 al 4 se basan en la teoría de campo de Bourdieu para abordar la creación de la Teoría en Francia y en el extranjero, y en el capítulo 5 se reflejarán las perspectivas posclásicas que la Teoría puede ayudar a abrir en el pensamiento social.

2

Estructuralismo versus posestructuralismo: el nacimiento de una generación intelectual

2.1 La evolución de la teoría: del estructuralismo al posestructuralismo

Se conoce generalmente al «posestructuralismo» por proponer un debate teórico en las ciencias sociales y las humanidades que se articula en torno a temas como el «giro lingüístico», la «crisis de representación», la «descentralización del sujeto» o la «crítica del esencialismo». ¿Qué caracteriza este debate internacional e interdisciplinario que alude una y otra vez a ciertos teóricos franceses? Los acercamientos habituales al posestructuralismo por lo común comienzan con un canon de autores, encabezado por Jacques Derrida (filósofo de la deconstrucción) y Michel Foucault (analista histórico del poder y del discurso). Junto a estos teóricos podemos mencionar al psicoanalista Jacques Lacan, a los filósofos del deseo Gilles Deleuze y Jean-François Lyotard (al último se le clasifica, además, como un teórico del posmodernismo), así como también a los analistas culturales Roland Barthes y Jean Baudrillard. Asimismo, se mencionan en este contexto al filósofo marxista Louis Althusser y al antropólogo Claude Lévi-Strauss, si bien en estos casos el prefijo «pos-» no se utiliza con tanta facilidad. Luego vienen los teóricos que pertenecen a la «segunda guardia» del posestructuralismo: la escritora psicoanalítica Julia Kristeva, el etnógrafo de la vida cotidiana

Michel de Certeau, el historiador de la ciencia Michel Serres, el teórico de los medios Paul Virilio, y el semiótico Umberto Eco, así como también otros representantes de la tradición «continental», como Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger, Georg Wilhelm Friedrich Hegel y Karl Marx, Sigmund Freud y Walter Benjamin, a quienes se les percibe de acuerdo con la forma en que fueron recibidos en Francia.

En las humanidades norteamericanas, la canonización del posestructuralismo comenzó diez años después de la conferencia sobre la controversia posestructuralista que se llevó a cabo en la Universidad John Hopkins en octubre de 1966 (Macksey y Donato, 1970). En dicha conferencia varios teóricos franceses (Jacques Derrida, Jacques Lacan, Roland Barthes y Gérard Genette incluidos) hablaron por primera vez frente a una audiencia norteamericana (véase el número especial de *Yale French Studies* editado por Ehrmann, 1970). Durante ese evento, los estadounidenses aprendieron que, si bien el estructuralismo estaba entre las últimas modas intelectuales de París, los cuestionamientos críticos del estructuralismo de Saussure (por ejemplo, en Derrida) demostraban que ya estaban emergiendo nuevas tendencias. Por lo tanto, mientras se ridiculizaba con frecuencia al estructuralismo, el posestructuralismo se convertía rápidamente en un término general que designaba a diversas ramas provenientes de Europa continental. Con la Escuela de la Deconstrucción de Yale formándose en torno a Paul de Man, una teoría literaria cercana a Jacques Derrida, y teniendo en cuenta la estancia de Michel Foucault en la Universidad de California en Berkeley, el recibimiento de estos eruditos ganó un fuerte impulso en

las humanidades de Norteamérica. Como resultado de este intercambio intelectual transatlántico, algunos textos teóricos franceses se abrieron camino dentro de las humanidades norteamericanas, especialmente dentro de la crítica literaria y de un nuevo campo constituido: la Teoría, término popularizado por críticos literarios como Jonathan Culler (1982), Paul de Man (1986) y Fredric Jameson (1989), entre otros. Mientras la corriente principal de la academia francesa fue en gran medida ignorada en esta transferencia, los teóricos franceses que eran recibidos en Norteamérica pronto representaron al epítome del pensamiento «francés». Muchos de estos jóvenes investigadores de la época impulsaron la teorización, la intelectualización y la politización de las humanidades al referirse a estas figuras canónicas de la Teoría.

La introducción de la «Teoría Continental» demostró ser un desafío intelectual que desencadenaría el surgimiento de la actividad teórica entre los críticos literarios. Fue el turno de los traductores y comentaristas que suscitaron el debate que pronto trascendió los confines disciplinarios y nacionales de las humanidades en Estados Unidos. En dicho debate, aquellos que sabían cómo mediar entre las diferentes regiones disciplinarias y lingüísticas se convirtieron en figuras intelectuales destacadas. Una importante cabeza de puente fue el crítico literario Paul de Man, quien, junto con Jacques Derrida, impulsó con vehemencia la lectura retórica de textos literarios. Numerosos colegas se unieron a estos dos eruditos en la Universidad de Yale (véase Bloom y otros, 1979), donde también se reclutaron a Barbara Johnson y Fredric Jameson (quien inició un giro hacia la teoría cultural marxista). Si bien de Man

y los demás críticos defendían la literatura ante la hiper-teorización y sistematización, él y otros en Yale, que luego formaron la «Escuela de Yale», facilitaron el crecimiento de los enfoques intelectuales y teóricos bajo los auspicios «continentales» (véase Lentricchia, 1980). Algunos de los discípulos se volvieron pioneros de los «Estudios» (estudios culturales, *queer*, poscoloniales, etc.), como Gayatri Spivak, quien tradujo *De la grammatologie* de Derrida, y desempeñaron un papel importante en el debate sobre el poscolonialismo junto con Edward Said y Homi Bhabha. Los Departamentos de francés en Yale, Cornell, Hopkins y otros lugares tuvieron un papel significativo en la creación de la Teoría Francesa conocida a través de publicaciones como *Yale French Studies* o *Diacritics*.

En la década de 1990, Judith Butler y Slavoj Žižek se convirtieron en celebridades intelectuales de la Teoría al hacer campaña a favor de Lacan y Hegel. Sin embargo, la influencia francesa se mostró no sólo en los proyectos teóricos ambiciosos, sino también en el vocabulario teórico que vino a dar forma al surgimiento de los «Estudios Culturales». Como propuso John Guillory (1999), el éxito de los «Estudios Culturales» marcó una evolución desde la «Teoría Superior» de la Escuela de Yale a la «Teoría Inferior» o los «Estudios Culturales». Alrededor de la década de 1980, mientras el textualismo reflexivo de la Escuela de Yale dominaba la Teoría en la Costa Este, las cuestiones histórico-políticas se adueñaron del escenario en la Costa Oeste, donde Foucault había dejado su marca durante su estancia en la Universidad de California, Berkeley.

Desde mediados de los años noventa, el debate sobre el

posestructuralismo o la Teoría ha ido orientando su camino hacia Europa cada vez más, donde incluso se ha anunciado una tercera etapa en la discusión en torno al posestructuralismo. A través de este rodeo norteamericano, las teorías francesas de los años sesenta y setenta se discuten en la filosofía y la teoría política actuales, como se puede apreciar en los trabajos posteriores de Žižek y Derrida. En Gran Bretaña, el *Center for Contemporary Cultural Studies* (conocido como CCCS por sus siglas en inglés) en Birmingham, bajo el liderazgo de Stuart Hall (Hall y otros, 1980), estuvo activo en los años setenta y ochenta, mientras que la *Essex School* se formó en torno a Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en los años noventa (Laclau, 1990, 1996; Laclau y Mouffe, 1985). Estos académicos se interesaron en especial por la reformulación teórica de la cuestión de la ideología y del sujeto tal y como lo habían planteado inicialmente Althusser, Lacan y Derrida. Durante el transcurso de los años noventa en Francia se estableció además un debate en filosofía política que se vería fuertemente influido por antiguos althusserianos como Etienne Balibar (1992) y Jacques Rancière (1995), así como también por Alain Badiou (1998, 2003). En el contexto mediterráneo, son los teóricos de *Empire* y de *Multitude*, Antonio Negri y Michael Hardt (2000, 2004, véase también la revista *Multitude*, editada por Yann Moulier Boutang), así como también Giorgio Agamben (1995), quienes discutieron de manera crítica las zonas de exclusión incorporadas en las democracias occidentales al plantear las cuestiones de biopolítica y soberanía en el período posnacional. Posterior a estos impulsos, una vívida discusión también tuvo lugar en el ámbito

germanoparlante con los estudios de la gubernamentalidad (Lemke, 1997; Bröckling, Krasmann y Lemke, 2000) y el deconstructivismo de género (Hark, 1996). En las ciencias sociales, la noción de una sociedad similar a un recipiente cerrado se ve sometida a investigaciones críticas (Bonacker, 2003; Angermuller, 2007a) con el trasfondo de la teoría del discurso (Angermuller, 2004b; Marchart, 2005; Nonhoff, 2006) y los Estudios Culturales (Hepp y Winter, 1999; Reuter y Wieser, 2006). En algunos casos se podría citar a la Teoría de Sistemas de Luhmann (Stäheli, 2000a; Stäheli, 2000b) y la «Teoría Crítica» posthabermasiana (*Frankfurter Arbeitskreis für Politische Philosophie und Theorie*, 2004; Bonacker, 2000) como aliados teóricos. Tal vez es muy temprano para hablar de una tercera fase en la recepción del posestructuralismo. Sin embargo, en la actualidad, como el marxismo y el psicoanálisis en los años sesenta, las teorías francesas de los años sesenta y setenta han dado a luz a una gran abundancia de proyectos teóricos que también han influenciado a los activistas políticos y productores culturales fuera de las universidades.

La Tabla 2 resume los diferentes momentos de la discusión que rodearon al «estructuralismo» y al «posestructuralismo». Es preciso subrayar la función heurística de este mapa ya que el término general «posestructuralismo» comprende problemas y cuestiones teóricas bastantes variadas. Particularmente en el debate angloamericano, se relaciona en ocasiones al «posestructuralismo» con el «posmodernismo» y se lo ve como un proyecto opuesto a la modernidad. Como palabra clave para el pasado «europeo», la «modernidad» se refiere tanto al «modernismo» (los movimientos estéticos

de vanguardia en el primer tercio del siglo xx) como a la «modernización» (la diferenciación funcional de las sociedades modernas en crecimiento desde la ilustración política del siglo XVIII, véase la sección 3.1). Frente al orden, la unidad y la pureza de lo moderno, los posestructuralistas norteamericanos recurren a veces a la contingencia, el pluralismo y la heterogeneidad de lo posmoderno (un objeto teórico importante del posestructuralismo). Las interpretaciones estándar del posestructuralismo seguirían suscribiendo tanto la crítica de estos temas mencionados como el problemático esfuerzo hermenéutico para entenderlo. Los posestructuralistas, según dicen, no conciben al lenguaje como una expresión de significado intencional, sino como un juego o intercambio de diferencias materiales que jamás podrá controlarse por completo. Por último, y esto probablemente se aplica sobre todo a la discusión europea, el posestructuralismo descentra la noción de estructura, ya sea a través de la temporalidad de la estructura o a través del descubrimiento de elementos marginales o excluidos considerados también constitutivos de la propia estructura.

Desde el punto de vista de la historia de las ideas, el posestructuralismo parece designar a menudo, especialmente en el debate norteamericano, un «después» («pos-») sin un «antes» («estructuralismo»). Si bien la teoría de los arquetipos de Northrop Frye (1957) o el *New Criticism* pueden servir como oponentes imaginarios, jamás ha existido un movimiento estructuralista de pleno derecho para ser después superado por el posestructuralismo en las humanidades norteamericanas.

Tabla 2. Tres momentos de la Teoría

Hitos de discusión	Alrededor de 1970 en Francia	Alrededor de 1980 en Estados Unidos	Desde mediados de los años noventa en Europa
Etiquetas comunes	<i>structuralisme, Marxisme, psychanalyse</i>	(Alta) Teoría Estudios (Culturales), sobre todo en Yale: posestructuralismo	En Alemania: <i>Poststrukturalismus, Dekonstruktivismus, (radikaler) Konstruktivismus</i>
Representantes claves	Lacan, Althusser, Foucault, Lévi-Strauss, Deleuze, Derrida, Lyotard, Barthes, Certeau, Kristeva, Baudrillard	Paul de Man, Judith Butler, Gayatri Spivak, Fredric Jameson, Edward Said, Homi Bhabha	Slavoj Žižek, Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Giorgio Agamben, Antonio Negri, Jacques Rancière, Alain Badiou, quizás Niklas Luhmann
Oponente (imaginario)	Humanismo	Modernidad (europea), esencialismo, oposición binaria	«Antigua Teoría Europea», sujeto autónomo, sociedad-contenedora
Disciplina principal	Lingüística	Crítica literaria (principalmente inglés)	Teoría y filosofía política, especialmente en Alemania: constructivismo cognitivo y radical
Disciplinas incluidas o relacionadas	<i>sciences humaines</i> (a favor de la lingüística, en contra de la filosofía)	Humanidades (sin ciencias sociales, lingüística, filosofía)	En Alemania: <i>Sozial- und Geisteswissenschaften</i>
«Paradigma»	–	Posestructuralismo	

Sólo gracias al desvío a través de Norteamérica los teóricos franceses, muchos de los cuales se conocen como «estructuralistas» en Francia, se han convertido en «posestructuralistas» en el resto del mundo.¹ Sin embargo, un examen más detenido de los teóricos en cuestión probablemente revelaría la inconsistencia que supone tratar a los representantes profesados del estructuralismo (francés) como otros imaginarios del posestructuralismo, tales como Lévi-Strauss o Althusser, quienes subscriben completamente la crítica posestructuralista de los fundamentos, centros y orígenes. Por lo tanto, una definición del posestructuralismo resultaría difícil, entre otras cosas porque a menudo el debate sobre el mismo gira menos alrededor de un conjunto de supuestos comunes que de ciertas cuestiones polémicas como la «crisis de representación» o el problema de identidad versus el de diferencia. La cuestión, entonces, no se refiere tanto a los rasgos comunes del movimiento agrupado bajo el título de posestructuralismo, sino a cómo es que los diversos productores, productos y posiciones se agrupan bajo un término común. ¿No es el fenómeno del posestructuralismo un ejemplo de movimiento cuya unidad es un efecto imaginario producido por su recepción? De hecho, quizás cabe preguntarse cómo los lectores de los textos teóricos los atribuyen a los movimientos o a las agrupaciones de productores. Por lo tanto, en vez de definir al «posestructuralismo», sería mejor preguntarnos sobre los efectos paradigmáticos producidos en los contextos en los que circulan los textos teóricos.

2.2 Por qué no hay posestructuralismo en Francia: Foucault, Derrida y compañía en el campo intelectual francés

Se desconoce en Francia la etiqueta de «posestructuralismo», tal y como viene siendo utilizada en el discurso intelectual internacional. Sin embargo, teóricos como Foucault, Derrida y compañía, quienes fueron contemporáneos de la efervescencia estructuralista en los años sesenta, son muy conocidos. No obstante, el «estructuralismo» y el «posestructuralismo» no son términos intercambiables para el mismo modelo teórico. La definición de este fenómeno intelectual se ve complicada por el hecho de que las dos etiquetas, por lo general, suponen diferentes visiones sobre la disputa en cuestión. El «posestructuralismo», establecido desde finales de los años sesenta en las artes y las ciencias sociales, normalmente se asocia a un movimiento intelectual encabezado por Foucault y Derrida, mientras que el «estructuralismo» se refiere a una breve discusión teórica justo antes de 1968, a la que estos intelectuales se referían ya sea de una forma positiva o negativa. A continuación, tomaré como punto de partida el marco dominante en el campo francés, la perspectiva «estructuralista» según la cual estos teóricos ocupan posiciones diferentes en el espacio intelectual. En el contexto de la teoría del campo de producción simbólica de Bourdieu, las siguientes secciones tratarán de revelar cómo los intelectuales postsartreanos se dispersaron en el campo intelectual a lo largo de ejes simbólicos e institucionales de distinción y conflicto.

2.2.1 Ejes teóricos de conflicto: estructuralistas y ex-, anti- y no estructuralistas

Los años sesenta y setenta fueron tiempos de cambios de tendencias y modas que constantemente forzaban a los productores simbólicos a crear nuevas distinciones, alianzas y vueltas. Dichos productores, que a través de sus proyectos teóricos cubrían la creciente demanda de orientación intelectual, tuvieron una alta visibilidad. Después del «pontificado» sartreano de los años 1940 y 1950 (Boschetti, 1984), la coyuntura teórica de los años sesenta se presentó siguiendo el desarrollo del modelo lingüístico de Saussure. ¿Quiénes eran los teóricos y cuáles eran las ideas agrupadas bajo el nombre de «estructuralismo»? En «Cómo reconocer el estructuralismo» del año 1967, Gilles Deleuze observa lo siguiente:

«En el contexto actual, es habitual asignar nombres, proveer ejemplos correcta o incorrectamente: un lingüista como R. Jakobson; un sociólogo como C. Lévi-Strauss; un psicoanalista como J. Lacan; un filósofo que revigora la epistemología como M. Foucault; un filósofo marxista que una vez más retoma el problema de la interpretación marxista como L. Althusser; un crítico literario como R. Barthes; escritores tales como aquellos del grupo *Tel Quel* [...] Algunos de ellos no desdeñan la palabra “estructuralismo” y utilizan las palabras “estructura” y “estructural”. Otros prefieren el término saussuriano “sistema”». (Deleuze, 2002: 238 [170])²

El filósofo destaca entonces siete criterios que le permiten reconocer el «estructuralismo», a saber: el acento en la dimen-

sión simbólica, la posición dentro del sistema, la distinción entre lo diferencial y lo singular, el problema de lo diferenciado (*différenciant*) y la diferenciación (*différenciation*), la organización de series, y, finalmente, el lugar vacío (*case vide*).

Mientras los lingüistas y semióticos (como Émile Benveniste, A.J. Greimas o Roman Jakobson) eran usualmente recibidos solo a través de intermediarios intelectuales, los productores de las ciencias sociales y humanas utilizaron teorías lingüísticamente informadas para oponerse a la filosofía y a las humanidades tradicionales con una ciencia rigurosa de la vida cultural y social. Su proximidad a otras corrientes intelectuales de la época resultó ser decisiva para la hegemonía de la teoría estructuralista del signo, particularmente su proximidad al psicoanálisis, establecida por Lacan en la estela de Freud, así como también al marxismo, que ganó respetabilidad académica gracias a Jean-Paul Sartre y Louis Althusser, entre otros. Todas estas corrientes fueron transversales a las disciplinas tradicionales y alcanzaron regiones no académicas del campo intelectual provocando como consecuencia que Boudon (1980) hablara de un «movimiento freudiano marxista estructuralista» (FMS por sus siglas en inglés).³

1966 fue el año en que se publicó la mayoría de las obras consideradas como las principales declaraciones programáticas del estructuralismo. Después de *Mythologies* (*Mitologías*) de Roland Barthes (1957), *Anthropologie Structurale* (*Antropología estructural*) de Claude Lévi-Strauss (1958), *Essais de Linguistique Générale* (*Ensayos de lingüística general*) de Roman Jakobson (1963) y *Lire Le Capital* (*Para leer el capital*) del círculo de Althusser (Althusser, Balibar, Establet, Mache-

rey y Rancière, 1965), aparecieron *Écrits (Escritos)* de Jacques Lacan (1966) y *Les Mots et les choses (Las palabras y las cosas)* de Michel Foucault (1966), cada una de las cuales vendieron más de 100.000 copias; el primer volumen de *Problèmes de linguistique générale (Problemas de lingüística general)* de Émile Benveniste (1966), *Sémantique structurale (Semántica estructural)* de A.J. Greimas (1966), *Pour une théorie de la production littéraire (Para una Teoría de la Producción Literaria)* de Pierre Macherey (1966) y, a intervalos cortos, *Grammatologie (De la gramatología)* de Jacques Derrida (1967a), *Qu'est-ce que le structuralisme? (¿Qué es estructuralismo?)* de Ducrot et al. (1968), el comentario crítico sobre el estructuralismo de Gilles Deleuze, *Différence et répétition (Diferencia y repetición)*, 1968, *Σημειωτική (Desire in Language: A Semiotic Approach to Literature and Art)* en inglés, no existe traducción oficial en castellano) de Julia Kristeva (1969), el volumen de artículos seleccionados de *Tel Quel, Théorie d'Ensemble* (1968), *Pour une critique de l'économie politique du signe (Crítica de la economía política del signo)* de Jean Baudrillard (1972), *Esquisse d'une théorie de la pratique (Bosquejo de una teoría de la práctica)* de Pierre Bourdieu (1972) y *Freud, Marx: Économie et symbolique (Symbolic Economies: After Marx and Freud)* en inglés, no existe traducción oficial en castellano) de Jean-Joseph Goux (1973).

Como el «otro» imaginario de tales teorías, el lector contemporáneo de estos textos posiblemente reconozca las filosofías del sujeto y la conciencia, es decir, el «humanismo», que incluye por un lado la filosofía institucional conservadora y la sabiduría humanista de la vieja escuela (con Paul Ricoeur

como quizá la punta de lanza más eminente, ver Ricoeur, 1961; y también con figuras menos prominentes como Dufrenne, 1968; Gusdorf, 1988), o, por otro lado, antiguos filósofos de vanguardia como Jean-Paul Sartre (1960) y Merleau-Ponty, quienes desempeñaron una función intermediaria entre el existencialismo y el estructuralismo en las carreras tempranas de Foucault y Bourdieu. Los intelectuales humanistas se basaron ampliamente en el idealismo alemán del siglo XIX y de comienzos del siglo XX, cuyos textos en su mayoría no se habían traducido al francés hasta después de la guerra. También lo hicieron muchos teóricos de la veta estructuralista para quienes ciertos filósofos alemanes desempeñaron un papel importante: junto a Nietzsche, las tres «H» en particular: Hegel, Husserl y Heidegger. Aun así, a pesar de la presencia de ciertos filósofos (como Derrida, Deleuze y Althusser), el debate sobre el estructuralismo traicionó la posición defensiva de la filosofía como una disciplina (Pinto, 2007). De este modo, los estructuralistas, a diferencia del trabajo puramente conceptual de la filosofía humanista, tendieron a defender la investigación empíricamente orientada. ¿Se refleja la burocratización y el crecimiento tecnológico masivo después de la guerra, como Crozier lo sugiere (1963), en los ataques de los estructuralistas a las «especulaciones» filosóficas de un Sartre o un Ricoeur? ¿O acaso la coyuntura del estructuralismo marcó más bien la transición de los educadores humanistas a los trabajadores de equipo orientados a la investigación, como sugiere Bourdieu (1989: 482 y ss. [336 y ss.])?

Sin embargo, no se deben pasar por alto las diferencias entre aquellos que mantuvieron una lealtad duradera hacia la

teoría estructuralista de la diferencia (Lévi-Strauss, Derrida, Bourdieu) y aquellos quienes sólo apoyaron al estructuralismo de vez en cuando (Foucault, Barthes, Kristeva, Baudrillard y Lacan). Más aún, tampoco se deben pasar por alto las diferentes aproximaciones a lo simbólico. Las teorías clásicas (saussureanas) de la diferencia (Lévi-Strauss, Derrida) coexistieron con la teoría semántica inspirada por la lógica (Greimas), y quizá también por la semiótica de Peirce (Lacan) o la pragmática inicial de Austin (Foucault, 1969). Finalmente, se debe mencionar a los filósofos que, como Deleuze, Lyotard y Certeau, compartieron la crítica estructuralista del humanismo a pesar de que ellos nunca se adhirieron al modelo estructuralista. En retrospectiva, el observador intelectual fechará el punto culminante de la fase científica del estructuralismo en el corto período alrededor del año 1966, que terminó con los eventos de mayo/junio de 1968 (Morin, 1986: 75). Aun así, las secuelas intelectuales del estructuralismo, por ejemplo, las filosofías del deseo (Lacan, Lyotard y Deleuze), se siguieron experimentando hasta comienzos de los años ochenta, cuando la esfera pública presenció una transición en las nuevas reglas del juego intelectual, señalado con más claridad por los nuevos filósofos (*nouveaux philosophes*) y la ofensiva de la teoría política neoliberal (véase Sección 3.4).

Entonces, incluso una mirada superficial al discurso de aquella época muestra que el estructuralismo no fue un movimiento que se formó en torno a un programa teórico homogéneo. Más bien, fue un evento definido por toda una generación de teóricos de diferentes orientaciones. A pesar de que la etiqueta «estructuralismo» se aceptó raras veces (qui-

zá por Althusser) y se la mantuvo mayoritariamente «fuera de alcance»,⁴ el rechazo de parte de los principales protagonistas no afectó negativamente a su eficacia simbólica (véase Auzias, 1967; Benoist, 1980; Crémant, 1969; Furet, 1967; Wahl, 1973).^{5,6} En consecuencia, los siguientes ejes de conflicto, oposición y controversia, característicos del discurso intelectual en la Francia de los años sesenta y setenta, no se pueden medir o percibir únicamente en los textos. Es la conexión discursiva de los textos con ciertos contextos de producción la que establece la eficacia específica en el discurso intelectual.

2.2.2 El escenario del conflicto político: el partido comunista y 1968

A raíz del recibimiento de la antropología estructural de Lévi-Strauss a principios de los años sesenta, la etiqueta «estructuralismo» comenzó a ser citada con el fin de designar un contraproyecto teórico del existencialismo de Sartre. Se consideró la disputa entre Sartre y Lévi-Strauss como un conflicto entre la diacronía y la sincronía, el dialecto y la diferencia, la práctica subjetiva y la estructura objetiva, el compromiso político y la descripción reflexiva. Sin embargo, los eventos de 1968 forzaron cada vez más a los representantes de la generación estructuralista a adoptar una postura en cuestiones políticas. El debate político público de la época fue muy agitado. Foucault, por ejemplo, después de una breve pertenencia al partido comunista a principios de los años cincuenta y una fase liberal en los años sesenta, se convirtió al maoísmo en 1969 y se hizo activista

del movimiento anticárceles. Foucault contrarrestó el sar-treano del intelectual «total» con el modelo del intelectual «específico». La revista *Tel Quel*, encabezada por Philippe Sollers, experimentó cambios de rumbo aún más dramáticos pasando de la estética apolítica del *Nouveau Roman* justo antes de los levantamientos estudiantiles al Partido Comunista Francés (PCF). Desde 1971 en adelante, Sollers se acercó al maoísmo para descubrir, en un número especial sobre *Estados Unidos* (1977), las ventajas del individualismo liberal. No todos reaccionaron a 1968 con una orientación notablemente izquierdista. Barthes, por ejemplo, que había defendido a Bertold Brecht en los años 1950, mantuvo, como Lévi-Strauss, Bourdieu y Derrida, cierta distancia con los eventos de 1968. Althusser, Deleuze, Certeau, Lyotard y Foucault, en cambio, pelearon con entusiasmo al lado de los estudiantes después del nombramiento de Barthes en el *Collège de France* (1969). Althusser y Deleuze se podrían clasificar como miembros pertenecientes al polo izquierdo del espectro político. Se debe considerar moderadamente izquierdistas a Lévi-Strauss, Barthes, Derrida y al sacerdote jesuita Certeau. Lacan, quien había simpatizado con el catolicismo e incluso con la extrema derecha en los años treinta, mantuvo una distancia crítica con la izquierda (y con la política en general) a lo largo de su vida.

La cuestión estudiantil dividió a los intelectuales de finales de los años sesenta tal y como lo había hecho el Partido Comunista algunos años atrás (véase Verdès-Leroux, 1983). Aun así, como testifican los casos de Althusser y *Tel Quel*, la influencia del partido en el campo intelectual se extendió

hasta mucho después de 1968 y solo retrocedió con el colapso de la Unión de la Izquierda (1977). En realidad, el *ethos* estructuralista era antagonista y anti-institucional. Pero, en torno a 1970, estar «en contra del sistema» no era una actitud particularmente llamativa. Sólo con cierta retrospectiva, después del giro neoliberal de los años ochenta, se puede percibir la orientación predominantemente izquierdista de estos intelectuales como un rasgo distintivo.

Al igual que la multiplicidad de puntos de vista teóricos formulada en sus textos, la gran diversidad entre sus convicciones políticas ostentosamente publicitadas subraya cuán dispersos estaban estos teóricos en el espacio intelectual. Ciertamente, solo pueden clasificarse como un movimiento unificado en la medida que su producción teórica no esté sujeta a un escrutinio o análisis minucioso. Los lectores, por supuesto, no siempre necesitan basarse en una lectura «exacta» de los textos para comprender la posición relativa de los productores respecto a otros. Los lectores normalmente tienen un rango de información no textual a su disposición, extraída de una manera u otra dentro del proceso interpretativo. Así tienen, por lo general, cierto conocimiento sobre la posición que los autores ocupaban en las redes sociales o académicas (véase sección 2.2.3) y en la división disciplinaria del trabajo entre las *sciences humaines* y la filosofía académica (véase sección 2.2.4). Conocen habitualmente las posturas de estos teóricos frente a las trayectorias de la educación formal (véase sección 2.2.5) y las posiciones institucionales en el mundo académico (véase sección 2.2.6).

2.2.3 Escuelas, clanes, redes

A pesar de apenas tematizarse en los textos teóricos, la «persona» del ámbito intelectual desempeña un papel importante en el discurso intelectual. Los productores se relacionan con otros productores mediante redes de comunicación, escuelas u otras asociaciones (Trebitsch, 1992). Estas redes, que pueden extenderse más allá de las fronteras de las disciplinas, y que contaban con vínculos fuera de París, se caracterizan a menudo por una pertenencia relativamente exclusiva y una jerarquía entre el líder del clan y sus seguidores. En las universidades se pueden formar redes relativamente duraderas y, a veces, convertirse en escuelas teóricamente integradas (las reglas burocráticas, jerarquías institucionales y relaciones pedagógicas entre profesores y estudiantes pueden asegurar condiciones institucionales estables para la reproducción de productores simbólicos dentro de la red). Sin embargo, el espacio intelectual más difuso donde circulan muchos productores de la rama estructuralista tiende a ofrecer condiciones menos favorables para la creación de escuelas reconocidas. Como se demostrará en la sección 2.2.6, estos productores tendieron a mantener cierta distancia del centro institucional, de las universidades tradicionales de París que controlan la entrega de diplomas y la reproducción de los productores académicos. En la coyuntura intelectual específica alrededor del año 1970, no obstante, la debilidad institucional de tales productores resultó ser una fuerza considerable, mientras las nuevas tendencias intelectuales se sucedían casi anualmente. Sin la carga de las dependencias y lealtades institucionales,

podieron desarrollar por tanto una identidad sin compromisos en el discurso intelectual.

Entre los intelectuales académicos de la generación estructuralista, dominaba la figura del solitario (*solitaire*), que contrastaba con los «mandarines» (*patrons*) de las universidades y sus subordinados (Clark, 1971; Cohen, 1978: 70-72). A pesar de ello, algunos representantes de la generación estructuralista tuvieron éxito estableciendo escuelas. La *École Freudienne* de Lacan, fundada en 1964 después de ser excluido de la Asociación Psicoanalítica Internacional (A.P.I.), se volvió el epicentro de un gran número de desarrollos teóricos. En la *École Freudienne* de Lacan, se combinó la apertura de un movimiento anti-institucional con el dogmatismo de una doctrina profesada en seminarios de tipo masivo (Roudinesco, 1993). Otra escuela estuvo encabezada por Louis Althusser quien, como *caïman* («mentor» y más tarde, *maître de conférences* o «profesor»), estuvo a cargo de estudiantes de élite en la *École Normale Supérieure* (*ENS*). En el ambiente protegido y exclusivo de la *ENS*, Althusser reunió a jóvenes filósofos como Pierre Macherey, Roger Establet, Etienne Balibar, Régis Debray, Jacques Rancière, Jacques-Alain Miller, Jean-Claude Milner y Robert Linhart (Rieffel, 1993: 432), algunos de los cuales (por ejemplo, Michel Pêcheux) establecieron sus propias escuelas en las universidades.

Al contrario de Lacan y Althusser, Foucault y Levi-Strauss, como profesores del *Collège de France*, siguieron siendo figuras más solitarias, con una considerable presencia mediática y buenos contactos en los sectores instituciona-

les del sistema académico francés, aunque no generaron sus propias cuadrillas de estudiantes. Una razón importante es que el *Collège de France* no concedía diplomas o doctorados y el tema del seminario debía cambiarse cada año. Por el contrario, una escuela institucionalmente consolidada –la *École de Paris*– se formó alrededor A. J. Greimas. No obstante, debido a su carácter técnico, la semiótica de Greimas disfrutó de poca atención en un ámbito intelectual más amplio. En la *École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS)*, Roland Barthes creó un grupo amplio de académicos literarios, expertos en medios de comunicación y semióticos, que pertenecían a los círculos más reducidos (por ejemplo, Todorov, Genette, Greimas, Metz, Burgelin, Brémond) y amplios (Sollers, Kristeva, Wahl, Faye, véase Rieffel, 1993: 430 y ss.) de Barthes. El grupo formado alrededor de la revista *Tel Quel* de Philippe Sollers, al contrario, adoptó el carácter de una unidad de combate bien apiñada «con papismo, excomuniación, tribunales» (Deleuze, 1977: [4]).⁷ Sus numerosos cambios de posición causaron conmoción una y otra vez. A la vista de los incontables giros teóricos, les resultó difícil a Barthes y a Sollers consolidar sus escuelas. Una escuela muy conectada emergió alrededor del seminario de Derrida en la *EHESS* (que incluye a Jean-Joseph Goux, Sarah Kofman, Hélène Cixous y Jean-Luc Nancy), donde se alcanzó una gran audiencia internacional en los años ochenta y noventa.

En la controversia estructuralista, dos grupos unieron fuerzas: por un lado, figuras académicamente establecidas, aunque bastante solitarias, como Foucault y Lévi-Strauss y, por otro, figuras institucionalmente marginales como

Lacan y Althusser, quienes consiguieron gran seguimiento intelectual. Estas posturas «contradictorias» dificultaron al observador típico de la época la posibilidad de percibir a los miembros de la generación estructuralista como pertenecientes a un movimiento intelectual o a un colectivo de pensamiento. Quizá tal observador también podría haberse informado, a partir de una revista de artes o de rumores, de diversas relaciones personales que estos teóricos mantuvieron entre ellos. Se sabe, por ejemplo, que Jacques-Alain Miller, quien publicó los seminarios de Lacan, estaba casado con la hija de Lacan, Judith, cuya madre, Sylvia, a su vez había sido la esposa de Georges Bataille. Julia Kristeva se casó con Philippe Sollers a finales de 1965, justo después de su llegada de Bulgaria. Sylviane Agacinski, quien se convertiría en la esposa del primer ministro socialista Lionel Jospin desde 1994 en adelante, tuvo un hijo con Jacques Derrida. Durante un tiempo en la época de los años sesenta, Lacan realizó un seminario en la *ENS* con el apoyo de Althusser. Foucault mantuvo un vínculo cercano y amistoso con Barthes y con Althusser, a diferencia de Derrida, a quien tuteló por un corto período a comienzos de los años cincuenta en la *ENS*, pero se alejó después de una pelea a principios de los años setenta. Por último, Foucault comenzó a consumir drogas y convirtió su apartamento parisino en un punto de encuentro para citas homosexuales (Lindon, 2011). Esta información contextual también desempeña un papel en el discurso en el que se combinan elementos textuales y no textuales.

2.2.4 Grietas disciplinarias entre las ciencias humanas y la filosofía

Una vez finalizada la Guerra de Independencia de Argelia a principios de los años sesenta, el gobierno francés se embarcó en una expansión sin precedentes de la educación superior. Las ciencias sociales y humanas (*sciences humaines et sociales*), que comúnmente abarcan disciplinas como la antropología y tal vez la historia, así como también las ciencias sociales (sociología, etnología, geografía, ciencias políticas y economía) y las llamadas ciencias del comportamiento (psicología, psiquiatría, psicoanálisis, véase Pêcheux, 1969), se beneficiaron particularmente de la creación de nuevas universidades, instituciones y carreras. Mientras este auge de la enseñanza superior intensificaba la tensión con las disciplinas canónicas de las humanidades, en particular con Filosofía y Letras (en Francia), las ciencias sociales y humanas atraieron a muchos investigadores intelectualmente ambiciosos y constituyeron así una audiencia importante para los teóricos de la generación estructuralista. Más a menudo que las ciencias humanas, las humanidades se vinculaban a los bachilleratos (*lycées*) por su orientación más pedagógica (Fabiani, 1988: 9). Desde Napoleón I, la filosofía había tenido a su disposición un lugar central institucional para la reproducción de sus productores, la *École Normale Supérieure* (*ENS, Rue d'Ulm*). Si bien el propósito inicial de la *ENS* era educar a los profesores de filosofía de bachillerato, en el curso del siglo XIX este se convirtió en un centro educativo de cuadros para nuevos reclutas universitarios en todo el espectro de las humanidades.

En comparación con los sistemas académicos occidentales, las ciencias humanas francesas estaban bastante menos desarrolladas hasta el período de posguerra, con excepción quizá de la Historia, que se desarrolló de forma independiente desde el principio (sobre el éxito de la Escuela de los Annales, ver Raphael, 1994: 79 y ss.). En muchas *facultés* del siglo XIX dominó la figura del intelectual de biblioteca, menos inclinado a la investigación y más arraigado en el sistema secundario (véase Karady, 1986: 271). No fue sino hasta finales del siglo XIX cuando las universidades también comenzaron a distinguirse como lugares de investigación independiente. Un conocido ejemplo es el «*ex-normalien*», Émile Durkheim, quien encarnó la *Nouvelle Sorbonne* en el cambio de siglo. Después de la muerte de su líder, la escuela de Durkheim se desintegró y la sociología como disciplina tuvo que volver a empezar de nuevo tras la Segunda Guerra Mundial (Pollak, 1978; Karady, 1976). La expansión masiva de la enseñanza superior en los años sesenta fue la única que le ofreció a las ciencias sociales y a las disciplinas artísticas la oportunidad de enfrentarse permanentemente a las humanidades establecidas como ciencias independientes. Además, las tendencias transdisciplinarias como el marxismo y el psicoanálisis, introducidas en un amplio debate intelectual por Sartre, Althusser y Lacan, podrían establecerse ahora en contextos académicos. La diferencia entre las disciplinas «modernas» de las ciencias humanas y las disciplinas «canónicas» no sólo es una cuestión de tradiciones disciplinarias y formas de pensar, sino también de trayectorias académicas. Así, en las ciencias humanas, los exámenes estatales tales como los *concours*, necesarios para ingresar

en la *ENS*, o la *agrégation*, que califica para emplearse en los institutos de secundaria y las universidades (*facultés*), son la excepción. Mientras las carreras académicas en las ciencias sociales no dependen generalmente de la enseñanza en institutos o de los exámenes estatales, se valoran en especial los logros de investigación certificados por un doctorado.

En los años sesenta, el creciente papel de la investigación académica, al contrario de la enseñanza en educación secundaria, propició un ideal de pedagogo humanista de orientación más conceptual. De este modo, no fue sorprendente que, como resultado de la expansión de la enseñanza superior (que pasó de largo a la filosofía), las relaciones entre las ciencias humanas y la filosofía se volvieron más tensas. Aun así, la filosofía, que sufrió una notable pérdida de prestigio a lo largo de los años sesenta, siguió desempeñando una suerte de papel «subterráneo» en las ciencias humanas, ya que muchos de los pioneros teóricos de estas disciplinas nuevas eran *normaliens* que le habían dado la espalda a la filosofía. Los antiguos filósofos como Foucault, Bourdieu, Lévi-Strauss, Oswald Ducrot y Michel Pêcheux trajeron consigo una cultura filosófica y una creatividad conceptual desde la *ENS*, que les ayudó a definir las líneas teóricas para los nuevos campos de investigación durante un período de agitación institucional. Los *normaliens* que, como Althusser y Derrida, se aferraron a sus viejas disciplinas, se enfrentaron a la rancia atmósfera de una disciplina en la que las trayectorias profesionales reproductivas (como la *agrégation*) y las nociones más conservadoras de la cultura filosófica prevalecían (Bourdieu, 1983). Frente a este abismo institucional, Foucault y Derrida discutieron

sobre la cuestión de la locura en la filosofía de Descartes a principios de los años setenta (Angermuller, 2019). En esta amarga controversia, Foucault reaccionó ante el reproche de Derrida de que no entendía la perspectiva de Descartes (véase el capítulo «Cogito e historia de la locura» en Derrida, 1967b) con un ataque hacia su «crítica escolástica» (*explication de texte*) (véase el apéndice en la segunda edición de 1972 basado en Foucault, de 1961). Este tenso conflicto entre las disciplinas nuevas y las canónicas incrementó la distancia entre filósofos (Derrida, Althusser, Deleuze y Lyotard), antiguos filósofos (Foucault, Bourdieu y Lévi-Strauss) y quienes no eran filósofos (Baudrillard, Barthes, Kristeva, Greimas y Benveniste).

2.2.5 Medios alternativos de educación: los investigadores de élite versus los resúmenes coloridos

La competencia discursiva necesaria para volverse simbólicamente visible en el campo solo puede obtenerse bajo circunstancias especiales. Los investigadores que ingresaron en el campo académico a través de, en términos de Bourdieu, la «puerta pequeña», es decir, vía carreras universitarias estándares (1989), raramente cubrían la creciente demanda de la innovación teórica alrededor de 1970 (la excepción que aquí confirma la regla, serían Lyotard y Baudrillard, por ejemplo). Intelectuales de ambos extremos, tanto los mejores como los marginados, protagonizan ahora la escena (productores académicos que entraron en el campo intelectual a través de la «puerta principal» de la *ENS* o que comenzaron como artistas creativos libres y académicos independientes). Por lo tanto,

las trayectorias profesionales de estos intelectuales pueden diferenciarse en dos tipos. El tipo 1 está dotado de una legitimidad académica indiscutible. Los representantes de este tipo han dominado las reglas del discurso académico y los aparatos institucionales tan bien que se pueden tomar la libertad de romper las reglas de manera controlada y limitada, lo que les permitía cambiar las reglas de la producción simbólica hasta cierto punto. El tipo 2 abarca a los «hombres de letras», autodidactas, productores carentes de capital académico certificado que, en una situación de ideas y tendencias en constante cambio, destacan por su forma particular de vida, su creatividad individual y su movilidad teórica. Foucault, Derrida, Deleuze, Althusser, Bourdieu y Genette, quienes encabezaron las «carreras-*normaliens*», pueden clasificarse dentro del tipo 1, junto con Lévi-Strauss, Benveniste y Greimas. Sin embargo, dentro del tipo 2 podemos encontrar a Lacan, Barthes y Sollers, quienes no estaban provistos de títulos académicos en los campos de investigación. Kristeva, Todorov y Greimas vinieron del extranjero. Bajo el contexto de la creciente capacidad de las instituciones de investigación para incluir a estos productores, tales autores y autoras pudieron ocupar posiciones académicas en Francia.

Entre los representantes del tipo 1, algunos de los filósofos y antiguos filósofos de la *École Normale Supérieure* (*Rue d'Ulm*) desempeñaron un papel particular. Su amplia cultura filosófica y firmeza conceptual, su eficacia y, no menos importante, sus dotes de improvisación los ayudaron a establecerse en un discurso intelectual que rápidamente recompensó proyectos teóricos complejos e innovadores

con gran publicidad. Liderado por la rama de *Rue d'Ulm* en París, donde la filosofía, los estudios literarios y las ciencias naturales dominaban, el sistema educativo de la *ENS* reclutó a sus «estudiantes» (*élèves*) a través de un concurso competitivo (*concours*). La admisión a la *ENS* se asocia por lo general con una beca escolar y alojamientos, pero no con un programa de B.A. (*Bachelor of Arts*) o M.A. (*Master of Art*), ya que desde el comienzo del siglo xx los *normaliens* tenían que obtener sus diplomas en las universidades. Después de cuatro años de alojamientos compartidos, los *normaliens* a menudo tejían lazos estrechos entre sí que, a veces, eran para toda la vida. Sin embargo, es durante los dos años de las clases de preparación (*khâgne* e *hypokhâgne*), cuando se producen las marcas cruciales en el habitus intelectual de los productores (Bourdieu, 1981). De acuerdo con Karady, estas clases de preparación desempeñan un «papel ambivalente» (1986: 322):⁸ la sumisión de un simulacro cuasi militar aspira a la reproducción de un canon de textos sagrados (y menos para generar una inversión a largo plazo en investigaciones empíricas). Así, las clases de preparación apoyan la formación de productores simbólicos orientados a la reproducción institucional, los cuales conocían bien la historia de su disciplina, dominaban las formas filológicas de trabajar y cuya fuerza recae en la reproducción de las ideas de otros. Al mismo tiempo, estas clases conducen a la rápida «mezcla de ideas» con «cierta dosis de eclecticismo», que más tarde «se materializaría precisamente en las humanidades y ciencias sociales, en las que ciertos trabajos teóricos causarían sensación» (Rieffel, 1994: 219 y ss.).^{9,10}

Desde finales del siglo XIX, el predominio de los *normaliens-alumni* en el campo académico disminuyó.¹¹ Alrededor de 1890 los *normaliens* ocuparon el 76% de los puestos en la Sorbona y el 63% en las *facultés* de provincias, pero hacia 1930 su participación se había reducido al 58% en la Sorbona y al 41% en las provincias (Karady, 1986: 362). Los comienzos de la expansión de la educación les permitieron a las universidades capacitar a su propia generación de productores y, con ello, sellar el declive de la *ENS*. Esta pérdida de estatus todavía no se había manifestado, ya que aún no había escasez de puestos en las universidades donde, durante los años sesenta, los *normaliens* seguían «arreglándoselas para preservar una auténtica hegemonía en los puestos más importantes de las disciplinas» (Karady, 1986: 362).¹² Aun así, a pesar de que la cantidad de puestos de las universidades claramente superaba en número a aquellos de las *Grandes Écoles*, que intensificaron la exclusividad simbólica de la élite académica, la proporción relativa de *normaliens* en las posiciones académicas más altas disminuyó aún más. Además, la *ENS* tuvo que enfrentarse a instituciones rivales recién fundadas como la *École Nationale d'Administration* (*ENA*). La pérdida emergente de prestigio llevó a algunos *normaliens* una y otra vez a «huir hacia adelante, particularmente hacia un cambio en la disciplina» (Karady, 1986: 322).¹³ Los *normaliens* pertenecientes al tipo 1 demostraron esto mismo; su capacidad discursiva particular a veces les permitía aprovechar áreas no académicas del campo intelectual sin poner en peligro la legitimidad académica. De este modo, como Kauppi destaca, fueron precisamente los *normaliens* quienes estaban predestinados a combinar la «re-

conciliación del radicalismo intelectual con la respetabilidad académica» (1996: 138).

Después de la Segunda Guerra Mundial, las carreras de los productores del tipo 2 fueron testigos del traslado del centro de gravedad desde el polo estético al académico, que ahora incluía a muchos de los «hombres de letras» independientes. Después de su entrada en el campo académico, los productores del tipo 2 tendieron a seguir cambiando sus posiciones teóricas con más frecuencia y, a menudo, la transición entre contextos académicos y no académicos les resultaba más natural. A modo de ejemplo, se podría mencionar a Lacan, cuyo estilo de expresión se situaba regularmente en marcado contraste con las normas académicas. Lacan había mantenido su independencia de las tradiciones académicas establecidas, cuando se cuestionó la legitimidad de estas, a la luz de los cambios radicales en la enseñanza superior. Esta independencia le permitió a Lacan hacer trabajo conceptual sin grilletes institucionales (dependiendo del punto de vista del observador, podría decirse también que, debido a su incompatibilidad con las instituciones académicas, los trabajos conceptuales de Lacan son especulaciones personales de un autodidacta sumamente creativo). En cambio, se pueden mencionar a Barthes y Sollers como ejemplos de productores cuyo poder yace menos en el desarrollo de sus propios proyectos teóricos que en la distribución y la popularización de las ideas teóricas de otros productores. Actuando inicialmente como ensayistas y críticos literarios, en el transcurso de los años sesenta, se convirtieron en el epítome de los teóricos de moda de *Tout-Paris*, sin dejar de perseguir constantemente las nuevas tendencias

para poder ponerlas a disposición de una audiencia intelectual más amplia.

Los dos tipos de productores están unidos por su *ethos* antiprofesoral. Con un estilo de expresión que a veces demostraba cualidades literarias (Foucault), acompañado de la frescura de un folletín (Barthes) o dando paso a una broma coloquial (Lacan), estos autores marcaron distancias con la gris masa académica. Rodeados por un aura de creatividad única, mantuvieron decididamente sus perfiles heterodoxos, en una situación en la que era difícil lograr una repercusión más amplia sin una retórica de oposición y marginalidad.

2.2.6 Instituciones periféricas en contra del centro académico

En 1530, el Rey Francisco I de Francia fundó el *Collège de France*, que fue concebido como una institución rival de la tradicional Sorbona (Charle, 1986). A finales del siglo XVIII, Napoleón fundó la *ENS*, un contrapeso a las *facultés* tradicionales y las instituciones clérigas educacionales, con el fin de educar a los nuevos profesores del bachillerato republicano (*lycée*). Bajo el mandato de Duruy en 1868, surgió la *École Pratique des Hautes Études* (cuya sexta sección se convirtió en la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* en 1975) para ayudar a compensar el déficit percibido de educación e investigación del sistema francés de *faculté* comparado con el vecino del este del Rin (Revel, 1996; Karady, 1985). Y desde 1939 el *Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS)* se formó con el objetivo de complementar con una institución de investigación acreditada a las *facultés*, tradicionalmente más orientadas a la ense-

ñanza (véase Druesne, 1975). Estas fundaciones, como indica Koppetsch, no nacieron de ninguna estrategia de largo plazo: «Cada vez que surgía la demanda de expertos particulares, se cumplía con la fundación de otra escuela especializada» (2000: 94; véase Weisz, 1983: 18-29; Charle, 1994; Moody, 1978; Musselin, 2001; Schriewer, 1972: 20-95).

Durante siglos, estas «instituciones periféricas», que no son de ninguna manera marginales o periféricas en el sentido de que no son universidades íntegras con grandes cuerpos estudiantiles, estuvieron en conflicto abierto o latente con el «centro académico» (Rieffel, 1993: 425 y ss.), las *facultés* encabezadas por la *Université de Paris* («Sorbona»), que «asumió una posición clave en el sistema educativo en su conjunto y de la que dependían las carreras tanto de profesores como de estudiantes» (Baverez, 1993: 295).¹⁴ Hasta el siglo XIX, la función principal de las *facultés* de humanidades (pero no las de profesiones liberales, derecho y medicina) era realizar exámenes y otorgar títulos; ya que usualmente no había programa integral de enseñanza académica. Por lo tanto, «no existía separación en absoluto, tampoco ruptura, entre las carreras del bachillerato y las facultades académicas» (Karady, 1986: 271).¹⁵ Musselin (2001: 23 y ss. [43 y ss.]) describe el mundo académico entre 1897 y 1968 como una «República de las Facultades», que significa que 1) las carreras académicas están organizadas por las «disciplinas» (es decir, letras, ciencias, derecho y medicina con sus modos específicos de reclutamiento tales como *agrégation*, *concours*, etc.); 2) los principales actores administrativos son los decanos de las *facultés*; 3) en cuanto a la relación con las universidades, el Estado

francés prefiere tratar con las facultades. Las universidades de pleno derecho que no representaron una mera «extensión del Estado» (Koppetsch, 2000: 99) sólo han existido por ende desde 1968, cuando las *facultés* de las provincias se fusionaron finalmente con las universidades y concedieron una autonomía relativa. Por el contrario, la Sorbona parisina se dividió en una buena docena de universidades autónomas. Por lo tanto, 1968 marcó una cesura profunda dentro de la enseñanza superior francesa, durante el transcurso en el que las universidades adoptaron su forma institucional moderna. La coyuntura del estructuralismo puede considerarse como una expresión simbólica de este punto de inflexión.

Como resultado del rápido crecimiento de las universidades, el «centro académico» (las universidades que controlaban la reproducción de productores académicos a través de la entrega de diplomas y puestos) cayó en una crisis alrededor de 1970, particularmente con relación a su estatus de liderazgo en el debate intelectual más amplio. Las «instituciones periféricas», que siempre se habían distinguido de las universidades «normales», como el *Collège de France*, la *ENS* y la sexta sección (establecida en 1947) de la *École des Hautes Études*, renombrada en 1975 como *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, *EHESS* (véase Mazon, 1988; Revel, 1996), así como también las universidades reformadas como las de Vincennes y Nanterre, se beneficiaron de este vacío institucional y se convirtieron en espacios de alto rendimiento para la producción de ambiciosos proyectos teóricos.^{16, 17}

La oposición entre el «centro académico» y las «instituciones periféricas», que subliminalmente estructura el campo

académico en Francia hasta el día de hoy, implica no tanto una diferencia en el volumen de capital académico como una diferente composición de este. En palabras de Bourdieu, «Los poseedores del poder temporal (o, más exactamente, del control sobre los instrumentos de reproducción), quienes a menudo son ignorados intelectualmente, se oponen a los poseedores de un capital simbólico reconocido, quienes a menudo no tienen poder sobre las instituciones» (1989: 383 [270]).¹⁸ Los productores del «centro académico» tienden a manejar un capital temporal mayor, ya que ejercen influencia sobre las carreras de otros productores en el campo académico a través de la asignación de puestos, el reclutamiento de una nueva generación desde *maîtrise* (diploma, maestría) hasta *thèse* (doctorado) y *thèse d'Etat* (habilitación), la administración de los grupos de investigación, el planeamiento de programas de estudios y afiliación a la agregación y los comités de doctorado. Para los productores de las «instituciones periféricas», por el contrario, es más fácil construir un capital simbólico. Así pues, de ninguna manera se puede considerar a las «instituciones periféricas» como espacios inferiores a los de la vida académica. Son *grands établissements* que, como regla, se extienden con más profundidad en el seno de la discusión intelectual general que de las universidades, que a menudo carecen de una calificación más alta en el ámbito de la investigación.

No debería sorprendernos que casi todos los teóricos en consideración se hayan posicionado sobre la «periferia institucional» del campo. Después de todo, ¿podemos por lo tanto hablar de un terreno en común entre estos teóricos y aplicarles una etiqueta como «posestructuralismo»? En Francia, los

teóricos del período estructuralista ciertamente cultivaron una ética iconoclasta. A menudo se consideraban como pertenecientes a la «izquierda intelectual» (*gauche intellectuelle*, Furet, 1967: 5). Sin embargo, a diferencia de Estados Unidos, donde el debate sobre el posestructuralismo comenzó en universidades bien establecidas como Yale, Berkeley o Columbia, en Francia se conformó la postura de oposición de estos teóricos por un conflicto tácito con las instituciones académicas, que no siempre eran los lugares más adecuados para la innovación teórica y la investigación de vanguardia.¹⁹ La aceptación de sus posiciones en el margen institucional es, por lo tanto, una de las características que estos teóricos compartieron entre sí, si bien es difícil determinar si fueron las limitaciones sociales o las decisiones libres las que les motivaron a manifestar su distanciamiento respecto al centro académico. Los mecanismos de exclusión de las instituciones académicas (cuyo prestigio intelectual alcanzó un punto bajo alrededor de 1970) ciertamente iban de la mano de las estrategias de distinción más o menos conscientemente elegidas por los productores. Así, «en gran medida la ola estructuralista se debió a la rivalidad entre estas instituciones y la universidad» (Pavel, 1993: 12).²⁰

Foucault fue el teórico de su generación más cercano al «centro académico». En el caso de Foucault, la proximidad relativa a la Sorbona y los cargos ministeriales iban acompañados de una prometedora carrera académica propia de otros *normaliens* contemporáneos. A temprana edad se doctoró con una *thèse d'Etat* (1961). Después de una serie de estancias en el extranjero (en Suecia, Alemania, Polonia y Marruecos), pronto se convirtió en profesor en una universidad de provincias

(Clermont-Ferrand). A finales de los años sesenta, fundó el departamento de filosofía en la experimental «Universidad de París 8» (Vincennes). Y finalmente se convirtió en profesor en el prestigioso *Collège de France*, que le garantizó una posición privilegiada en el debate teórico, pero no muchos estudiantes. Como Foucault, Kristeva y Greimas también obtuvieron una habilitación (HDR, *Habilitation à Diriger des Recherches*). El compañero de Foucault de la *ENS*, Bourdieu (director de investigación en la *EHESS*, luego profesor del *Collège de France*), al contrario, nunca obtuvo estas importantes credenciales académicas. ¿Se debería considerar esto como una especie de protesta contra el conservadurismo reproductivo de las universidades? Como «mentor» (*caïman*), luego «profesor académico» (*maître de conférences*) en la *ENS*, Althusser también careció de una titulación académica íntegra durante mucho tiempo. Por ello reclutó a sus discípulos mediante la construcción de vínculos personales y de amistad. Cuando Barthes, ya en su madurez, se convirtió en profesor del *Collège de France* sin el título académico habitual, algunos académicos «respectables» lo consideraron como un lamentable accidente (Picard, 1965; Pinto, 1991: 70). De hecho, Barthes fue uno de los últimos «hombres de letras» que, durante el auge de los cargos académicos de los años sesenta, tuvo éxito al ocupar cargos en la enseñanza superior con solo un título de licenciatura (*licence*). Otros protagonistas de la controversia estructuralista, como Lacan y Sollers, mantuvieron su estatus de independientes. Lacan era un médico homologado y ejercía como psicoanalista. Sollers, por otro lado, con tan sólo una licenciatura menor en empresariales, es un rico escritor y editor.

Estos ejemplos dan testimonio del aumento de la permeabilidad que las instituciones «periféricas» demostraron en ese momento cuando se enfrentaron con productores no certificados y trayectorias diversas. En vez de apuntar a la reproducción del estilo clásico, solicitando la *agrégation* por ejemplo, las instituciones como la *EHESS* o el *Collège de France* pusieron más énfasis en las orientaciones teóricas innovadoras e investigación avanzada y buscaron en ocasiones la proximidad²¹ de productores más heterodoxos. La relativa apertura de estas instituciones también se manifestó en una alta tasa de cooperación e intercambio internacional. Un número importante de inmigrantes (Kristeva, Todorov y Greimas), así como también de académicos franceses después de largas estancias en el extranjero (Certeau y Foucault), fueron admitidos en las «instituciones periféricas». Y dichas «instituciones periféricas» sirvieron como un trampolín para aquellos que iniciaron una carrera internacional en los años setenta. ¿Qué habría sido de la recepción norteamericana de Foucault sin sus prolongadas estancias en California? ¿Se habría establecido el debate posestructuralista internacionalmente si Derrida no hubiera sido invitado como profesor visitante en la Universidad de California, Irvine, o en la Universidad de Columbia?

A partir de las observaciones de esta sección, lo que destaca es la distancia simbólica y/o institucional entre estos productores simbólicos. En verdad, todos ellos participaron en la crítica humanista, pero no tenían ni un programa teórico ni una base disciplinaria en común. Políticamente, la extrema izquierda y la centroizquierda dominaban, pero esto no se aplicaba a los otros grupos intelectuales de la época. Por ende,

las diferentes formas y variaciones fueron suficientes para resaltar que las diferencias fueron mayores a las similitudes. En ese contexto sería problemático insinuar un movimiento o un paradigma teórico unificados, especialmente si tenemos en cuenta las relaciones sociales en las que estaban involucrados: en efecto, existen muchas conexiones entre las escuelas de Lacan y Althusser, pero ¿qué uniría a un Foucault con un Derrida y un Baudrillard? Una impresión de unidad puede surgir quizá de sus posiciones institucionales en el margen del campo académico, incluso si profesores (como Foucault) y eruditos independientes (como Lacan) se incluyeran en una misma categoría. ¿No es una ironía de su éxito internacional que estos teóricos sean considerados como un movimiento (más o menos) unificado en el debate del posestructuralismo fuera de Francia, que generalmente deja fuera los contextos institucionales de dichos teóricos, mientras que desde un punto de vista «francés» son precisamente sus lugares institucionales los que pueden sugerir alguna similitud?

Sin embargo, este grupo de teóricos sí se distinguía por una característica común. Todos ellos representan la efervescencia intelectual de los años sesenta y setenta, por esta razón les designaré como miembros de la generación intelectual que surgió de la controversia estructuralista. De acuerdo con Sirinelli (1986), se entiende por una «generación intelectual» a un grupo de intelectuales que se ubican de diversas maneras dentro del debate intelectual a través de sus posiciones en determinados acontecimientos históricos. Este concepto de generación no se debe considerar en un sentido biológico o demográfico. Intelectuales de una misma edad (por ejemplo,

Sartre y Lacan) pueden pertenecer a generaciones diferentes. Así, los miembros de una generación intelectual son aquellos que simbólicamente, a través de una producción de textos, participan en una esfera pública y se refieren a acontecimientos históricos particulares. En el caso de la generación existencialista, por ejemplo, esto abarcaría tal vez la recepción de ciertos filósofos como Husserl y Heidegger, la experiencia del fascismo, el Partido Comunista y la Guerra Fría, mientras la generación estructuralista se caracteriza más bien por 1968, el surgimiento de la cultura de masas, el cambio de valores posmaterialistas así como también las referencias omnipresentes de Saussure y Freud, Marx y Nietzsche.

A diferencia de la noción de paradigma, el concepto de generación tiene la ventaja de considerar la heterogeneidad de las posiciones adoptadas en cuestión. De hecho, sólo unos pocos representantes de esta generación pueden clasificarse inequívocamente como estructuralistas, pero para todos la efervescencia teórica de la época fue un acontecimiento al que se refirieron de una manera u otra. La controversia estructuralista los constituyó como un grupo intelectual en medio de una serie de cambios de etiquetas: «teóricos de *sciences humaines*», «movimiento marxista freudiano estructuralista» (Boudon, 1980) o «antihumanistas» (Ferry y Renaut, 1988b), «izquierda intelectual» (Furet, 1967: 5) o «samurai» (Kristeva, 1990). Por esta razón los críticos acérrimos del estructuralismo, por ejemplo, Paul Ricœur (1961) o Raymond Boudon (1968), también deben considerarse como miembros de esta generación, al menos en la medida en que contribuyen a su formación discursiva.

La generación intelectual del estructuralismo no se formó en círculos académicos cerrados, ni siquiera en el debate lingüístico que proporcionó los modelos teóricos para la controversia intelectual sobre el estructuralismo (Ducrot, 1968). Los intelectuales de la generación estructuralista tienen una preferencia clara por las tradiciones interdisciplinarias que, como el marxismo y el psicoanálisis, atraen a los lectores semi- o incluso no académicos. De este modo, bajo el significativo vacío de la lingüística saussuriana, se desarrolló una «atmósfera de *entente cordiale*» (Angenot, 1984:158) entre semióticos, psicoanalistas y marxistas, quienes se consideraban intelectuales «que reclaman una orientación global y sistemática» (Furet, 1967: 12).²² Por lo tanto, se calificaba por lo común a Foucault y compañía como «modernos» (*modernes*) (Aron, 1984; Ferry y Renaut, 1988a) en la tradición del movimiento de la Ilustración del siglo XVIII, o bien como «modernistas» en el sentido de los movimientos estéticos de vanguardia de comienzos del siglo XX. A veces se les trataba como los «herederos del movimiento surrealista» (Boudon, 1980: 9) o una analogía de la «agitación de los simbolistas» (Crémant, 1969: 52),²³ pero en Francia nunca se les consideró como «posmodernos» (en el sentido angloamericano, véase también Compagnon, 2005). Como sus precursores intelectuales desde la Ilustración hasta el Modernismo, la generación estructuralista ocupó el lugar clásico del intelectual crítico, es decir un no-lugar en el terreno social, desde donde se puede articular la crítica del orden dominante.

3

Auge y declive de la generación estructuralista

3.1 De modernidad a posmodernidad: El campo intelectual desde la Ilustración

Los términos «moderno» y «posmoderno» son en cierto modo etiquetas algo complicadas que se refieren a varios debates propios de las ciencias sociales y de los estudios culturales. Mientras que el término «posmoderno» le es más familiar a los lectores de obras angloamericanas que en Francia, el debate entre moderno y posmoderno se ve afectado por una confusión terminológica que proviene de representaciones competitivas del tiempo histórico en las ciencias sociales y humanidades.

Una primera periodización surge del debate en las ciencias sociales. En estas lo moderno comúnmente se refiere a la diferenciación funcional de la sociedad, un proceso que la sociología clásica designa con palabras como «racionalización», «división del trabajo», o «modernización». Frente al modelo lineal de la teoría de la modernización clásica, podemos aventurar la hipótesis de que el proceso de diferenciación social se ha ralentizado desde la mitad del siglo xx. Desde el colapso de la alternativa comunista al capitalismo, podemos percibir varias señales en distintas áreas de la tendencia opuesta hacia la desdiferenciación y a la delimitación de lo social (Lash, 1990).

Con la llegada del período posmoderno, los límites sociales que eran constitutivos de lo moderno comenzaron a desintegrarse. Mientras que la noción durkheimiana de una sociedad contenida y modelada a través del Estado-nación ha entrado en crisis (Latour, 1984), los límites espaciales entre el interior y el exterior están colapsando y se ha propuesto una oleada de nociones pos-societarias de la sociedad (Urry, 2000), como por ejemplo «sociedad mundial» (Luhmann, 1998) o «globalización» (Robertson, 1992). Al mismo tiempo, los límites entre los ámbitos diferenciados de la sociedad se están tornando borrosos, particularmente entre la Economía y la Cultura (Jameson, 1991; Baudrillard, 1972; Harvey, 1989).

El campo intelectual en Francia surgió en el siglo XVIII en un contexto de diferenciación social. Al reafirmar su autonomía en contra de los poderes heterónomos tales como la nobleza y la iglesia, se desarrolló un espacio público burgués que dio origen a la Ilustración (Habermas, 1990). En el siglo XIX, dicho campo estaba dividido entre dos polos opuestos. Por un lado, se encontraban aquellos que producían para mercados restringidos de un público especializado de colegas académicos (artes y ciencias), y por el otro lado (medios de difusión y cultura), periodistas y hombres de letras que se dirigían a un diverso público en los periódicos y en las novelas. Durante el último tercio del siglo XIX, la estructura bipolar cambió a una estructura tripolar con «tres subcategorías de capital intelectual: académica, literaria y periodística» (Kauppi, 1996: 14). No es de extrañar que, especialmente en Francia, una clara división pudiera separar la cultura de masas de la cultura de élite; los artistas autónomos, «hombres

de letras» y escribas no académicos se concentraron en París como en ningún otro lugar. En esta situación, un número significativo de productores se especializó en un mercado de productos simbólicos cuyos consumidores eran productores simbólicos también. A diferencia de Alemania, donde las universidades humboldtianas crearon una clase permanente de académicos cultos en la primera mitad del siglo XIX, las tradicionales *facultés* francesas no proporcionaron por lo común las posiciones de un creciente número de productores culturales, así como tampoco otorgaron el prestigio simbólico necesario para que los productores tomaran posiciones en el discurso público.

Ya en el siglo XX, a principios de los años sesenta y terminada la Guerra de Independencia de Argelia, la situación comenzó a cambiar. Las universidades de pronto comenzaron a ser «una institución dominante y los académicos prevalecieron sobre los escritores» (Ory y Sirinelli, 1992: 205). Tal fue la razón de la «tensión estructural (que fue exacerbada) entre una cultura literaria decreciente consagrada por el hombre o la mujer de letras –que representaba un campo de actividad social relativamente poco codificado, la literatura–, y uno más complejamente codificado, la ciencia y la cultura científica creciente» (Kauppi, 1996: 27). En 1968, las facultades se habían fusionado en universidades ampliamente capacitadas absorbiendo varios de los anteriores grandes grupos de «hombres de letras» y académicos. De este modo, la diferenciación secular del campo intelectual en tres subcampos relativamente autónomos (ciencia, medios de comunicación y artes) culminó hacia el año 1970, antes de que los primeros

síntomas de una desdiferenciación del campo empezaran a manifestarse durante los años setenta. Con el retorno a una estructura bipolar de una «ciencia normal» enfrentada a los medios de comunicación audiovisuales de masas, los años ochenta marcaron el final del corto siglo de oro de los intelectuales franceses.

Una segunda periodización alternativa se basa en los debates culturales y estéticos de la crítica literaria, los estudios culturales, la arquitectura y la teoría estética (Foster, 1983; Hutcheon, 1989). Aquí los términos «modernismo» y «posmodernismo» se utilizan para designar una «lógica cultural» (Jameson, 1991), una «economía política del signo» (Baudrillard, 1972) o un «sistema de representación» (Lash, 1990).

Mientras que yo utilizo los términos «modernidad» y «posmodernidad» para referirme a teorías de la diferenciación funcional en las ciencias sociales, «modernismo» y «posmodernismo» se referirán a sistemas de representación y producción cultural. Así pues, el exclusivo arte modernista surgió a raíz del movimiento *L'Art pour l'art* (simbolismo, *parnassiens*), que se había vuelto en contra de la prosa realista de novelistas como Balzac o Flaubert (Bourdieu, 1992). Este modernista «arte para artistas» ya no apunta a representar los problemas políticos o sociales de la sociedad (Bürger, 1987). En ese contexto, el compromiso político de Émile Zola durante el Caso Dreyfus se puede explicar precisamente por la creciente autonomía de los productores estéticos en el polo autónomo del campo literario, forzando a autores como Zola (que escribían para un público diverso) a defender su valor estético al enfatizar su postura de oposición en el debate político (Charle, 1990).

El modernismo alcanzó su punto culminante cuando las tendencias emergentes tales como las vanguardias históricas (cubismo, dadaísmo y constructivismo) y el arte de los años treinta (surrealismo) pugnaron por un lugar estético «fuera» de lo social, por así decirlo. Del mismo modo, las teorías del modernismo tardío, existencialismo y estructuralismo presenciaron un impulso de la autonomía en el polo científico-académico. Al igual que el «arte por el arte» de fines del siglo XIX, se constituyó un campo de «investigación para investigadores» en las ciencias sociales y humanas en los años sesenta, lo que permitía que ciertas ideas modernistas pudieran pasar por encima del campo académico. Epistemologías reflexivas, tales como aquellas de la controversia estructuralista fueron la consecuencia. La formulación teórica se convirtió en la producción de textos acerca de textos, vaciando al sujeto humanista en el proceso. Con la llegada del posmodernismo se abrió otro capítulo. Debemos ser breves aquí, pero basta con decir que ahora el conocimiento intelectual experimentó una «globalización» forzada y las tradiciones teóricas, una vez divididas, se desarrollaron entre culturas epistémicas híbridas. De este modo, el estilo internacional, reflejado en el fenómeno del posestructuralismo y la teoría, había ganado terreno.

Mientras la semántica de la modernidad y la posmodernidad (Tabla 3) tematiza los cambiantes sitios institucionales de la esfera pública intelectual en un espacio más o menos diferenciado, el debate entre modernismo y posmodernismo (Tabla 4), por el contrario, abarca las distintas tendencias y coyunturas simbólicas que dominan al público intelectual en

un momento dado. Con tales esfuerzos redoblados en la periodización, se puede esbozar el doble hecho histórico de un ordenamiento simbólico y de otro institucional del campo. La ubicación histórica del estructuralismo antes del posmodernismo es sin duda una «representación *ex post*». Los lectores contemporáneos de los años sesenta y setenta aún no conocían cierta semántica moderna/posmoderna, con la ayuda de la cual se desarrollará un marco heurístico con cierta precisión histórica en las siguientes secciones.

Tabla 3. Cambio social de acuerdo con la diferenciación y de la desdiferenciación del espacio social

Etiqueta	Período	Estructura del campo intelectual
Primera modernidad	Siglo XVIII	Bipolar: corte, iglesia contra exposiciones, filósofos intelectuales
	Siglo XIX	Estado contra los medios impresos
Segunda modernidad	De la década de 1870 a la década de 1970	Tripolar: ciencias, artes y medios de comunicación
Posmodernidad	Desde la década de 1980	Bipolar: ciencia contra los medios de comunicación audiovisuales

Tabla 4. El cambio cultural desde lo moderno a lo posmoderno

Época	Período	Coyuntura simbólica
Realismo	c. 1830-1870	«Novelas sociales» (Balzac)
Modernismo temprano	c. 1870-1900	<i>L'art pour l'art</i> compromiso intelectual (Zola)
Modernismo alto	c. 1900-1925	Vanguardias históricas (Picasso)
	c. 1925-1945	Surrealismo (Breton)
Modernismo tardío	c. 1945-1960	Existencialismo (Sartre)
	c. 1960-1975	Estructuralismo (Foucault)
Posmodernismo	c. 1975-1990	Exportación de la teoría: Francia - Estados Unidos
	Desde c. 1990	Reimportación de la teoría: Estados Unidos - Europa

3.2 El auge de las ciencias humanas en los años sesenta y setenta

El Caso Dreyfus marcó el inicio del corto siglo dorado de los intelectuales en Francia. De ese modo, después de 1898, se formó una nueva categoría social: «los intelectuales», quienes alzaron su voz crítica en el espacio político en nombre de su competencia cultural específica (Bering, 1982; Charle, 1990). Como portavoces del pueblo, los intelectuales abogan por derechos iguales y universales para todos los ciudadanos

en la política. La figura del intelectual está íntimamente ligada a las circunstancias específicas de la esfera pública y del sistema educacional en Francia, donde los intelectuales desempeñan un papel importante en la cultura política del republicanismo francés. En otros países han dominado diferentes categorías para referirse a estos aspectos, por ejemplo, *Bildungsbürger* en Alemania (Ringer, 1969), «profesiones liberales» u «hombres de letras» en Gran Bretaña (Eagleton, 1994; Collini, 2006), o *intelligentsia* (Konrád y Szelényi, 1981) en la Unión Soviética y en Europa oriental (véase Charle, 1995).

Desde el punto de vista del estructuralismo genético de Bourdieu, la fuerte resonancia pública con la que Émile Zola se encontró cuando pidió la liberación de Dreyfus puede verse como el reflejo de un campo intelectual que experimenta una completa reestructuración –un campo que se diferenciaba en tres polos principales: ciencia, alta cultura (por ejemplo, arte vanguardista) y cultura de masas (por ejemplo, periodismo)–. Hasta la desdiferenciación del campo en los años ochenta, algunos productores simbólicos cruzaron, combinaron y cortocircuitaron estos subcampos relativamente bien diferenciados una y otra vez, con frecuencia de manera «sensacionalista» y «provocativa». En tanto las regiones diferenciadas del campo intelectual se ven cortocircuitadas, se desencadena una coyuntura simbólica en la cual ciertos productores simbólicos pueden atraer gran atención de parte de un público intelectual más amplio.

A comienzos del siglo xx, la estructura tripolar del campo intelectual en Francia allanó el camino para numerosas coyunturas simbólicas que presenciaron la creciente importancia del

conocimiento académico. Mientras los hallazgos psicoanalíticos se transformaban en prácticas estéticas (véase surrealismo) y el psicoanálisis estaba influido por los movimientos estéticos (véase el caso de Lacan), las estéticas puras del alto modernismo dieron lugar a proyectos teóricamente más ambiciosos. A finales de los años treinta, el grupo que se desarrollaba alrededor del *Collège de sociologie* (Hollier, 1995) fue testigo del creciente contacto entre movimientos de vanguardia teóricos y estéticos. De este modo, el *Collège de Sociologie* representó un lugar de encuentro donde autores tales como Georges Bataille y Pierre Klossowski se encontraban con académicos como el etnólogo Michel Leiris, el filósofo Alexandre Kojève y el científico cultural Roger Caillois, quienes proporcionaron la evidencia del fuerte impacto que tendría la estética del alto modernismo sobre las coyunturas modernistas tardías de la Teoría desde los años cincuenta en adelante.

La coyuntura teórica del existencialismo marcó el apogeo de los intelectuales que eran cercanos a filósofos académicos (como Maurice Merleau-Ponty), aunque dichos intelectuales (como Jean-Paul Sartre) no estaban todavía asentados en las universidades. Así pues, Sartre comenzó su carrera en una escuela secundaria antes de convertirse en un escritor independiente. Su caso es un ejemplo de los estrechos vínculos forjados por la generación existencialista con el sistema de educación secundaria, así como también con el libre mercado de académicos del sector privado y productores culturales (véase Pavel, 1993: 12). El proyecto intelectual de Sartre unió dos tipos de productos: productos estéticos accesibles para un público amplio, pero en cierta medida difuso (como sus obras

y novelas), y productos filosóficos dirigidos a eruditos más académicos. De hecho, el reconocimiento académico de Sartre se basó en su contexto *normalien* y en su conocimiento de una gran cantidad de filósofos alemanes apenas traducidos: Husserl, Hegel y Heidegger en particular (véase Boschetti 1984). De este modo, Sartre inició la era de los «profetas de la Teoría», cuyo impacto en la esfera pública provino del cortocircuito simbólico de regiones anteriormente separadas en el campo intelectual; este nuevo modelo intelectual combinó «filosofía existencial, literatura vanguardista y estudios literarios» (Pinto, 1995: 120). Sin embargo, la unión de circuitos relativamente autónomos de producción simbólica requiere de una competencia discursiva elevada que sólo unos pocos productores en el campo poseen. Jean-Paul Sartre era particularmente habilidoso en el arte de captar la atención del público rompiendo permanentemente con las configuraciones simbólicas existentes en el campo. Después de identificarse con el proyecto RDR de izquierda no estalinista, Sartre se alineó con el partido comunista antes de convertirse al maoísmo en los años setenta.

Con la transición al dominio intelectual de Foucault (indisociable con la transición a la hegemonía estructuralista), el centro de gravedad de la praxis intelectual se trasladó en gran medida al campo académico, en cuya periferia se situaban la mayoría de los representantes de la generación estructuralista. Para que tuviera lugar la coyuntura estructuralista, la expansión de la educación superior resultó ser un factor decisivo. En el curso de esta expansión, se generaron numerosos puestos en el campo y las instituciones académicas

atrajeron a antiguos escritores y académicos independientes (ver Bourdieu, 1989: 483 [338]). Mientras que la expansión de la educación superior fue un desarrollo que tuvo lugar en todos los países occidentales de ese momento, las consecuencias simbólicas y estructurales del campo no resultaron ser de largo alcance como en Francia. La prolongada Guerra de la Independencia de Argelia demoró la fase expansiva, pero sólo para permitir que el campo creciera espectacularmente después de 1962.

No todas las disciplinas e instituciones aprovecharon igualmente este proceso de actualización. Después del establecimiento de la primera *licence* (B.A. o *Bachelor of Arts*) en sociología y economía en 1958, las ciencias sociales experimentaron tasas de crecimiento sin precedentes. El incremento fue considerablemente menor en las disciplinas clásicas (artes y letras, filosofía, teología) y en derecho y ciencias médicas. Además, el crecimiento fue mayor en las universidades que en las escuelas de élite (*ENS, ENA, Polytechnique*, etc.). Las dislocaciones resultantes de esta expansión desigual se intensificaron por las reformas que condujeron a la forma institucional moderna de la universidad francesa a finales de los años sesenta. Mientras que la coyuntura teórica del idealismo filosófico acompañaba a la reforma de la universidad alemana modelada a partir de las ideas educativas de Humboldt a principios del siglo XIX, la formación institucional de las universidades francesas coincidía con la coyuntura teórica del estructuralismo.

Una gama de datos ilustra no sólo el crecimiento absoluto del campo académico y, por ende, una revalorización del polo académico comparado con el polo cultural del campo

intelectual, sino también demuestra un crecimiento de las tensiones internas. Intelectualmente, estas tensiones promovieron varias tendencias y modas teóricas, mientras que políticamente llevaron a la explosión de mayo de 1968. Con el creciente número de posiciones y perspectivas, las tradiciones disciplinarias establecidas desde hacía mucho y las jerarquías institucionales de la «República de Facultades» (Musselin) se volvieron frágiles. Ya que la necesidad de los productores académicos por una orientación intelectual más amplia estaba creciendo, pudieron hallar una gran repercusión los proyectos teóricos visionarios de los márgenes institucionales del campo. En este contexto, Boudon apunta un efecto empuje para «algunos productores intelectuales quienes, habiéndose comprometido con una producción estrictamente académica y “erudita”», empezaron a reorientarse hacia el mercado difuso y de rápido movimiento *Tout-Paris* que va más allá de las publicaciones estrictamente académicas (Boudon, 1980: 472).¹

Expresado en números, los gastos en la educación en Francia entre 1958 y 1967 aumentaron del 1,84% al 3,4% del producto interior bruto, lo que corresponde a un aumento del 9,62% al 16,32% en el presupuesto nacional (Cohen, 1978: 23). Si examinamos los gastos totales, el carácter explosivo de este desarrollo se vuelve más evidente. De acuerdo con Fourastié (1979: 115), los gastos ajustados por la inflación aumentaron de 8,26 a 80,33 mil millones de francos entre 1947 y 1971 (basándose en el franco francés de 1938).^{*} Estas cifras eclipsan a la ya elevada tasa de crecimiento del pasado (1872: 0,64; 1912: 2,73; 1938: 6,62 mil millones de francos). El sistema de educación superior se benefició de este desarrollo desde finales de

los años cincuenta en adelante. En ese momento el número de estudiantes comenzó a aumentar exponencialmente, de aproximadamente 150.000 (1956) a 361.000 (1966) y luego 674.000 (1973) (Prost, 1981: 265). El crecimiento fue especialmente alto en el dominio de las ciencias humanas y letras, donde la matriculación de estudiantes aumentó de cerca de 40.000 (1956) a más de 150.000 estudiantes (1966). Las ciencias naturales tuvieron un alza significativa también (de 40.000 a 130.000). Por el contrario, el derecho tuvo un incremento del doble y la medicina conoció solamente un leve aumento (Cohen, 1978: 22). Con la creación de muchas posiciones nuevas, el peso absoluto de las universidades creció en comparación con las instituciones «periféricas» como la *ENS* o el *Collège de France*. Entre las instituciones periféricas, la sexta sección de la *École Pratique des Hautes Études (EPHE)* se benefició más con ese desarrollo. Esta institución desempeñó un papel central en el auge de las ciencias humanas. Rebautizada como *École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS)* en 1975, sostuvo su autonomía con respecto a otras secciones de la *EPHE* con fuertes vínculos con la Sorbona y la *ENS*. Ahora el *CNRS* también podría reforzar su papel como importante complemento para las universidades orientadas a la enseñanza. Además, se debe mencionar a las nuevas universidades como *Vincennes* (París 8, desde 1980 ubicada en Saint Denis) y *Nanterre* (París 10), cuyo carácter experimental (para entrar a la universidad *Vincennes/Saint Denis* no se requiere un título de bachillerato) que indica cierta proximidad a las instituciones periféricas como la *EHESS*.

El establecimiento de las ciencias humanas y sociales en los años sesenta tuvo consecuencias de gran alcance para la

«economía política» del discurso intelectual, es decir, para el sistema de publicaciones y editoriales. En los años 1920 y 1930, la *Nouvelle Revue Française* de André Gide fue el representante más importante de las tendencias estéticas de la época. En los años cuarenta fue reemplazado por *Les Temps modernes* de Jean-Paul Sartre. En los años sesenta, se organizó un sistema de nuevas publicaciones que reflejaba la variedad de tendencias intelectuales y escuelas de aquel tiempo. Tres revistas desempeñaron un papel especialmente importante para la formación de la generación estructuralista: *Critique* (publicada por *Minuit*) fundada en 1946 por Georges Bataille y Pierre Prévost con la ayuda de Maurice Blanchot, Michel Leiris, Alexandre Kojève y Alexandre Koyré (Patron, 2000); *Esprit*, fundada en 1932 por «católicos de centro-izquierda» en torno a Emmanuel Mounier (Winock, 1975); y *Tel Quel*, que fue lanzada por Philippe Sollers en Seuil en 1959 (Forest, 1995; Kauppi, 1990). Además, *Arguments* (fundada en 1956 por *inter alia* Edgar Morin, Kostas Axelos, Jean Duvignaud y Roland Barthes) y *Communications* (fundada en 1961 por Roland Barthes, Georges Friedmann y Edgar Morin en *Le Seuil*) pueden considerarse como pertenecientes a un ambiente intelectual más amplio de la generación estructuralista. Las numerosas publicaciones del Partido Comunista, como *La Pensée*, *La Nouvelle Critique*, *Les Cahiers pour L'analyse* y *Les Lettres Françaises*, desempeñaron un papel importante para el círculo de Althusser. *La Psychanalyse*, *L'Inconscient*, *Scilicet* y *Topique* estaban asociadas al círculo de Lacan. Las *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (ARSS, fundadas en 1975) constituyen el núcleo organizacional de la escuela de

Bourdieu. Lévi-Strauss, Pierre Gourou y Émile Benvéniste dirigían *L'Homme*.

El surgimiento de muchos órganos intelectuales y nuevas revistas académicas se vio acompañado por un cambio en las editoriales académicas. Junto a Gallimard, la respetable casa editorial de las humanidades ya establecidas y de los movimientos precedentes de vanguardia (André Gide y Jean-Paul Sartre), dos editoriales más llegaron para desempeñar un papel destacado (véase Kauppi, 1992): *Le Seuil* y *Minuit*, fundadas ambas en los años cuarenta (ver Lottman, 1982: 180 y ss.). Como editorial de referencia para las nuevas ciencias humanas, *Le Seuil* introdujo el formato de bolsillo para las publicaciones académicas. Por esta razón los libros académicos densos podían ahora lograr una circulación significativa (*Ecrits* de Lacan, 1966, por ejemplo, vendió más de 100.000 ejemplares o *Mythologies* de Barthes, 1957). Al copiar esta estrategia para sus colecciones *de sciences humaines*, Gallimard también impulsó sus ventas (Foucault con *Les Mots et les choses*, 1966, vendió más de 100.000 ejemplares). La pequeña editorial *Minuit*, por el contrario, utiliza una estrategia diferente. En lugar de apuntar a los éxitos rápidos de los *bestsellers*, otorga mayor importancia a la repercusión a largo plazo de las obras dirigidas a un número más exclusivo de lectores con alto capital cultural. De este modo, no solo *Minuit* se convirtió en una editorial para la *Nouveau Roman* (a la cual pertenecían autores como Alain Robbe-Grillet, Nathalie Sarraute, Claude Simon, Michel Butor, Robert Pinget y Claude Ollier; para ello véase Ricardou, 1990; Britton, 1992), sino que también produjo trabajos teóricos exigentes y altamente complejos, cuya pertinencia a largo

plazo no siempre se mostró desde el comienzo. Dichos trabajos son, por ejemplo, *De la gramatología* de Derrida (1967), *La distinción* de Bourdieu (1979), *Mil mesetas* de Deleuze y Guattari (1980) o *La diferencia* de Jean-François Lyotard (1983).

La *ENS* pertenece a aquellas instituciones que no se beneficiaron de la expansión educativa. Mientras que en 1890 los *normaliens* ocuparon el 76% de las sillas en la Sorbona y el 63% en la *facultés* de las provincias, su parte cayó al 58% en la Sorbona y al 41% en las provincias en 1930 (Karady, 1986: 362). La *ENS* alcanzó su última cúspide inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. En esa época, las voces futuras de la generación estructuralista como Derrida y Bourdieu, Foucault y Deleuze fueron admitidas en la *ENS* (*Rue d'Ulm*). Althusser, como *caïman* en la *ENS*, reunió un grupo de jóvenes filósofos marxistas (que contaba, entre otros, con Étienne Balibar, Jacques Rancière, Pierre Macherey). Al mismo tiempo, antiguos estudiantes de la *ENS* como Sartre y Merleau-Ponty disfrutaron de una considerable atención como líderes intelectuales. En los años sesenta, el dominio intelectual de la *ENS* comenzó a desaparecer. En primer lugar, las universidades empezaron a contratar cada vez más a sus propios graduados. Esto fue especialmente cierto en el caso de los nuevos sectores de las ciencias humanas, de rápido crecimiento, en los que la cultura filosófica y literaria de los académicos *normaliens* tenía una menor demanda que la de los conocimientos especializados en investigaciones empíricas con fundamentación teórica y metodológica. En segundo lugar, la *ENS* comenzó a competir con la *ENA*, fundada en 1945. Mientras que la *ENA* formaba

tecnócratas de élite para los niveles más altos en política, economía y administración, la *ENS*, con su perfil más filosófico e intelectual, no podía prometer las mismas perspectivas económicas (Bourdieu, 1987). El último líder político importante en graduarse de la *ENS* fue el difunto presidente francés, Georges Pompidou. En tercer lugar, desde los años setenta se abrieron nuevas oportunidades profesionales en la industria de los medios de comunicación, obviando la laboriosa subida desde los cursos preparatorios de *khâgne* y *hypokhâgne* hasta la *thèse d'Etat*, a la vez que se prometía una mayor audiencia. Sin embargo, en el debate estructuralista, ciertos filósofos (o antiguos filósofos) de la *ENS* seguían desempeñando un papel importante, lo cual puede explicarse por las nuevas estructuras de oportunidad de la época. En la situación específica del campo, algunos *normaliens* se convirtieron en agentes impulsores de la fundación teórica de los campos de investigación emergentes:

«El increíble éxito de las ciencias humanas y sociales en Francia desde finales de los años cincuenta hasta comienzos de los años setenta tiene que ver con el hecho de que los filósofos de la doble cultura podían atraer a un gran público, convertirse en héroes culturales y monopolizar las posiciones más altas; mientras que aquellos formados en áreas específicas permanecieron como académicos adustos, lentos y conservadores en sus movimientos y pensamientos». (Kauppi, 1996: 88).

Mientras que el peso estructural de las universidades en el campo intelectual creció como resultado de la expansión de

la educación superior, al menos a largo plazo, una crisis de lealtades y jerarquías académicas se hizo notar a corto plazo. Los antecedentes sociales y políticos de los «acontecimientos del 68», que debían definir una generación política más allá de los confines del campo intelectual, se exploran detenidamente en una gran cantidad de estudios y análisis (por ejemplo, Prost, 1981: 295 y ss.; Mouriaux *et al.*, 1992). No obstante, en este punto, es preciso describir algunos de los motivos de la atmósfera explosiva que se extendió entre los estudiantes durante el curso de la expansión educativa.

En primer lugar, se comenzaron a sentir indicios de una inflación en títulos académicos. Esto no sólo condujo a un gran desengaño, sino también a una devaluación de dichos títulos y, eventualmente, a altas tasas de abandono en las universidades (a veces hasta más del 75%) (Bourdieu, 1978). En segundo lugar, la desigualdad creció entre las escuelas de élite (*Grandes Écoles*), que controlaban la admisión a través de exámenes de ingreso (*concours*) y las universidades, que requerían solamente un título de bachillerato (*baccalauréat*). De este modo, mientras que el número de estudiantes en letras logró más que cuadruplicarse entre 1960 y 1978, en la mayoría de las escuelas de élite (donde ya desde finales de los años cincuenta ni siquiera el 10% de los estudiantes estaban inscritos) se dobló el número de inscritos en el mejor de los casos (es decir, un incremento de 30.000 a 46.000 entre 1958-59 y 1966-67, véase Cohen, 1978: 16). En tercer lugar, el crecimiento del sistema universitario ocurrió al principio sin ningún ajuste en las estructuras administrativas ya existentes. Hasta la fundación de nuevas universidades en 1968, las facultades habían

sido en gran parte instituciones independientes. En general, estaban encabezadas por un decano (*doyen*), ayudado por dos asistentes (*assesseurs*) y una secretaría bastante mal equipada. Los decanos, que recibían órdenes del ministro y directamente respondían ante él, no pudieron disipar la creciente insatisfacción entre los estudiantes y el personal universitario (Prost, 1997: 143, 149). En cuarto lugar, las universidades se vieron afectadas por una reforma académica mal diseñada. Por ello en 1966, el ministro de educación, Christian Fouchet, ordenó una revisión íntegra de los programas académicos.

Se dividió la educación superior en tres ciclos (*cycles*) definidos con precisión y se decretó el desarrollo de un estudio especializado en ciertas ramas, que las universidades fueron incapaces de implementar.^{2, 3} Por último se debe señalar la gran concentración espacial de los estudiantes franceses. En 1914, el 43% de ellos había estudiado en París, en comparación con alrededor de un tercio en los años cincuenta y sólo un 29% en 1968-69. La mayoría de los estudiantes parisinos vivían en condiciones de hacinamiento en el pequeño *Quartier Latin* (Cohen, 1978: 31; Charle, 2002: 1370 y ss.).

Como resultado de estas circunstancias, las tensiones explotaron en mayo y junio de 1968: la ocupación de la Sorbona, una huelga general a nivel nacional, el colapso del orden público y la huida del presidente. Se diseñó otra reforma que Edgar Faure implementó rápidamente, la cual les procuraba a las universidades francesas la forma y el organigrama que tienen hoy en día: las facultades se fusionaron para convertirse en universidades más o menos autónomas a imagen y semejanza del modelo alemán. El sistema de cátedras desa-

pareció. Los profesores perdieron a sus asistentes personales. Las nuevas incorporaciones tuvieron que pasar por un comité de selección, que descentralizaba la distribución del poder dentro de las universidades (véase Bessert-Nettelbeck, 1981; Musselin, 2001: 59 y ss. [35 y ss.]). Un presidente con autoridad real y efectiva encabezó una administración reforzada de la universidad. La *Sorbona*, que se había convertido en un monstruo burocrático, se dividió en cuatro universidades separadas (París 1, París 3, París 4 y París 7). Se fundaron otras nueve universidades con diferentes perfiles por todo París y sus suburbios. Mientras, las universidades de Nanterre (París 10) o Vincennes (París 8), donde las ciencias sociales y humanas se establecieron con fuerza, se ganaron rápidamente una reputación como universidades de izquierda y se calificó a la vieja *Sorbona* (París 4), dominada por las disciplinas clásicas (como letras, filosofía y derecho) como una institución de «derechas». Por lo tanto, para Prost «la crisis de 1968 significó paradójicamente el nacimiento de la verdadera universidad francesa» (Prost, 1997: 154).^{4,5}

El año 1968 no solo marcó el clímax de una «crisis de expansión» (Prost, 1997: 122) que afectó a las universidades durante el crecimiento asombroso de los años sesenta. También representó un punto de inflexión en el debate intelectual. Ahora los proyectos teóricos tendían a ser menos estáticos y más activistas, lo que viene certificado por la filosofía del «deseo» (*désir*, véase Lacan, Lyotard y Deleuze) así como también por la filosofía de Sartre, que quizás se hizo entonces más prominente aún que el estructuralismo «científico» alrededor de 1966 (Nora y Gauchet, 1988; Morin, 1986). Sin

embargo, para el discurso intelectual 1968 constituye sólo un cambio radical en un tiempo donde las nuevas tendencias se sucedían año tras año (ver Passeron, 1986). De este modo, la fase «intensa» de la productividad intelectual queda delimitada por los años 1965-66 (*Les Mots et les choses* de Foucault, *Pour Marx* y *Lire le Capital* de Althusser) y 1975-76 (por la publicación de *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn y la aparición de las *nouveaux philosophes*).

La crisis institucional de las universidades fue de la mano con un nuevo comienzo para los intelectuales en la periferia del campo académico. Aquí se encontraba la base social de las tendencias teóricas novedosas: la nueva clase media educada, la joven generación de académicos, pero también muchos de los dirigentes recién promocionados de nuevas instituciones o equipos de investigación. Fue el cambio generalizado de posiciones lo que generó una demanda amplia de orientación intelectual y que convirtió los seminarios de Lacan, Barthes y Foucault en puntos de encuentro para los intelectuales *Tout-Paris*. Las siguientes cifras ilustran la extensión de dichos cambios posicionales y las dislocaciones adjuntas. Hasta la Segunda Guerra Mundial, los profesores constituían la gran mayoría en las universidades (Cohen, 1978: 71). Después de 1945, se crearon las categorías subalternas de *assistants* («asistentes») y *maîtres-assistants* («asistentes jefes»). En los años sesenta, estos dos grupos crecieron dramáticamente, en especial en los dominios de artes y letras, y *sciences humaines*. En 1950, la relación entre profesores versus *assistants/maîtres-assistants* era de un total de 379 frente a 132 (lo que significa que el 74,2% del personal de enseñanza de la facul-

tad era profesor). En 1960, la relación numérica estaba aún en 603 frente a 371 (o 61,9%). Hacia 1971 este dato cambió por completo, con 1.840 profesores frente a 4.882 assistants/*maitres-assistants* (27,4%) (Prost, 1997: 141). Esta evolución no solo incrementó la presión para innovar en todos los grupos, sino que también las relaciones personales entre profesores y asistentes en las instituciones se sometieron a una seria prueba de aguante, cuyo «modelo mandarín que seguía el ejemplo de las profesiones liberales» (Baverez, 1993: 295)⁶ ya no pudo integrar al gran número de profesores jóvenes. Raymond Aron es un ejemplo concreto. Recuerda sus experiencias en la *Sorbona* de la siguiente manera:

«Tuve un solo asistente en 1955; diez años después, había diez cuidando de los estudiantes. El crecimiento en profesores y estudiantes podía verse año tras año. El anfiteatro Descartes estaba lleno cuando daba mis cursos, me dirigía a cientos de estudiantes a quienes no conocía. Decidí dejar la Sorbona a finales de 1967 y me convertí en el director no agregado de estudios en la sexta sección de la *École Pratique des Hautes Études* [la futura *EHESS*, J.A.], porque tenía el presentimiento de que el edificio se estaba viniendo abajo, que un sistema que se encontraba al límite de su capacidad de aguante nos paralizó, nos esterilizó y nos robó nuestra fuerza». (Aron, 1983: 342 [234])⁷

Sin embargo, incluso a pesar de su alta visibilidad pública, los representantes de las nuevas tendencias teóricas siguieron constituyendo una pequeña minoría en las universidades. De este modo, Maingueneau señala que durante un taller en

Cerisy en 1966, al que generalmente se le señala como un hito en el camino a la creación de la *Nouvelle Critique* y de la irrupción de las tendencias estructuralistas en la crítica literaria, sólo dos (Gérard Genette y Jean Ricardou) de las veintiocho contribuciones promovieron el enfoque «formalista» (estructuralista) (Maingueneau, 2003: 17 y ss.). La presencia de esos teóricos en el discurso intelectual y académico de la época no condujo a su anclaje seguro en las universidades. Si bien «el colapso total de métodos filológicos más conservadores» (Angenot, 1984: 162) erosionó la reputación académica de los viejos eruditos humanistas, quienes ahora con frecuencia se inhibían de los discursos intelectuales más amplios, el clima «local» en las universidades se mantuvo dominado por la vieja generación, que educó a la mayoría de los estudiantes durante mucho tiempo después. No es sorprendente, entonces, que las estrellas teóricas de aquel tiempo se hayan establecido mayormente en la periferia institucional del campo académico. Aunque la periferia institucional permitió un espacio relativamente grande de libertad a las investigaciones innovadoras, ofreció pocas oportunidades para que sus ideas integrasen los planes de estudios de las universidades, ya sea para educar a las nuevas generaciones académicas ya sea para influenciar la reproducción de instituciones académicas. De este modo, la fuerte presencia de estos visionarios teóricos en el discurso intelectual del momento no transformó necesariamente las relaciones institucionalizadas de poder dentro del campo. Su presencia simbólica nos dice poco acerca de los números concretos de productores simbólicos que se situaban en uno u otro bando. Con sus diferentes proyectos,

los teóricos de la generación estructuralista compensaron el aumento en la demanda de orientación intelectual general de objetos de investigación actualizados y métodos de investigación vanguardistas. Esta demanda es la que explica la gran publicidad de la que disfrutaron tales productores durante los años sesenta y setenta.

3.3 La formación de la generación estructuralista

Ya se ha señalado que los teóricos que son reconocidos internacionalmente como posestructuralistas encarnan dentro del campo francés a un grupo demasiado heterogéneo para ser considerado como representantes de un paradigma teórico o un movimiento intelectual. Pese a ello, aunque sea difícil agruparlos como miembros de un movimiento o paradigma, como individuos atrajeron considerablemente la atención alrededor de 1970. Por esta razón, para poder designar a estos productores, prefiero el término «generación intelectual». Como regla general, una generación intelectual comprende productores simbólicos que a) se refieran a eventos históricos específicos de discursos intelectuales; b) presenten discursos intelectuales más amplios con diferentes proyectos y; c) como Sirinelli propone, mantengan relaciones de «sociabilidad» que no solo incluyan «simpatía y amistad, sino también rivalidad y enemistad» (Sirinelli, 1988: 12).⁸

Una generación intelectual por lo general consiste en cohortes de diferentes edades y la generación del estructuralismo puede dividirse en tres grandes grupos diferentes. Jacques Lacan (1901-1981) y Claude Lévi-Strauss (1908-2009)

pueden ubicarse en un grupo «de la tercera edad». El grupo de productores nacidos cerca de 1920 comprende a Roland Barthes (1915-1980) y Louis Althusser (1918-1990), y el grupo generacional de 1930 incluye a Michel Foucault (1926-1984), Jacques Derrida (1930-2004), Pierre Bourdieu (1930-2002), Jean Baudrillard (1929-2007), Gilles Deleuze (1925-1995), Jean-François Lyotard (1924-1998), Michel de Certeau (1925-1986) y Gérard Genette (1930-2018). El grupo «juvenil» está compuesto por Philippe Sollers (nacido en 1936), Tzvetan Todorov (1939-2017) y Julia Kristeva (nacida en 1941).

Dichos grupos estaban expuestos a diferentes circunstancias históricas y políticas (véase Winock, 1985: 28 y ss.; Sirinelli, 1990). Los miembros más viejos vivieron la guerra y la ocupación, tal y como lo hizo la generación existencialista. Mientras que Lévi-Strauss y Althusser participaron como soldados en la Segunda Guerra Mundial, Lacan había estado temporalmente en contacto con los intelectuales de derecha de la época de preguerra (como Charles Maurras, Pierre Drieu la Rochelle, Céline y Robert Brasillach, quienes no desempeñaron un papel importante en el período de posguerra). Los miembros del grupo de edad nacidos alrededor de 1920, en especial, presenciaron el mítico prestigio disfrutado por el Partido Comunista Francés inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial (Althusser y por poco tiempo, Foucault, fueron miembros de este partido; véase Sirinelli, 1986).

La Guerra de la Independencia de Argelia fue una experiencia colectiva importante para el grupo de edad nacido alrededor de 1930. Bourdieu vivió en Argelia desde 1955 en adelante (Bourdieu, 1958), donde enseñó desde 1958 hasta 1960.

Althusser y Derrida nacieron en Argelia. Lyotard estaba involucrado en el movimiento anticolonialista (véase Rioux y Siri-nelli, 1991). Sin embargo, el acontecimiento que demostró ser formativo para todos ellos (y menos para otras generaciones intelectuales) fue la efervescencia teórica de los años sesenta («Saussure», «Freud», «Marx») y las agitaciones políticas de 1968. Estos son los puntos de referencia comunes que condicionaron de muchas formas sus carreras intelectuales.

Otros productores pueden caracterizarse como pertenecientes a la generación intelectual del estructuralismo, incluso aunque su impacto fuera limitado a audiencias más académicas, ya que no entraron en la arena del debate público intelectual. Dichos productores fueron discípulos de Saussure en lingüística, como Émile Benveniste (1902-1976) y A. J. Greimas (1917-1992), epistemólogos como Gaston Bachelard (1884-1962) y Georges Canguilhem (1904-1995) o el historiador cultural Georges Dumézil (1898-1986). A pesar de que estos eruditos constituyeron la fuente de importantes estímulos para la generación estructuralista (cabe pensar en la influencia de Greimas sobre Barthes, Bachelard sobre Althusser, o Canguilhem sobre Foucault), sin embargo, no se comportaron como intelectuales públicos. Muchos más productores se formaron durante la agitación estructuralista sin mostrar aún sus proyectos teóricos distintivos. Esto es cierto sobre todo para los numerosos estudiantes y comentaristas de los trabajos de Lacan o Althusser. Sin duda, se pueden nombrar varios casos pertinentes, por ejemplo Toni Negri (nacido en 1933), Jacques Rancière (nacido en 1940) y Alain Badiou (nacido en 1937), los althusserianos Pierre

Macherey (nacido en 1938), Etienne Balibar (nacido en 1942), Michel Pêcheux (1938-1982) o los filósofos derridianos como Jean-Joseph Goux (nacido en 1943).

Con cierta proximidad a la generación estructuralista, otras numerosas redes, escuelas y grupos se formaron alrededor de determinadas revistas. En el campo académico, historiadores como Lucien Febvre y Marc Bloch constituyeron un círculo en torno a la publicación *Annales* a principios de los años veinte. La relación entre los historiadores de *Annales* y los estructuralistas se desarrolló en una atmósfera constructiva y amable de discusión. Esto se puede deducir del debate sobre estructuralismo que tuvo lugar en los *Annales* a principios de los años sesenta (Delacroix, Dosse y Garcia, 2005: 186 y ss.). Para Raphael este intercambio fue:

«un cierto tipo de diplomacia académica por parte del consejo editorial de *Annales* que, de esta manera, continuó su estrategia dialogante entre la historia y las ciencias sociales. Al mismo tiempo, el debate también cubre los recelos arraigados de muchos historiadores contra dichas formas de teoría abstracta, modelos ahistóricos e interpretaciones no empíricas generalizadas» (1994: 280).⁹

Caminos que se cruzaron con Barthes, Derrida o Bourdieu, especialmente en la sexta sección de la *EPHE* y con la última *EHESS*, dirigida sobre todo por historiadores del universo *Annales* (es decir 1947-1956 por Lucien Febvre, 1956-1972 por Fernand Braudel, 1972-1977 por Jacques Le Goff, 1977-1985 por François Furet, véase Rieffel, 1993: 430). Fue Braudel quien reclutó a intelectuales como Barthes, Derrida o Bourdieu, a los

que de este modo se les pudo considerar emblemas de una «afinidad electiva» institucional con los historiadores de *Annales*.

Otro grupo está constituido por teóricos y filósofos que, como Henri Lefebvre, Cornelius Castoriadis o André Gorz, abogaron por un socialismo antiburocrático y apoyaron el movimiento de autogestión (Hirsh, 1981). Junto a Claude Lefort, Castoriadis dirigió una pequeña revista llamada *Socialisme ou barbarie* que analizaba críticamente los sistemas autoritarios del socialismo de estilo soviético (Gottraux, 1997). Si bien esta revista dejó de existir en 1965, sus ideas teóricas continuaron teniendo una influencia subterránea y con el crecimiento de la teoría política liberal experimentaron un renacimiento a finales de los años setenta. Se formó otro grupo en torno a Pierre Bourdieu y su revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (ARSS) a principios de los años setenta. Mientras que Bourdieu se vio influenciado por el estructuralismo, su grupo se convirtió, durante los años ochenta, en un fenómeno intelectual con características propias. Las matemáticas y la lógica formal también desempeñaron un cierto papel en el discurso intelectual de la época, lo cual no es muy sorprendente si tenemos en cuenta la circunstancia de que los estructuralistas privilegian la forma sobre el contenido, mientras mantenían su distancia con las humanidades en el nombre de una rigurosa ciencia social y de la vida humana. De este modo, Lacan, Sollers y el filósofo poslacaniano Alain Badiou se refieren una y otra vez a la teoría de conjuntos (*théorie d'ensemble*) y a un colectivo anónimo de matemáticos conocidos bajo el nombre de «Bourbaki». A ello se le unen A.J. Greimas y Oswald Ducrot que recurren a lógicos formales como Robert Blanché.

Una serie de tendencias teóricas, internacionalmente conocidas bajo el nombre de «feminismo francés», se desarrolló en las intersecciones de la filosofía y la literatura. Si bien esta línea es apenas representativa del feminismo general o de otras tendencias teóricas de la época (Moses, 1998; Duchén, 1986; Galster, 2004), cabe mencionar entre estas feministas a Luce Irigaray, quien formuló una teoría del discurso femenino o a Hélène Cixous, quien discutió cuestiones de género en sus numerosas novelas u obras de teatro. Para el campo estético-cultural, se pueden mencionar a varios escritores, por ejemplo, Georges Bataille y Maurice Blanchot quienes, tras haberse conocido en el *Collège de Sociologie* (1937-1939), fundaron la revista *Critique* justo después de la guerra.

En torno a la revista *L'Internationale Situationniste* (Martos, 1989) se reunieron algunos artistas iconoclastas de la *performance*, inspirados por las reflexiones teóricas mediáticas de Guy Debord (1992). La *Nouveau Roman* puede considerarse como equivalente literario de las tendencias estructuralistas en las *ciences humaines*. A diferencia de la literatura «ontológica» de Blanchot o Bataille, los autores de la *Nouveau Roman* fueron representativos de las tendencias *estilísticas* en el arte contemporáneo. Junto con el «proyecto Oulipo» o el «grupo de soporte y superficies» (el último comprende, entre otros, a Daniel Dezeuze, Bernard Pagès y Claude Viallat), estas tendencias pusieron de relieve el papel del material artístico y, por ende, problematizaron las nociones trascendentales de profundidad y conciencia («sujeto», «significado», «realidad», ...). De modo similar a Derrida y Deleuze, muchos representantes de la *Nouveau Roman* publi-

caron con Minuit. Junto con Barthes, Jean Ricardou defendió la *Nouveau Roman*, actuando como cabeza de puente teórica para la *Nouvelle Critique* (1990) y asimismo trabajó para la publicación *Tel Quel*.

Ninguno de estos grupos logró establecer un programa similar al del estructuralismo o desarrollar una discusión coherente que abarcara las diversas regiones del campo intelectual. Son los teóricos del estructuralismo quienes traspasaron los circuitos académicos, estéticos y políticos de producción del campo y de este modo desempeñaron un papel clave en el discurso intelectual. A diferencia de los grupos organizados alrededor de las revistas, instituciones y/o líderes intelectuales, la generación estructuralista no tenía un centro identificable (aunque se pueda citar a algunos líderes teóricos, como la «troika» intelectual de Lacan, Althusser y Foucault, a quienes puede sumarse Lévi-Strauss). Esta dispersión en el espacio intelectual permitió una especie de división del trabajo hegemónica que relacionó sus distintas áreas. De este modo, la coyuntura teórica del estructuralismo debe considerarse como resultado de la combinación de diversos factores lo cual convirtió la periferia institucional del campo académico en un lugar central para la praxis intelectual hegemónica. ¿Acaso no fue al traspasar lugares simbólica e institucionalmente dominados el modo en que los teóricos de la generación del estructuralismo estaban predestinados al ejercicio de una función crítica en el discurso público? Las diferentes posiciones que ocuparon en el campo demostraron ser complementarias. Se desarrollaron numerosos vínculos entre los estructuralistas y los no estructuralistas; entre sus diferentes posiciones po-

líticas; entre filósofos, antiguos filósofos y no filósofos, entre escuelas y redes de comunicación a las que pertenecían, entre académicos de élite y autodidactas, entre sus diversos lugares institucionales. Esta división intelectual del trabajo amplificó la presencia simbólica de cada productor.¹⁰ No importa tanto si se conocieron como adversarios o aliados, lo relevante es que los miembros de la generación estructuralista se beneficiaron de la resonancia mutua entre ellos.

La referencia explícita hacia los pares intelectuales (la cita o la mención de un colega) parece expresar un orden jerárquico intelectual que corresponde más o menos a la edad biológica de los productores. De este modo, se sitúa a Lacan en la cima. Rara vez recurrió a los colegas de su generación en sus textos. Foucault, por el contrario, nombraba directamente a Lacan algunas veces (Foucault, 1994a). Después lo siguieron Althusser, Deleuze y Derrida, quienes en ocasiones citaban a Lacan y Foucault (Deleuze, 1986; Althusser, Balibar, Establet, Macherey y Rancière 1965; Althusser, 1993) o se distinguían de estos teóricos (Derrida, 1967b). La batalla de Bourdieu contra la filosofía lo lleva a trazar una línea de demarcación clara contra Derrida (Bourdieu, 1979: 578 y ss. [494 y ss.]) y Althusser (Bourdieu, 1975). Barthes puede ser considerado como el punto de difusión teórico de su generación dado que popularizó otros proyectos teóricos (Greimas, Derrida). El estatus simbólicamente inferior de Sollers puede comprobarse de manera evidente en su *Théorie d'ensemble* (Tel Quel, 1968) a través de las contribuciones de Foucault, Derrida y Barthes. Cabe afirmar lo mismo en el caso de Jean-Joseph Goux, quien cita a Derrida frecuentemente, y de algunos estudiantes de Althusser.

Alrededor de mediados de los años setenta, el modelo intelectual del estructuralismo, que combinaba la legitimidad académica con las ambiciones estéticas y políticas mostró los primeros síntomas de una crisis. Alrededor de 1980, la hegemonía estructuralista comenzó a debilitarse, de la misma manera en que el humanismo existencial y académico había sido reemplazado por la generación estructuralista en los años sesenta. Con la crisis, los proyectos intelectuales de los años sesenta y setenta estuvieron sujetos a un proceso de rápida obsolescencia; más aún, cambiaron las reglas fundamentales del juego intelectual. Con la transición a un nuevo régimen discursivo, a veces denominado «neoliberalismo» (Winock, 1985: 32), la «era dorada de los grandes intelectuales» (Winock, 1985: 22)¹¹ y la era de «la profecía intelectual» terminó (Hourmant, 1997: 7).¹² Desde ese momento, «el intelectual agachó la cabeza, volvió a la institución, se encerró en publicaciones de su casta, su especialización, su nivel» (Hamon y Rotman, 1985: 207).¹³ Así pues, algunos intelectuales volvieron al saber académico y otros se sometieron a la producción lógica heterónoma del mercado de medios de comunicación cada vez más industrializados.

3.4 El giro neoliberal de los años ochenta

¿No es un signo de depreciación de las ambiciones intelectuales cuando Barthes, quien una vez propagó la «muerte del autor», haya descubierto el gozo de la experiencia literaria individual mientras exhibía su pesimismo creciente (1975; 1977), o cuando Philippe Sollers en 1982 cerró la revista *Tel*

Quel para volver a la producción literaria pura, o cuando Althusser se entregó al género de la autocrítica (Althusser, 1974; 1976; Wood, 1991)? ¿Se redefine la relación entre el poder político e intelectual cuando Philippe Sollers y Raymond Aron se involucraron en el mismo grupo activista en contra del totalitarismo, o cuando se vio a Roland Barthes desayunando con el presidente Giscard d'Estaing, o cuando en 1978 se convirtió en ministro de un gobierno de derecha el primer lacaniano (Fabiani, 1979: 299 y ss.)? Alrededor de 1980, la crisis de los teóricos «antihumanistas» entró en su apogeo. Sus figuras dirigentes desaparecieron. Lacan perdió la capacidad de hablar y falleció en 1981. Barthes murió en 1980 después de haber sido atropellado por un automóvil mientras cruzaba la calle. Mentalmente trastornado, Althusser mató a su mujer en 1980 y pasó el resto de su vida en un pabellón psiquiátrico. Nicos Poulantzas y Michel Pêcheux, alumnos de Althusser, se suicidaron en 1979 y 1983 respectivamente. Foucault murió de SIDA en 1984 después de sus estancias en California. Poco después le siguieron Certeau (1986), Deleuze (1995) y Lyotard (1998). Los portavoces de la generación del existencialismo, Jean-Paul Sartre y Raymond Aron, murieron en 1980 y 1983 respectivamente. Pero este período no sólo estuvo marcado por la muerte de los autores de posguerra más importantes, sino también por el retiro simbólico de otros. De este modo, en 1981, justo después de la elección de François Mitterrand, los periodistas empezaron una acalorada discusión sobre el «silencio de los intelectuales» (véase *Le silence des intellectuels de gauche* de Philippe Boggio en *Le Monde*, 27-28, julio 1983 y Sirinelli, 1990). Pocos seguían asumiendo el papel del

intelectual crítico (como Bourdieu, quien continuó los modelos intelectuales de Sartre y Foucault con su invectiva al neoliberalismo). Voces de centroderecha, que apenas habían existido en los años setenta (con excepción de Raymond Aron), llegaron a dominar el debate público (*Le Débat*, 1988).

Los años en torno a 1980 marcaron un cambio tanto generacional como institucional en el campo intelectual, lo que generó una transición hacia nuevas reglas de producción simbólica al definir una nueva relación con campos heterónomos, como la economía y la política. Este giro al neoliberalismo trastocó la relación entre los polos del campo de forma masiva y permanente. Con la desaparición de productores independientes, el polo académico se consolidó mientras los medios de comunicación y la cultura se convirtieron en un gran sector industrial. De este modo, la estructura tripolar del período moderno evolucionó en una configuración bipolar posmoderna. Las líneas cruciales del conflicto funcionaban, por una parte, entre «expertos», «asesores» y tecnócratas con acceso a los responsables políticos y a los «intelectuales mediáticos», quienes entraron al debate intelectual sin ninguna competencia cultural o académica específica, únicamente su legitimidad basada en la presencia en los medios de comunicación; y, por otra parte, entre los investigadores académicos, quienes principalmente trabajaban en temas específicos y para audiencias limitadas. Por lo tanto, la autonomía relativa del campo intelectual «disminuyó considerablemente en la medida en que ya no controlaba sus propias agencias de legitimación y tampoco podía crearlas por su propio poder» (Debray, 1979, 120 [80]).¹⁴ ¿Es esta pérdida de la autonomía

intelectual lo que explica por qué la «posmodernidad» es, para muchos intelectuales franceses y europeos de la época, sinónimo de reacción y decadencia?¹⁵

Después de la creciente crisis en los años sesenta, el campo académico en Francia mostró signos de consolidación. El número de investigadores en letras y en ciencias humanas fluctuó en un nivel entre 220.000 y 230.000 después de la congelación de contrataciones en 1971-72 (Prost, 1981: 397). El final de la fase expansiva marca la extensión de la desilusión entre los estudiantes y los investigadores, que vieron sus expectativas de carrera frustradas. Las tasas de circulación de muchas revistas intelectuales se hundieron entre 1968 y 1980, de 8.000 a 5.000 para *Tel Quel*, de 12.000 a 10.500 para *Esprit* y de 10.000 a 7.000 para *Les temps modernes* (Kauppi, 1990: 82 [102]). La típica tirada de monografías académicas más especializadas disminuyó también, de 2.200 a principios de los años ochenta a 700 copias a finales de los noventa (A.L., 1999: 131). Mientras Barluet diagnostica una disminución relativa del mercado de libros académicos en los años ochenta, especialmente en el ámbito de las ciencias humanas (2004), Auerbach ve en los desarrollos de esos mismos años una normalización acompañada por una pronunciada retórica de la crisis (2006).^{16, 17} A pesar de la notable excepción de Bourdieu, las editoriales no alcanzan hoy en día ventas más allá de los 10.000 ejemplares. Las *Presses Universitaires de France* (P.U.F.) simbolizó los problemas de las publicaciones académicas. En los años noventa, P.U.F. se adentró en aguas turbulentas cuando las cifras de edición de las principales series de libros como *Que sais-je?* bajó de 5.800 a 4.100 (Crignon, 1999: 129).

Después del auge en 1979-1980 con alrededor de 80 nuevas editoriales de ciencias humanas, el número de nuevos proyectos disminuyó a alrededor de 30 en 1987 (Bouvaist, 1998: 132). Al mismo tiempo, el negocio de las publicaciones académicas comenzó a estar cada vez más dominado por grandes empresas y compañías multimedia que introdujeron métodos de producción racionalizados causando «una verdadera colonización de las editoriales a través de inversores financieros» (Bouvaist, 1986: 100).¹⁸ De este modo, las ciencias humanas sintieron una creciente presión desde dos lugares: desde las pequeñas editoriales especializadas sin lectores no académicos y desde las grandes editoriales que prefirieron ensayos, folletos y *bestsellers* antes que textos conceptualmente ambiciosos (véase Bourdieu, 1999).

Al anunciar la transición hacia la «ciencia normal» (Kuhn, 1968), este desarrollo minimizó el incentivo para desarrollar proyectos de innovación intelectual. Así, los campos de especialización quedaron forjados y se establecieron líneas de investigación enfocadas más en mantener una solidez metodológica que en amplias visiones teóricas. Tras el fin de las dinámicas institucionales a principios de los años setenta, desencadenado por las numerosas posiciones académicas nuevas, cada vez menos productores nuevos se sumaron al campo. Los productores ya establecidos vieron frustradas sus expectativas de carrera y tuvieron que quedarse en sus posiciones existentes. No es de extrañar que la proporción de *assistants* disminuyera de nuevo: de 49% (1967) a 37% (1976), lo cual parecía tener correlación con el gran número de doctores en 1977 (Cohen, 1978: 134 y ss.). La filosofía se vio es-

pecialmente afectada por el envejecimiento de las disciplinas. En 1986, la cifra de menores de 35 años era inferior al 1% y la cifra de menores de 45 años disminuyó al 19,5% (Pinto, 1987: 142). Debido al número menguante de las posiciones disponibles y a la creciente cantidad de productores simbólicos, las instituciones académicas parecían haberse vuelto de nuevo más exclusivas. Se reforzaron los límites entre los internos (investigadores con trabajo) y los externos (investigadores sin trabajo), así como también entre los de arriba (investigadores con influencias en las carreras de otros) y los de abajo (investigadores sin influencia institucional).^{19, 20} Más aún, dado que las universidades empezaron a producir sus propios científicos jóvenes, los graduados de la *ENS* se vieron afectados por el difícil mercado laboral, que los hizo retroceder a disciplinas más clásicas (filosofía, letras). Y, finalmente, el centro académico, donde se habían creado la mayoría de los puestos en los años sesenta, pudo de nuevo enfrentarse simbólicamente a la periferia institucional. Después de que las facultades se fusionaran para formar universidades en 1968, estas instituciones se establecieron como instituciones independientes de educación e investigación junto a las *Grandes Écoles* y las *CNRS* (Musselin, 2001: 53 [31 y ss.]). La Ley de educación de 1968 (*loi d'orientation*) desestabilizó el sistema de cátedras con sus asistentes personales, contratos temporales de trabajo y jerarquías institucionales (1989: 25, 43). A pesar de la descentralización del poder académico, las relaciones entre los productores pronto se caracterizaron de nuevo por la dependencia personal y la jerarquía institucional. De este modo, no es sorprendente que para ciertos obser-

vadores el principio de los años ochenta se caracterizara por nuevos «signos de subordinación», un «énfasis en los aspectos disciplinarios del reclutamiento», e incluso un «aumento del poder burocrático» (Bessert-Nettelbeck, 1981: 311; véase Musselin 2001: 59 y ss. [35 y ss.]).

En el curso de la expansión educativa muchas de las redes formales o informales que resolvían la distribución de trabajos se establecieron como centros oficiales, grupos y equipos de investigación (*laboratoires, centres de recherche*).²¹ Sin embargo, los teóricos de la generación estructuralista raramente tenían éxito en este proceso. En la mayoría de los casos no intentaban convertir sus grupos intelectuales informales en equipos de investigación reconocidos institucionalmente. Una de las excepciones es Bourdieu (Lescourret, 2008). A diferencia de Lévi-Strauss, Foucault o Barthes, Bourdieu siguió una estrategia para institucionalizar su proyecto teórico desde el principio. En 1968 fundó el *Centre de sociologie de l'éducation et de la culture* en la *EHESS* con el apoyo de Raymond Aron y luego asumió la dirección del *Centre de sociologie européenne*. A través de su posición en el *Collège de France* en 1982, Bourdieu se estableció como un investigador líder, aunque controvertido, en la sociología francesa. Su círculo, firmemente anclado en las universidades, tenía las clásicas características de un grupo de discípulos en torno a un «mandarín» (Clark, 1971): líneas claramente definidas entre aquellos que seguían la inspiración de los maestros teóricos y el resto de la disciplina,^{22, 23} una jerga teórica fácilmente reconocible, solidaridad interna y externa del grupo (manifestada en proyectos de publicación común como el *bestseller* *La*

Misère du Monde, Bourdieu, 1993) y su propia revista (*ARSS en Seuil*). Bourdieu dirigió series de libros, como *Le Sens Commun* para *Minuit* o *Liber* para *Seuil*, así como la revista de crítica y revisión *Liber* (1989-2002), traducida a nueve idiomas. Por último, pero no por ello menos importante, estaba la división del trabajo entre el director teórico y los «estudiantes, quienes tendían a hacer trabajos menos prestigiosos y aspiraban a perseguir la hipótesis implícita o explícita del maestro» (Clark, 1971: 31).²⁴ Algunos estudiantes que habían mostrado sus ambiciones teóricas se separaron (como Luc Boltanski, quien se convirtió en director de investigación en la *EHESS* en 1984; o Jean-Claude Passeron, Christian Baudelot y Robert Castel). Ciertos conflictos dentro del grupo se convirtieron luego en espectáculos con la participación de los medios de comunicación (véase la polémica de Verdès-Leroux contra el «terrorismo sociológico» de Bourdieu, 1998).

Sin embargo, alrededor de 1980 ocurrieron importantes cambios no sólo en el polo académico del campo intelectual, sino también en el ámbito de los medios de comunicación (véase Lemieux, 2003; Pinto, 2007). Por un lado, la publicidad, la cultura de masas y los medios audiovisuales (televisión, vídeo y recientemente la prensa digital) comenzaron a crecer de forma desorbitada. Así, el centro de gravedad del campo se desplazó cada vez más hacia el polo de los medios de comunicación. Por otro lado, estaban las nuevas tecnologías y los métodos de producción en la industria de los medios de comunicación, lo que causó que las grandes editoriales se sometieran a corporaciones multinacionales y mercados financieros. Comenzó entonces el «ciclo de los medios» (*le*

cycle média), lo que significa que 1) los distribuidores del pensamiento empezaron a separarse de los productores del pensamiento y 2) los distribuidores ahora determinaban no solo la extensión sino también el tipo de producción que se publicaría o transmitiría (Debray, 1979: 136 [91]).²⁵

A este enorme cambio lo acompañó otro en el clima político; se pudo ver en las controversias públicas en torno a la traducción del *Archipiélago Gulag* de Alexander Solzhenitsyn, que apareció en Francia en 1974 (Jennings, 1993). Entonces el lado oscuro de los gobiernos comunistas se convirtió en un tema dentro del debate político-intelectual, donde volvían a escucharse las posiciones conservadoras. Aunque se conocía la existencia de campos de trabajos forzados en Siberia desde hacía tiempo, no fue sino hasta la mitad de los años setenta cuando los intelectuales tuvieron que tomar partido sobre dicha cuestión. En tal situación se hicieron visibles dos nuevos tipos de productores: primero, los nuevos «intelectuales mediáticos», quienes ganaron visibilidad en los medios sin haberse establecido previamente en campos más especializados (a diferencia de Zola y Gide en el campo estético, o Sartre y Foucault en el campo académico). La figura paradigmática de los intelectuales mediáticos fue Bernard-Henri Lévy (nacido en 1948), un *normalien* que actuó como líder de un grupo de ensayistas (André Glucksmann, Maurice Clavel, Michel Le Bris, Christian Jambet y Guy Lardreau) conocido bajo la etiqueta de *nouveaux philosophes* (Lévy, 1976; Quadruppani, 1983). Los *nouveaux philosophes* se diferenciaban de sus predecesores intelectuales no sólo gracias a su retórica anticomunista y su «neoracionalismo» apocalípticamente matizado

(Morin, 1986: 77), sino también en virtud de una estrategia cuya meta principal era ganar la atención de los medios de comunicación (Boudon, 1980: 22). Estos productores entraron en el discurso de los medios de comunicación sin seguir el camino duro, largo y arduo de las carreras académicas. Esos intelectuales mediáticos (por ejemplo, Alain Finkielkraut o Pascale Bruckner) a veces llegaron tan lejos como «para invertir por completo el orden de las fases, empezando sus carreras como periodistas o ensayistas y convirtiéndose luego en académicos» (Pinto, 1992: 100 y ss.).

Otros *normaliens* (por ejemplo, Régis Debray, Guy Hocquenghem, André Comte-Sponville; véase Rieffel, 1994: 225) también prefirieron la rápida atención de los medios de comunicación antes que los proyectos que requerían más tiempo para construir una reputación académica. Mientras que estos periodistas escriben en nombre de las verdades científicas (cabe pensar en la «sociología» de Pascale Bruckner), a menudo defienden cuestiones y problemas que se han declarado obsoletos hace mucho en el debate académico (como el debate sobre «la civilización occidental»). Alain Finkielkraut, por ejemplo, propugnaba una filosofía académica tradicional abordando cuestiones morales y éticas o el significado de la vida (1987). Estos intelectuales no publicaban en editoriales pequeñas como *Minuit*, dirigida a círculos limitados de colegas. Publicaban con grandes editoriales como *Grasset*, orientadas a la producción de *bestsellers*. Mientras los medios de comunicación les habían permitido a Sartre o a Foucault darle voz a las tendencias académicas o estéticas, o a los movimientos políticos (véase James, 2005), la forma

de los medios de masas fue el punto de inicio y fin para estos intelectuales mediáticos.

Apostrophes se convirtió en el símbolo de la nueva era. *Apostrophes* (1975-1990) fue un programa de última hora, moderado por Bernard Pivot, que discutió nuevos libros en el campo de las humanidades y que contribuyó crucialmente al fenómeno de los *nouveaux philosophes*. De este modo, el lugar del discurso intelectual cambió: las revistas intelectuales independientes (como *Les Temps modernes*) perdieron su autoridad simbólica ante revistas con tiradas millonarias (como la *Nouvel Observateur*). Dichas revistas publicaron a jóvenes académicos «quienes poseían el inevitable *Ábrete Sé-samo* (la *Agrégation*), pero no mostraban deseos de terminar el programa académico estándar (el doctorado)» (Hamon y Rotman, 1985: 233; Pinto, 1984).²⁶ Los intelectuales del ciclo mediático se distinguieron de las generaciones anteriores de producción intelectual por una actitud liberal hacia el centro derecha, y por inclinarse a una filosofía moralista propia de los teóricos de salón. No es de extrañar que los representantes de generaciones anteriores como Gilles Deleuze denunciaran el «marketing literario y filosófico» y el «pensamiento insustancial» de esos intelectuales como una «reacción fatal» (Deleuze, 1977: [2 y ss.]).²⁷

Junto a estos intelectuales, quienes confiaban exclusivamente en su presencia en los medios de comunicación, hay otro tipo de intelectual neoliberal más académico: politólogos conservadores y filósofos políticos. Al ponerse en contra del «radicalismo» y del «sectarismo» de los años sesenta y setenta, dichos teóricos abogaban por un acuerdo

neoliberal basado en el respeto por las libertades individuales. Los filósofos políticos como Marcel Gauchet, Jean-Pierre Dupuy, Pierre Manent, Bernard Manin, Philippe Raynault y Pierre Rosanvallon pertenecieron a esta nueva generación intelectual. Como Thomas Pavel (1989a: 2) señala, representaban una «renovada sensación de responsabilidad moral y política» que hizo posible volver a hablar de «erudición, historia y filología, también de ética y axiología» en París (1989a: 144). Una expresión de esta tendencia fue la polémica en contra del «antihumanismo» de 1968 por Luc Ferry y Alain Renaut (Ferry y Renaut, 1988b; véase Pavel, 1989b). Para estos dos filósofos, Foucault, Althusser, Derrida, Lacan, Bourdieu/Passeron y Deleuze representaron a una «filosofía de 1968» contraria a las «virtudes de la subjetividad» de los años ochenta, que se materializó en «el renovado consenso alrededor de la moralidad de los derechos humanos, o de la creciente demanda, incluso en la izquierda, de sujetos autónomos y de una sociedad *vis-à-vis* con el Estado» (Ferry y Renaut, 1988b: 26 [xxi]).²⁸ Además, las controversias surgidas de la publicación del libro de Víctor Farías acerca de la participación nazi de Heidegger (1987) cubrieron de sombras las teorías de posguerra, lo que Pavel llama la «era de la sospecha» (1990: 174)²⁹ inspirada por las tres «H» (Hegel, Husserl y Heidegger) en cuyo nombre los teóricos de los años setenta habían tenido como objetivo una crítica de la ideología, el descentramiento del sujeto y el desciframiento de estructuras latentes. Al igual que el «descubrimiento» del carácter totalitario de la Unión Soviética en el debate del *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn, las controversias alre-

dedor del «descubrimiento» del pasado nazi de Heidegger dieron testimonio del cambio de la constelación hegemónica en el campo intelectual. Se estableció un modelo de práctica intelectual que ponía en cuestión el «totalitarismo» y el «antihumanismo» de los años sesenta.

En 1980, Pierre Nora y Marcel Gauchet fundan la revista *Le Débat*. Se veía a sí misma como un órgano de esta nueva generación intelectual (con artículos de, por ejemplo, François Furet, Mona Ozouf, Jacques Revel, Pierre Rosanvallon, Hervé Le Bras, Jacques Julliard, Luc Ferry, Gilles Lipovetsky, Paul Yonnet, Alain Finkielkraut, Simon Nora, Alain Minc y Nicolas Tenzer).³⁰ Las posiciones, la retórica y los hábitos de los intelectuales neoliberales difirieron notablemente del modelo de los intelectuales comprometidos tal como lo habían encarnado Zola, Sartre o Foucault: «Los “liberales” están en contra de las demostraciones en masa; prefieren socializar de manera más burguesa, más inclinada al ámbito personal que a reuniones colectivas» (Winock, 1985: 27).³¹ A diferencia de Sartre o Foucault, los intelectuales neoliberales ya no se veían en una relación antitética con el poder político sino como asesores éticamente informados y expertos en la toma de decisiones tecnocráticas. En los *think tanks* elitistas (como la *Fondation Saint Simon* fundada a finales de 1982), algunos intelectuales como François Furet, Pierre Rosanvallon, Jean-Claude Casanova, Luc Ferry, Jacques Julliard o Emmanuel Le Roy Ladurie entraron en contacto con representantes del gobierno, líderes empresariales y corporaciones de medios de comunicación (Rieffel, 2002). ¿Es de extrañar que uno de estos intelectuales neoliberales,

Luc Ferry, fuese nombrado secretario de educación desde el 2002 al 2004 en el gobierno de Chirac/Raffarin o que Pierre Rosanvallon se trasladara al *Collège de France* en 2004 para reemplazar a Pierre Bourdieu?

A la vista de este retorno al orden, propagado por los intelectuales mediáticos y teóricos políticos de los años ochenta, la mayoría de los proyectos teóricos de los años sesenta y setenta desaparecieron de la escena pública. Con la excepción de Bourdieu, que le dio su apoyo a la huelga general de 1995 y actuó como un crítico de la globalización neoliberal, y filósofos políticos como Etienne Balibar, Jacques Rancière y Alain Badiou, quienes teorizaron en contra de la globalización neoliberal como un régimen de exclusión, el resto de la generación intelectual del estructuralismo abandonó el escenario público.

La Teoría es quizás uno de los síntomas más espectaculares de la llegada de la era de la educación superior en Francia y los factores que contribuyeron a tal florecimiento teórico indudablemente eran los mismos que más tarde provocarían su declive. Tras 1973, cuando el período de rápido crecimiento en la educación superior llegó a su fin, no sólo las relaciones dentro de la institución se habían calmado, sino que la producción científica se había «normalizado» (Kuhn, 1968) y sus productores habían comenzado a envejecer; pero también había surgido una estructura de producción simbólica en la cual ya no se necesitaba la iconoclastia bohemia tan característica de los productores de la Teoría. Al haber surgido en el despertar de las nuevas universidades,

Johannes Angermuller

la Teoría nunca encontraría su lugar en una universidad francesa. Su herencia intelectual se desarrolló en otro lugar.

De la Teoría en Francia a la Teoría Francesa: La creación del «posestructuralismo» en la universidad posnacional

Los años sesenta y setenta fueron un período de agitación sin precedentes en la vida intelectual francesa. Teóricos como Lacan, Althusser, Foucault, Derrida, Barthes y Deleuze, con sus estructuras conceptuales y sus proyectos intelectuales visionarios, despertaron el interés de los lectores más allá del mundo universitario. El éxito de estos profetas de la Teoría coronó el breve siglo de los intelectuales franceses, que comenzó con el Caso Dreyfus a finales del siglo XIX y finalizó al comienzo de los años ochenta con «el silencio de los intelectuales», junto con la muerte de Sartre, Aron y Foucault. Artistas, hombres y mujeres de letras y otros profesionales con una competencia cultural específica entraron entonces en el debate público para tomar posiciones en torno a las cuestiones morales y políticas de la sociedad. Durante el primer tercio del siglo XX la mayor parte de las energías intelectuales provenían del arte y la estética (con figuras como, por ejemplo, Émile Zola o André Gide); en cambio, en el último cuarto del siglo pasaron a un primer plano los productores vinculados a los medios de comunicación, especialmente periodistas, expertos y ensayistas con acceso a la televisión (como por ejemplo los *nouveaux philosophes* alrededor de Bernard-Henri Lévy). Sin embargo, ninguna época fue más dinámica y productiva que las tres décadas posteriores a la

Segunda Guerra Mundial. Jean-Paul Sartre, filósofo, escritor y autoridad en cuestiones político-morales, logró escapar a las segmentaciones simbólicas precedentes para encarnar la figura del «intelectual total». Asimismo, los protagonistas de la coyuntura posexistencialista (encabezada por el triunvirato del «intelectual específico» Michel Foucault, el psicoanalista Jacques Lacan y el filósofo marxista Louis Althusser) trataron de influir ampliamente en la esfera pública intelectual, no sólo en cuestiones políticas y estéticas, sino especialmente en el debate teórico de las *sciences humaines* en crecimiento. Los representantes de esta generación intelectual fueron principalmente productores académicos. El discurso intelectual se desarrolló entonces bajo el signo de la Teoría.

Teoría es el nombre de un discurso intelectual que opera con un cuerpo de textos teóricos en ciertos contextos sociales. Si la Teoría en Francia fue el producto de una coyuntura particular en el campo intelectual francés de la postguerra, hoy en día sus protagonistas son figuras canonizadas de las ciencias sociales y las humanidades. Ciertos cambios en las estructuras institucionales del campo contribuyeron a este breve pero relevante estallido de la actividad teórica alrededor de 1970. Por lo tanto, no se puede ignorar la gran cantidad de nuevos productores que llegaron a las escuelas y a las universidades, lo que a su vez guarda relación con una crisis institucional en el campo académico. Esta evolución se manifestó de una manera particularmente dramática en el ámbito de las letras y las ciencias humanas. Este aumento no solo obligó a todos los grupos a ser más innovadores, sino que también puso a prueba las relaciones personales y las jerarquías insti-

tucionales entre un pequeño grupo de profesores y un grupo de asistentes que crecía rápidamente. Al tiempo que surgía un amplio abanico de disciplinas nuevas, como la sociología, las ciencias de la información, la semiótica y el psicoanálisis, muchos nuevos productores tuvieron que hacerse hueco en un discurso donde los proyectos teóricos que delineaban las nuevas orientaciones intelectuales tenían una gran demanda.

También cabe señalar la aparición de una nueva economía de producción simbólica que permitió la difusión del conocimiento teórico más allá del círculo académico. Aparte de Gallimard, la prestigiosa editorial que recibía a los autores más prominentes de las ciencias humanas, así como también a los miembros de ciertos movimientos intelectuales de vanguardia (André Gide y Jean-Paul Sartre), había otras editoriales que desempeñaron un papel decisivo: Le Seuil y Les Editions Minuit. Estas transformaciones en el dominio de las publicaciones académicas se vieron acompañadas por la aparición de numerosos órganos intelectuales y revistas especializadas como *Tel Quel*, cuya dirección se encomendó a un equipo bastante joven centrado en el escritor Philippe Sollers. Gracias a tales oportunidades, la generación de la Teoría pudo tener impacto en un público más allá del ámbito del debate académico, un público en busca de una orientación intelectual en los campos de la teoría, el arte y la política.

Dicho de forma concluyente, la Teoría surgió en el contexto del (re)nacimiento de la universidad francesa, que adoptó su estructura moderna en la época de 1968. El crecimiento espectacular de las universidades en los años sesenta había revelado la naturaleza arcaica de las estructuras instituciona-

les de la educación superior, organizadas fundamentalmente dentro de facultades cuyas raíces aún se remontaban a los tiempos del *ancien régime*. El crecimiento de los rangos académicos bajos, de estudiantes y asistentes, fueron de la mano con las cuestiones críticas del orden jerárquico característico del sistema de reproducción institucional (de los «mandarines» de la «vieja escuela»). Las «instituciones periféricas» fueron las que al final se beneficiaron de la crisis simbólica: organismos como el *Collège de France* y la *École des Hautes Études* (EHESS), que no conceden diplomas, o aquellas universidades nuevas como Vincennes, que no requieren de un bachillerato como base para la admisión.

Para muchos observadores procedentes del campo intelectual francés la Teoría en Francia lleva la marca inconfundible de los años sesenta y setenta con su ambiente característico (optimismo social, oposición política, innovación cultural, etc.). En cambio, este barniz histórico desaparece a medida que los textos teóricos de la época comienzan a circular fuera del campo intelectual francés y la Teoría en Francia se convierte en la «Teoría Francesa». En la actualidad la teoría aparece cada vez más como un discurso «atemporal» en las ciencias humanas y sociales internacionales. Desconectados de sus contextos institucionales, los autores y autoras se presentan ahora como figuras canónicas que participan en un debate sobre las cuestiones «universales» de las ciencias humanas y sociales internacionales.

Al analizar el éxito internacional de la Teoría fuera de Francia desde los años setenta, haríamos bien en recordar que al ser traducidos los textos se recontextualizan en con-

diciones institucionales específicas. Por esta razón el paso de los textos de un campo a otro no es una operación neutral. ¿Quién en Francia es capaz de ubicar la Universidad en Irvine (donde Derrida llevó a cabo una serie de cursos en la década de 1980) en el tablero de ajedrez de las universidades estadounidenses? ¿Y qué lector estadounidense está lo suficientemente familiarizado con el complejo funcionamiento de las instituciones francesas para comprender qué significa para un filósofo enseñar en el *EHESS*, como hizo Derrida a partir de 1983? Lejos de ser ajenas al trabajo conceptual, estas condiciones institucionales se han movilizadado en la creación de la Teoría Francesa que sigue a la recepción norteamericana de teóricos como Derrida y Foucault, Deleuze y Barthes (Cusset, 2008). El contexto institucional al que los lectores se refieren tácitamente en su interpretación de los textos teóricos lo mismo puede reforzar, por un lado, la impresión de que se trata de teóricos dispersos procedentes de campos opuestos que, por otro lado, puede tratarse de representantes de un movimiento más o menos unificado por un programa teórico. Pues mientras que un lector del campo francés sin duda tendría dificultades para reunir en el mismo campo a un *ex-normalien* que enseñaba en el *Collège de France* (Foucault) y a un empresario autodidacta (Lacan), lo primero a lo que se aferra un lector estadounidense típico es el hecho de que ambos provienen de Francia. De ahí la hipótesis, ampliamente difundida entre los observadores internacionales, de que estos teóricos compartían un proyecto intelectual (el «posestructuralismo») netamente distinguible de otras tendencias (como el «pragmatismo estadounidense», la «filosofía analítica británica», o

el «historicismo alemán»). Este efecto de traducción es el que hace que un corpus de textos, al ser leído en diferentes campos, se perciba como perteneciente a diferentes paradigmas, escuelas y tendencias. Leer textos en nuevos contextos no hace que su interpretación sea menos verdadera. Más bien, los textos siempre se ven contextualizados y recontextualizados y el ejemplo de la recepción norteamericana de los textos teóricos franceses nos recuerda los efectos creativos que estas apropiaciones han tenido sobre la Teoría.

Del mismo modo que los textos no se pueden leer sin instruir a los lectores sobre sus contextos, los textos teóricos también necesitan ser contextualizados. Que los textos siempre necesiten de contextualización para ser entendidos no significa que los lectores capaces de ubicar los textos en el contexto «original» (es decir, el contexto que consideran que es el original) puedan acceder a su significado «verdadero». En el acto de interpretación, los textos siempre se refieren a algún contexto y los diferentes lectores contextualizan los textos de manera diferente. Los lectores académicos tienden a movilizar sus conocimientos tácitos sobre los contextos institucionales en los que el texto se originó. Para los lectores de otro campo, construir el contexto representa un desafío especial. Una estrategia común de tales lectores estriba en «etnicizar» los textos conocidos por ser de cierta nacionalidad y unir en un mismo bando o movimiento (como la «Teoría Francesa» contra las tradiciones «indígenas» del pragmatismo en Estados Unidos) a los autores de otro sistema académico. Otra estrategia común es proyectar el conocimiento contextual que tienen de su propio campo en los textos de otros

campos (tales como la percepción de la «Teoría Francesa» como un fenómeno «literario» entre los científicos sociales de Estados Unidos). En este acto de reinscribir un texto de un campo fuente en un campo de recepción, el «contenido» del texto no permanece igual. De esta manera, los textos se enmarcan, contextualizan e interpretan de maneras que sus autores puedan desconocer, como lo atestigua la sorprendida reacción de Michel Foucault a la etiqueta del «posestructuralismo» (véase la introducción). De esta forma, el «posestructuralismo» resulta ser un efecto de conversión, que revela la actividad de contextualización de lectores fuera del campo intelectual francés.

Se puede citar cierto número de razones por las cuales a estos productores se les etiquetó como «posestructuralistas» en su recepción internacional desde los años setenta, pero no en Francia. Por lo tanto, es preciso tener en cuenta el retraso con el que ciertos textos que desempeñan un papel en cierto debate en un campo se traducen a un lenguaje de otro campo. De hecho, algunos de los que son ampliamente señalados como líderes intelectuales del «posestructuralismo» fuera de Francia se habían distanciado del «estructuralismo» antes de que los trabajos de sus períodos «estructuralistas» fueran traducidos. En consecuencia, obras como *Las palabras y las cosas* (1966) de Foucault o *Mitologías* (1957) de Barthes, que los observadores franceses generalmente asociaban con el período estructuralista de los años sesenta, no fueron recibidos por los lectores de habla inglesa y alemana hasta los años setenta, junto con las declaraciones resueltamente antiestructuralistas posteriores de estos autores. Así pues, el orden de

la aparición de las traducciones ha cambiado la manera en la que estos trabajos se han leído en diferentes contextos de recepción. Althusser fue traducido inmediatamente después del renacimiento de la teoría marxista a fines de los años sesenta; en cambio algunos de los escritos más importantes de Lacan, que había sido el primer autor de su generación intelectual en Francia, se publicaron una década después.

Una señal de las diferentes contextualizaciones que se producen en diferentes campos son las notas publicitarias en las cubiertas de los libros, que cambian considerablemente de un idioma a otro, en especial por lo que toca a las posiciones institucionales y las carreras de los productores (asuntos con los que los lectores internacionales no están necesariamente familiarizados). En las ediciones francesas, a menudo se explica si un autor (como Foucault, Derrida o Althusser) es un *normalien* o enseña en una universidad. Con ayuda de esta información paratextual sobre la persona, los lectores pueden clasificar a los productores como más (Foucault, Derrida y Althusser) o menos (Lacan y Sollers) académicos, mientras que, en el discurso posestructuralista fuera de Francia, se considera a todos estos productores como figuras académicas en diferentes grados. Existen más aspectos contextuales de estos textos a los que sólo los lectores con formación francesa tenderán a prestar atención. Uno de tales aspectos, por ejemplo, estriba en si los libros de las librerías se colocan en estanterías «tradicionales» (especialmente de filosofía, donde uno podría encontrar a Derrida) o estanterías «modernas» (ciencias humanas: Foucault, Sollers; psicoanálisis: Lacan; marxismo: Althusser).

Otra razón para la distinta recepción que estos autores han tenido en Francia y en el ámbito internacional radica en el conjunto específico de condiciones de publicación en ambos contextos. En Francia, cierto número de publicaciones aparecieron en las editoriales con un fuerte enfoque en *sciences humaines*. Esto sucedía especialmente con las editoriales entonces relativamente nuevas como Seuil (Lacan, Sollers), Minuit (Derrida) y Maspero (Althusser) que acentuaron el carácter vanguardista de estos textos. En contraste, Gallimard y Presses Universitaires de France (PUF), donde se publicaron algunos libros de Foucault y Derrida, habían sido los anfitriones de los proyectos intelectuales de las vanguardias anteriores (Gide y Sartre), por lo cual PUF publica sobre todo en el campo de las humanidades con una orientación más académica. En cambio, ninguna de las editoriales de las traducciones inglesas tiene un perfil distinto de las *sciences humaines*: el *Seminario XI* de Lacan se distribuyó por primera vez por Hogarth Press, *La revolución teórica de Marx* de Althusser por Allen Lane; *Las palabras y las cosas* de Foucault por Tavistock; *La voz y el fenómeno* de Derrida por Northwestern. Por esta razón, en Estados Unidos y Gran Bretaña –donde las editoriales con una especialización en Estudios Culturales publicaron algunas ediciones posteriores de esos textos (como Foucault en Routledge)– se considera a estos autores representantes de un movimiento concreto gracias a un problema intelectual compartido. En cambio, en Francia son más bien las fechas de publicación (entre 1964 y 1967) las que contribuyen a la unidad percibida de estos productores.

Sin embargo, también se pueden señalar las reconfiguraciones institucionales que han contribuido a la creación de la Teoría Francesa en Estados Unidos. Así como el surgimiento de la generación estructuralista estuvo acompañado por cambios institucionales en el campo francés, cuando entró en escena el posestructuralismo se inició una importante transformación institucional en las humanidades de los Estados Unidos. La diferencia de la situación en Francia no pudo ser más sorprendente: mientras la Teoría en Francia, situada en la periferia institucional del campo, surgió durante un período de expansión sin precedentes del sistema educacional francés, la Teoría Francesa en Estados Unidos, al contrario, arrancó en los centros institucionales, en universidades de investigación líderes como Yale o Berkeley, al inicio de una gran reducción de las humanidades en Estados Unidos.

De este modo, cabe preguntarse: ¿cuáles son las transformaciones institucionales del campo en el que se recibió la Teoría Francesa? ¿Cuáles son las líneas divisorias institucionales que caracterizan a las humanidades en Norteamérica a mediados de los años setenta y en los años ochenta? Al dibujar una historia breve, se puede comprobar que la Teoría se estableció en dos etapas: el primer momento es el de la «Alta Teoría» de la escuela deconstructiva de Yale (Guillory, 1999). Paul de Man, junto con Jacques Derrida, pavimentaron el camino para las preocupaciones teóricas dentro de los departamentos de literatura en la década de los años ochenta. Fue un giro similar al del movimiento teórico precedente: el *New Criticism*, asociado con Ransom y Brooks, en las décadas entre 1930 y 1960. Aunque la práctica del *New Criticism* se

asemejó a la deconstrucción en ciertas formas, ya que privilegiaba el trabajo sobre la organización formal del texto literario (véase el eslogan derridiano *Il n'y a pas de hors-texte* [«No hay nada fuera del texto»]), la deconstrucción era más iconoclasta en su crítica al texto literario, lo cual pronto se utilizó para una crítica política e ideológica más general. La recepción de Michel Foucault, que comenzó en la costa oeste, contribuyó al paso a lo que puede llamarse la «baja teoría» alrededor de 1990. Desde entonces, el texto literario dejó de ser el objeto de estudio privilegiado y las cuestiones relacionadas con la cultura de masas, la identidad y la política ocuparon el lugar central de la escena intelectual. Así pues, la historia de la Teoría Francesa comenzó en Estados Unidos en los departamentos de inglés, se extendió por todo el campo literario y estético, y por ámbitos de historia, antropología y geografía, pero en gran parte permaneció ausente en ciencias sociales, filosofía y lingüística.

Para poder explicar esta transmisión masiva de un puñado de teóricos franceses, se debe prestar atención a las condiciones específicas del trabajo académico en la sociedad estadounidense, marcado por una valorización relativamente débil en los medios convencionales, lo cual por cierto sirve para mantener la universidad norteamericana más o menos confinada en los campus. Pero también es importante tener en cuenta el factor de la «ecología disciplinaria», caracterizada por una división estricta entre las artes liberales, dominadas intelectualmente por los departamentos de inglés, y las ciencias sociales, regidas por paradigmas positivistas y economicistas, en especial desde el eclipse de los enfoques

pragmatistas más cualitativos en sociología a partir de la década de los años ochenta. De este modo, el ámbito de la crítica literaria dominó el debate intelectual y ensombreció a las ciencias sociales con su creciente interés en cuestiones contemporáneas de poder y política.

Esta redefinición de la crítica literaria como una disciplina intelectual va de la mano del surgimiento de nuevas jerarquías de productores dominantes o dominados en el mapa simbólico. Estos vienen marcados por nuevas normas que regulan la división de ganancias simbólicas dentro del campo: en primer lugar, un ritmo cada vez más acelerado de nuevas tendencias y nuevos campos de estudio con entornos académicos borrosos. Creadas a menudo por los editores de antologías (cada vez menos por autores de monografías), estas tendencias más o menos efímeras dan lugar a numerosas ideas y conceptos que se unen «en el aire» y cambian cada dos o tres años. Al aceptar esta lógica de lo *nuevo* y lo *post*, dentro de corrientes tales como *poscolonialismo* y *neohistoricismo*, los productores y sus productos afrontan constantemente los peligros de envejecimiento y obsolescencia, lo que a su vez tiende a relegar los proyectos más a largo plazo.

En el marco de las humanidades más intelectualizadas, se puede notar una aceleración de los ciclos productivos que aumenta las tensiones entre los jóvenes investigadores (sobre todo los que trabajan en la cultura contemporánea) y aquellos colegas que en su mayoría han tenido tiempo para desarrollar su carrera. Estas disputas jerárquicas entre académicos jóvenes y maduros no es una simple cuestión de prestigio simbólico, ya que los fondos de investigación se distribuyen

a menudo de acuerdo con el peso de una determinada moda académica. Por lo tanto, se trata de que las relaciones entre generaciones comienzan a estar marcadas por tensiones. Al fin y al cabo, ¿qué terreno común comparten un filólogo humanista con tendencias conservadoras y un intelectual politizado con más interés en Madonna y Spielberg que en Shakespeare o Byron?

Como consecuencia, el capital simbólico se redistribuyó a lo largo del campo. Se expandió la brecha entre las estrellas que monopolizaron la atención de todos y las figuras oscuras o invisibles (la «madera muerta») (Moran, 1998; Wiener, 1990). A veces con apenas treinta años, el creador se convierte en una estrella al redefinir los límites de un nuevo campo. Después de haber alcanzado el tope alrededor de los cuarenta años, la estrella comienza a decaer y, a los cincuenta años, bien pudo haber pasado al olvido. En este contexto de un nuevo sistema de estrellato académico versus la «madera muerta», tuvo lugar la recepción de los teóricos franceses y las obras de «Derrida y *cía.*» se convirtieron en una nueva moneda teórica.

En la medida en que tales tendencias forman parte de cambios profundos en la organización simbólica e institucional del campo, el caso de la Teoría puede verse como particularmente revelador en la cuestión de los contextos institucionales donde circulan los textos. De este modo, el despegue simbólico inspirado por la Teoría es el correlato de una mutación simultánea en las reglas de producción y reproducción académica. En esa época, el principio de la producción simbólica competitiva (el modelo del mercado generalizado y ex-

tendido al dominio de la investigación) comenzó a afectar al campo académico estadounidense que empezó a distanciarse netamente del sistema educativo europeo, donde el modelo institucional procedente del Estado-nación solo se pondría en duda más adelante (el Proceso de Bolonia, los modos de gestión de la gobernanza académica, etc.).

La señal de cambio más obvia que marcó las ciencias humanas en Estados Unidos en esa época es la detención abrupta de su dinámica expansiva a comienzos del año 1970. Solo un poco antes, a finales de los años cincuenta, la conmoción causada por el *Sputnik* había contribuido a conceder una gran centralidad a las ciencias humanas, concebidas como un antídoto contra la barbarie comunista. En los siguientes quince años, el número de estudiantes universitarios en estas áreas, especialmente en inglés, se había quintuplicado y se había producido un crecimiento proporcional en investigación y enseñanza. Esta tendencia alcanzó la cima en 1971-1972, cuando más de 64.000 estudiantes obtuvieron un título en inglés. El agotamiento repentino de los puestos disponibles para los aspirantes a la titularidad fue una experiencia particularmente lastimosa para aquellos involucrados, ya que durante más de un siglo este campo solo había conocido un crecimiento abundante e ininterrumpido. El descenso fue tan largo como doloroso. Para el curso 1982-1983, el número de estudiantes que terminaron con un título de inglés en todo el país se redujo a 33.000; una reducción de casi la mitad en veinte años. Sólo a comienzos de la década de los noventa esta categoría de estudiantes volvió a superar el umbral de 50.000. Como el número total de estudiantes (en todas las categorías)

permaneció más o menos constante durante este período, la proporción de estudiantes que se inscribió en inglés se redujo a la mitad, cayendo del 8% al 4% (ADE Bulletin, 1995).

Esta contracción se tradujo inmediatamente en la oferta docente disponible para especialistas en literatura. En ese momento comenzó una «crisis laboral», que duraría hasta finales de los años noventa (Aronowitz, 1994; Bérubé, 1998). La relación entre oferta y demanda de los investigadores jóvenes continuó deteriorándose debido al hecho de que los departamentos de inglés no cesaron la expansión de sus programas de doctorado hasta mucho después. Se abrió así un círculo vicioso: cuando estaban obligados a reducir los gastos, los departamentos recurrían a su grupo de estudiantes doctorales que suministraban enseñanza presencial a un precio más rentable. La disminución de estudiantes doctorales entre 1971-1972 y 1983-1984 es menos acusada; y desde comienzos de los años noventa ha habido casi tantos nuevos candidatos doctorales como a principios de los años setenta (ADE Bulletin, 1995).

Si bien la crisis laboral subrayaba la decadencia experimentada por las ciencias humanas en Estados Unidos durante ese período, esta evolución no es de ninguna manera específica del contexto estadounidense. Se observa la misma tendencia en Francia y en otros países a comienzos de los años setenta. En Estados Unidos, este período de depresión en términos cuantitativos también provocó una caída cualitativa que no tenía equivalente en Europa (excepto tal vez en el campo británico desde comienzos de los años ochenta). Lo que cambió fue la manera en la que los productores se repro-

dujeron institucionalmente, es decir, las formas de reclutamiento que, en cierto sentido, se «profesionalizó» distanciándose cada vez más de los criterios «subjetivos» de erudición humanista. En primer lugar, se privilegió de modo creciente la investigación y las publicaciones en aquellas disciplinas que tradicionalmente se habían decantado por la enseñanza. Junto a ello se provocó la disolución de aquellos medios de comunicación dirigidos por los mandarines, quienes habían podido ubicar a sus alumnos a través de relaciones personales tales como las redes de los «viejos muchachos». El nuevo contexto enfatizaba el imperativo de la investigación que conllevaba un rejuvenecimiento del discurso teórico, a pesar de que la edad promedio había aumentado como resultado de la escasez de nuevos puestos. Con jóvenes colegas cada vez más sujetos a la lógica de «publicar o perecer», el mercado de bienes simbólicos se transformó en un mercado para obras calificadas, es decir, un mercado por y para jóvenes investigadores (Guillory, 1996). De esta forma se impugnó el privilegio de la edad: a menudo, los productores líderes en el nivel institucional (como los profesores titulares más antiguos) se veían relegados en el nivel simbólico. En cambio, los productores sin un puesto fijo empezaron a ocupar una posición simbólica dominante, ya que eran los que suministraban el último grito en el mercado simbólico.

Sólo a partir de mediados de los años setenta, el campo de las humanidades comenzó a absorber a los productores que provenían de niveles sociales menos privilegiados, como las minorías étnicas, las mujeres y los activistas de los años sesenta. Este nuevo grupo de críticos literarios fue quien apoyó

el cambio radical marcado por la Teoría, el posestructuralismo y el posmodernismo, al tratar de fomentar una politización de las humanidades. Este cambio de clima se volvió particularmente obvio durante la presidencia de Ronald Reagan, cuando las encuestas de opinión llevadas a cabo en las universidades estadounidenses revelaron un marcado cambio liberal entre los profesores. En consecuencia, si bien entre 1969 y 1984 el porcentaje de encuestados considerados «izquierdistas» o «liberales» descendió del 46% al 39%, en 1989 subió aproximadamente al 56%. Esta tendencia fue sustancialmente clara en las universidades de investigación, donde el 67% de los encuestados en 1989 declararon ser de izquierdas, mientras que, en los colegios más pequeños, orientados a la enseñanza y con programas tradicionales, las proporciones de las tendencias izquierdistas y derechistas fueron más equilibradas (Lipset, 1993).

A diferencia de lo que ocurrió en Francia, donde la Teoría alcanzó su techo durante el clímax de la expansión estatal de la educación superior, la Teoría en Estados Unidos surgió durante una larga crisis de las humanidades acompañada por los nuevos métodos posnacionales de gobierno académico. De este modo, se produjo un cambio hacia un modelo de universidad «empresarial» o «corporativa» y hacia el «capitalismo tardío académico» (Rhoades y Slaughter, 1997) que cambió las reglas de producción académica. Como consecuencia, el porcentaje de instructores con posiciones precarias y temporales creció del 22% en 1970 al 43% en 1991 (Rhoades y Slaughter, 1997: 20), gracias a una creciente cantidad de estudiantes de posgrado que reemplazaron a un número importante de profesores en la enseñanza de estudiantes de grado. Ade-

más, han aparecido nuevos movimientos sindicales que no sólo habían surgido del personal no académico, sino también de los instructores. La huelga de los profesores auxiliares en la Universidad de Yale en 1992, por ejemplo, llamó la atención de la opinión pública sobre la situación social de los posgraduados (Newman, 1996). Otro aspecto de este cambio de régimen que se puede presenciar desde los años setenta es la gran expansión del poder de las administraciones universitarias. Mientras que en el sistema anterior los profesores disfrutaron de un alto nivel de autonomía e independencia, esta libertad académica ha sido puesta en duda por el resurgimiento del poder administrativo en las últimas décadas. Al intentar centralizar los poderes decisorios, los presidentes y decanos han rebajado a los docentes e investigadores a puestos subalternos frente al poder administrativo que opera por encima de ellos (Brisset-Sillion, 1997). Aquí, quizás, los paralelismos con las relaciones laborales «clásicas» en el sector industrial pueden resultar sorprendentes.

Por último, como otra señal de redefinición en curso del trabajo académico, se deben apuntar los esfuerzos dentro de la investigación académica en las ciencias humanas para llamar la atención sobre la necesaria consciencia en torno al problema y las dificultades que afectan al comportamiento político. Así pues, el grado de sindicalización pasa de ser un 0% en la década de los años sesenta a alrededor de un 44% hacia mediados de los años noventa, con al menos un 66% de nuevas afiliaciones sindicales en universidades del Estado (Rhoades y Slaughter, 1997: 18). En este contexto, el ideal humboldtiano del conocimiento como la libre búsqueda del

autodescubrimiento se volvió bastante obsoleto. El ascenso de la Teoría fue el correlato de la puesta en marcha de un nuevo régimen simbólico, que redibujó las líneas de división entre viejos y jóvenes productores, nuevas y viejas estrellas, entre izquierda y derecha.

En este proceso, la Teoría ha pasado de un contexto a otro en el que las condiciones locales no podían ser más diferentes. En Francia esta agitación intelectual comenzó cuando el campo intelectual experimentó la transición de una estructura bipolar (la prensa versus la investigación académica) a una tripolar (académica, artística y periodística). En esta estructura tripolar del campo intelectual que ofrecía condiciones favorables para la creatividad, ciertas figuras demostraron ser capaces de provocar un cortocircuito en los subcampos para llamar la atención del público general. Mientras la efervescencia teórica característica de los debates franceses en los años sesenta y setenta tenía lugar en ciertas intersecciones entre los subcampos, el fenómeno de la Teoría en Estados Unidos desde los años setenta en adelante siempre estuvo limitado al campo académico, mayormente a los centros más prestigiosos de la crítica literaria ubicados en la *Ivy League* (como Yale) y en California (Berkeley e Irvine).

En Francia, los teóricos cercanos al estructuralismo, el psicoanálisis y el marxismo alcanzaron la cumbre de su influencia durante el período de crecimiento sin precedentes del sistema universitario a principios de la década de los años setenta, mientras que sus colegas norteamericanos comenzaron a mostrar interés en sus teorías durante la crisis profunda que afectó al mercado laboral académico desde 1975 hasta

finales de los años noventa. Por último, al contrario del sistema universitario francés que emergió del auge educativo nacional de los años sesenta, se puede notar un sorprendente desplazamiento en las relaciones entre el Estado-nación y la escolaridad en el campo académico norteamericano. En dicho caso, si cabe inspirarse en la teoría de la *régulation*, el régimen «rígido» en términos de producción de conocimiento en las universidades estatales se vio sustituido gradualmente por un régimen «flexible», basado en principios empresariales y provisto de su propia lógica simbólica. Centro versus periferia, crisis versus auge, flexibilidad versus rigidez: tales son las distinciones que gobiernan el terreno institucional que resultó ser tan susceptible a esa traducción productiva conocida como Teoría.

La Teoría, por lo tanto, surgió en la época que el Estado-nación francés se autoabasteció con una institución («la Universidad») portadora de una misión de educación cultural, mientras que en Estados Unidos la Teoría nació de una conjunción particular cuando las nuevas formas de producir conocimiento académico se hicieron eco de la crisis del Estado-nación en el ámbito de la educación superior (Readings, 1996). Si la relación entre el Estado-nación y las ciencias humanas y sociales ha cambiado desde el último tercio del siglo xx, primero en Norteamérica y luego en Europa, la Teoría es tal vez uno de los síntomas de dicho cambio, en el sentido de que las disciplinas canónicas que habían desempeñado un papel clave en el desarrollo del Estado-nación (especialmente la filología, la historia y la filosofía) sufren una intensa presión para redefinirse en un espacio académico globalizado.

5

El momento de la Teoría: lo social tras la sociedad

Las décadas anteriores y posteriores a 1970 fueron períodos de productividad teórica excepcional en la vida intelectual francesa. Teóricos que comenzaron dedicándose a áreas de estudio especializadas lograron intervenir en los debates públicos, mientras que un gran número de escritores, «hombres de letras» y periodistas se interesaron por las cuestiones teóricas y epistemológicas. Fue un tiempo de encuentros productivos entre teóricos, tanto dentro como fuera de la academia, que articularon cuestiones filosóficas, políticas y estéticas: Jacques Lacan y Louis Althusser, Algirdas Greimas y Roland Barthes, Jacques Derrida y Philippe Sollers, Gilles Deleuze y Félix Guattari. Es el momento de la Teoría: la aparición de un discurso teórico que desborda los nichos de las disciplinas académicas constituidas engrana con las luchas políticas de su tiempo y abre espacios de experimentación intelectual.

La teoría aparece en un espacio intelectual que asistió a la efervescencia de la teoría política en el siglo xviii y al crecimiento de la teoría social en el siglo xix. Durante el siglo xx, este espacio estaba cada vez más dominado por los debates interdisciplinarios de las ciencias sociales y humanidades en torno al lenguaje, la comunicación y los discursos. Inspirada por el marxismo y el psicoanálisis, la Teoría aparece en el último tercio del siglo xx; de forma más espectacular en Francia, donde el «estructuralismo» anuncia la llegada de la

lingüística saussureana como el modelo general de las ciencias sociales y humanas emergentes. Aunque el estructuralismo hace referencia a un debate breve pero importante en los discursos intelectuales franceses alrededor de 1966-67, a muchos de sus protagonistas se les ha identificado como representantes del movimiento «posestructuralista» en el discurso teórico internacional de las ciencias sociales y humanidades.

En tanto que señal inconfundible del cambio lingüístico que caracteriza la teoría social y cultural del último tercio del siglo xx, la Teoría se ha originado en los debates sobre el estructuralismo y el posestructuralismo. Aunque tanto el estructuralismo como el posestructuralismo giran en torno a los mismos textos canónicos teóricos, es difícil identificar una serie de características compartidas que podrían justificar la unión de teóricos tan distintos como Foucault y Derrida bajo una misma denominación. De hecho, no puede dejar de constatarse cierta indeterminación en torno a las ideas subyacentes del estructuralismo y el posestructuralismo, términos que son difíciles de definir según categorías puramente teóricas. Plantean la cuestión de cómo se perciben las relaciones entre los protagonistas de los discursos teóricos, cómo se agrupan los productores en ciertos grupos y movimientos, cómo se construyen las relaciones de proximidad y distancia entre los productores, cómo se atribuye autoridad teórica a algunos personajes, o cómo se pueden leer los textos teóricos en cierto contexto social e histórico. Por lo tanto, estas designaciones nos recuerdan el valor social y el significado que pueden obtener ciertos textos teóricos cuando los reciben las comunidades intelectuales.

Muchas corrientes de las ciencias sociales han señalado los contextos sociales e históricos en los que se producen los distintos tipos de conocimiento, tanto los cotidianos como los más intelectualizados. El materialismo histórico (Marx y Engels, 1969), la sociología interpretativa (Weber, 1921), el institucionalismo (Durkheim, 1991; Meyer, 1980), el interaccionismo (Goffman, 1974), la fenomenología social (Berger y Luckmann, 1966), los estudios de Ciencia y Tecnología (Latour, 1987; Knorr Cetina, 1981) son sólo algunas de las corrientes que han cuestionado las tradiciones filosóficas que entendían el conocimiento como un conjunto de ideas puras, conceptos abstractos y verdades universales. Si una comunidad construye el conocimiento que reconoce ciertas ideas como relevantes, legítimas y verdaderas, también la Teoría se ha involucrado en las luchas sociales sobre lo que se considera conocimiento legítimo, en las que los participantes movilizan sus recursos no teóricos, tales como su tiempo, las relaciones o el dinero.

Esta aproximación sociológica al conocimiento teórico remite inevitablemente a Pierre Bourdieu. La teoría de la producción simbólica de Bourdieu revela las limitaciones, jerarquías y desigualdades estructurales que limitan y orientan lo que piensan, dicen y hacen los intelectuales. Al enfatizar las condiciones, los intereses y el poder que subyacen a un juego intelectual que con frecuencia se presenta como una búsqueda desinteresada de conocimiento, Bourdieu instaura un poderoso marco de análisis. A partir de conceptos como «campo», «habitus» y «capital», su sociología trata de visibilizar las condiciones no teóricas de la producción teórica del

conocimiento, lo cual funciona particularmente bien por lo que toca al campo intelectual en Francia: el ejemplo a partir de cual ha modelado su teoría de campo.

Sin embargo, a pesar de que Bourdieu ha dado fe de una renovación profunda de la teoría social desde los años setenta, se deben mencionar algunos problemas que remiten a algunas limitaciones generales de las teorías sociales clásicas y posclásicas. En la medida en que la teoría ha pasado de ser un objeto de investigación sociológica a convertirse en una fuente de inspiración para la teoría social, se puede argumentar a favor de un acercamiento entre la sociología de Bourdieu y la Teoría, cuya herencia Bourdieu nunca reconoció completamente a pesar del papel importante de pensadores estructuralistas como Saussure y Lévi-Strauss en su obra. Al desplazar el foco de la sociedad como un orden constituido, a lo social como un espacio de posiciones que aún no se han asentado por medio de la práctica discursiva, la Teoría pudo abrir nuevas rutas para teorizar lo social. En cambio, la teoría social posclásica puede ayudar a preparar un giro social en la Teoría.

Un análisis más profundo de los presupuestos teóricos que subyacen a la sociología de Bourdieu saca a la luz cierto número de dificultades, especialmente cuando se abandona el ámbito acotado del campo intelectual francés. Para Bourdieu, los productores simbólicos o los intelectuales en sentido amplio (por ejemplo, artistas, escritores, investigadores, maestros, trabajadores culturales, etc.) generan productos simbólicos (es decir, libros, pinturas, artículos, etc.) para poder mejorar sus posiciones sociales con respecto a otros product-

res. Bourdieu ubica a los productores en dos niveles sociales: en el nivel del espacio social (por ejemplo, en el macrocosmos de la sociedad francesa) y en el nivel del campo (por ejemplo, en el microcosmos de los investigadores académicos franceses). En el ámbito social, los agentes ocupan sus posiciones en una estructura de clases dividida en tres niveles: alta burguesía, pequeña burguesía y clases populares. Por medio de sus recursos (por ejemplo, su capital económico, cultural y social, la mayoría de los cuales han heredado de la familia) y sobre el telón del fondo del *habitus* adquirido socialmente, participan en un juego constante de distinciones de modo que sus posiciones en la estructura social se producen y reproducen. En el campo de la producción simbólica (consideremos al campo académico como ejemplo) en cambio, compiten por el reconocimiento simbólico (por ejemplo, a través de las publicaciones ampliamente citadas) de bienes específicos (por ejemplo, la reputación) y por las posiciones institucionales (tales como el profesorado). Bourdieu trata de sacar a la luz las posiciones objetivas de los productores que usan su capital para generar productos simbólicos. Al colocar sus productos en el mercado de los bienes intelectuales, los productores esperan generar ganancias simbólicas en los juegos sociales específicos de sus campos y por lo tanto, ganar el reconocimiento que necesitan para consolidar y mejorar sus posiciones con respecto a los demás productores del campo. Sin embargo, ¿cómo se pueden determinar las posiciones en el campo de los principales representantes de la Teoría, como Foucault y Derrida?

Esta pregunta no se puede responder sin reflexionar sobre el papel que desempeña el observador sociológico en el

discurso intelectual objeto de estudio. En verdad, la posición de Bourdieu no es neutral. Aunque él mismo comenzó como filósofo, trató de distanciarse de las disciplinas humanísticas, como la filosofía y las humanidades, criticando sus actitudes escolásticas. El escolasticismo sale a la luz en la aspiración de buscar un conocimiento puro y universal, no influido por las limitaciones sociales e históricas de los juegos sociales en los cuales está involucrado. Por lo tanto, Bourdieu ubica a los investigadores sociales (como él mismo) en oposición a los académicos humanistas, que hacen más énfasis en la enseñanza que en la investigación y que valoran más la personalidad que el trabajo especializado en los equipos de investigación. Para contrarrestar el escolasticismo, Bourdieu exige reflexividad social a otros teóricos e intelectuales, que se han involucrado inevitablemente en luchas sociales tácitas interactivas sobre lo que se considera calidad académica «alta» o gusto cultural «legítimo», un estilo de vida «apropiado» o una práctica cultural «normal». Por lo tanto, Bourdieu invita a los intelectuales a reflexionar sobre las condiciones sociales de sus propios trabajos y a estar al tanto de la violencia simbólica que pueden imponer sobre otros.

El objetivo de Bourdieu es revelar las limitaciones sociales de los trabajos teóricos que en ocasiones se camuflan bajo la ideología del talento natural, el desinterés y la pureza epistémica. No resulta sorprendente que su teoría del campo de producción simbólica haya tenido una recepción tan polémica, especialmente entre muchos intelectuales en Francia que lo han castigado por su «terrorismo sociológico» (Verdès-Leroux, 1998). De hecho, parece existir una asimetría

fundamental en su proyecto sociológico en la medida en que, para mostrar reflexividad social, se necesita adoptar la sociología de Bourdieu. Sin embargo, Bourdieu no se exime de los juegos de poder social donde se produce el conocimiento teórico. Por lo tanto, toda reivindicación de verdad necesita estar enraizada en la posición social que los productores simbólicos ocupan en sus respectivos campos, incluyendo a Bourdieu y al autor de estas líneas.

No obstante, existen otros problemas que es preciso abordar. Un primer problema surge cuando se piensa en cómo los productores se relacionan simbólicamente con sus productos. Para la teoría de producción simbólica, estos creadores mejoran sus posiciones sociales en la medida en que sus productos proporcionan ganancias simbólicas en el mercado de los bienes simbólicos, por ejemplo, al ser citados por otros en investigaciones académicas, al definir una estética en el mundo artístico, al moldear las opiniones de los demás en el periodismo. Si los productos simbólicos se generan para incrementar las ganancias simbólicas de sus productores en el campo, la suposición subyacente es que los productores se relacionan con sus productos de cierta manera, que se puede ver a través de los productos, por así decirlo, y reconocer al productor como creador de la producción simbólica.

Sin embargo, ¿de quiénes son los productos con los que tratamos en un campo donde muchos productores leen y escriben productos simbólicos, pero sólo a unos pocos se les reconoce como autores de ideas? Con toda seguridad, una gran cantidad de actividad simbólica entre los intelectuales occidentales puede verse sujeta al régimen legal de la autoría. No

obstante, mientras puede que sea bueno ver a la autoría como una institución histórica, sería problemático verla como un ideal regulador de lo que hacen realmente los intelectuales como participantes del discurso intelectual. De hecho, incluso si los productos simbólicos, incluyendo esta monografía, vienen firmados habitualmente por un autor, está claro que la forma en que ciertas ideas se atribuyen a ciertos creadores no sigue necesariamente las mismas regulaciones de autoría. Por lo tanto, la autoría necesita verse como un producto de la dinámica discursiva en la que muchos participan. De hecho, quienes entran en un discurso intelectual no pueden estar del todo seguros que se verán reconocidas todas sus contribuciones al discurso. Esta es la razón por la que los productores a menudo se esfuerzan en asegurar que sus productos reciban una buena cantidad de atención y reconocimiento académico.

Pero, en verdad, ¿qué son «ellos», dado que los autores pueden seguir existiendo en la comunidad como nombres simbólicos, aunque estén social y biológicamente muertos? ¿El producto pertenece a una figura simbólica (el autor), o a un ser social (el productor simbólico)? La teoría brinda ejemplos clarísimos de la brecha que separa a ambos: Derrida como un ser social, quien participa de auténticas prácticas sociales (por ejemplo, en comités académicos de la *EHESS*, escribiendo cartas de recomendación para amigos y colegas, viajando entre París y San Francisco, dando conferencias en distintos lugares alrededor del mundo), no es el mismo «Derrida» como nombre simbólico, que ha sido citado, mencionado y documentado como un representante en los campos intelectuales y las corrientes teóricas. Las prácticas discursivas

sivas que hacen que «Derrida» sea muy real para otros en la comunidad van más allá del cometido de Derrida como un ser social. De hecho, si una posición simbólica como la de «Derrida» se produce y reproduce por muchos participantes del discurso intelectual, la posición de «Derrida» no se puede remontar a una sola posición social del productor simbólico, «Derrida» ubicado en el campo intelectual, sino que debe remontarse a los múltiples participantes que escriben y hablan sobre él en la comunidad intelectual (¡Basta pensar en cómo estas mismas líneas ayudan a reforzar la posición de «Derrida»!). Esta es la razón por la que los autores permanecen una vez que los productores simbólicos se retiran del juego intelectual. Los nombres simbólicos como el de «Derrida» pueden emerger con independencia e incluso en contra de la intención explícita de los productores simbólicos (por ejemplo, Derrida).

A ciencia cierta que Bourdieu es perfectamente consciente de las dinámicas contingentes de la recepción.^{1, 2} Sin embargo, ¿sigue funcionando la teoría de la producción simbólica si la división entre el ser social y la figura simbólica no es excepcional sino sistémica?, ¿si la figura simbólica puede ser inmortal mientras que el ser humano siempre debe morir? Si la relación entre el productor y el producto se construye en dinámicas discursivas contingentes, ¿qué posición ocupa un productor en el campo como un ser social reflejado en los productos simbólicos que introduce en el mercado de los bienes simbólicos? Si la autoría de sus productos se negocia de forma discursiva en las comunidades y, por lo tanto, siempre está sujeta a la impugnación, ¿cuán objetivas pueden ser las

posiciones que ocupan los productores a través de sus productos? Si el vínculo entre los productores y sus productos es frágil y borroso, ¿pueden sus posiciones en el campo ser consideradas objetivas, como asume Bourdieu?

Un segundo problema de la sociología de Bourdieu es que la teoría de la producción simbólica supone la homología de las posiciones simbólicas y sociales que ocupan los productores. Según Bourdieu, las posiciones socioeconómicas altas (reflejadas en el dinero, el poder institucional de los productores, etc.) tienden a ir de la mano de prácticas culturales y simbólicas cuya legitimidad es ampliamente reconocida (por ejemplo, a través de credenciales educativas). Aunque puedan diferir los sistemas de oposiciones entre grupos, entre los circuitos de producción y de recepción, entre las representaciones mentales y la realidad social, los «habitus» de los productores tienden a sincronizarse a lo largo del tiempo. La homología de las estructuras sociales, simbólicas, económicas y cognitivas es verdaderamente fundamental para el trabajo de Bourdieu. Postular una homología de posiciones constituye una afirmación empírica y es consistente con la existencia de una brecha entre los diferentes sistemas cuando la estructura del campo no está aún plenamente desarrollada. Sin embargo, el principio de la homología también implica un argumento teórico, en particular la idea que la habilidad de los productores para producir sentido depende del grado de homología alcanzado entre ellos, y que también la ausencia de homología pueda ser la fuente de cambios fundamentales. Así pues, el caso de la homología perfecta se da cuando la producción simbólica refleja las estructuras de la realidad social. Por

ejemplo, con respecto a la novela de Flaubert *La educación sentimental*, Bourdieu destaca una homología que «restituye de forma extraordinariamente exacta la estructura del mundo social en la cual fue producida y hasta las estructuras mentales que, moldeadas por estas mismas estructuras sociales, formaron el principio generativo del trabajo en donde estas estructuras se revelan» (Bourdieu, 1992: 58 [31 y ss.]).³

Como un ideal regulador, el principio de homología produce problemas similares a los del estructuralismo. Si el significado depende de la existencia de una estructura global, un código compartido, una gramática que permanece estable a través de distintas situaciones, entonces las prácticas tienden a ser repetitivas en vez de creativas. Desde un punto de vista estrictamente estructuralista, las prácticas sociales, que no prolongan la estructura que ya se encuentra en curso, no producen más que ruido incomprensible; una posición que no puede explicar las numerosas situaciones nuevas en las cuales emerge el significado y que Bourdieu rechaza. Restringe así las innovaciones en el campo para aquellas facciones privilegiadas que tienen recursos para la desviación controlada y, por lo tanto, para cambiar las reglas del juego. Sin embargo, cabe preguntarse si no existe una parte creativa en *todas* las prácticas simbólicas. ¿El desafío no consiste más bien en considerar la producción simbólica como una práctica necesariamente creativa? Para Bourdieu, las prácticas sociales se encuentran sistemáticamente dispuestas en un sistema de oposición dado para poder tener sentido. Pero ¿cómo se puede repetir una práctica sin crear una nueva posición? La apropiación de viejas posiciones está destinada a generar

nuevas posiciones, al menos en el sentido que nadie se convertirá en Bourdieu por el hecho de imitar a Bourdieu, sino que se convertirá en bourdieuano. De hecho, las prácticas nunca tratan con situaciones que están totalmente definidas. La producción simbólica, en otras palabras, debe asumirse como una práctica discursiva que trata con situaciones donde no existe un guion de trabajo o receta, donde el desafío es el desorden antes que el orden, donde las limitaciones conflictivas e incompatibles exigen soluciones prácticas creativas. Tal es la razón por la cual con la Teoría no se espera descubrir que las estructuras sociales de un campo específico o de un espacio se ven prolongadas, reproducidas, o representadas en el discurso. Más bien, cabe preguntarse cómo la Teoría, en tanto que práctica discursiva, constituye un espacio social (más que representarlo) en el que los participantes pueden ocupar posiciones que antes no existían.

Además, con el enfoque de Bourdieu es difícil delimitar y demarcar el ámbito social en el que los intelectuales se involucran en la producción simbólica. Bourdieu sitúa la producción simbólica en una estructura menor, el campo, que forma parte de una estructura mayor, el espacio social. Ambas son estructuras de desigualdad más o menos acotadas, divididas en estratos jerárquicos de productores, cuyas posiciones sociales están objetivamente determinadas por el volumen y la composición de sus recursos sociales («capital»). Las clases dominantes están divididas entre una fracción dominante cuyo poder se basa principalmente en su capital político y económico (gerentes, políticos, etc.) y la fracción dominada posee ante todo capital cultural (profesores, artistas, trabaja-

dores de los medios, etc.). Sin embargo, ¿cuáles son los ámbitos donde se desarrolla el discurso teórico como la Teoría? Los productores simbólicos normalmente tratan con audiencias distintas de manera consecutiva o simultánea (en los dominios políticos, artísticos y académicos), sus productos circulan en varios campos donde se contextualizan de distintas maneras: en el campo francés tienden a interpretarse en el contexto de una coyuntura sociohistórica específica (la revolución de 1968, con el ascenso de las *sciences humaines* y la llegada de la educación superior en masa, etc.), mientras que fuera de Francia es más probable que se perciban como figuras atemporales que representan a una corriente teórica «francesa» entre otras corrientes internacionalmente establecidas (el «idealismo alemán», la «filosofía analítica anglosajona» y el «pragmatismo norteamericano»). En su recepción, los teóricos franceses no sólo han sido reinscritos dentro de un movimiento «posestructuralista», sino que también se les ha percibido como representantes de un canon universal (Bourdieu, 1990). Como consecuencia, es difícil considerar a pioneros de la Teoría tales como Foucault y Derrida como productores simbólicos de un campo constituido; más bien representan nuevas posiciones de sujetos teóricos en un campo donde los límites todavía no se han configurado, donde los horizontes cambiantes y múltiples capas espaciales dan cuenta de los procesos dinámicos de constitución y reconstitución del espacio social. Por lo tanto, si no se puede ubicar la Teoría en un ámbito cerrado, ¿no debería considerarse en términos de una práctica discursiva que delimita, estructura y reconfigura el campo en el cual se encuentran los participantes?

El discurso de la Teoría nos invita a reflexionar sobre algunos de los desafíos de la teoría del campo bourdieuana: el productor como autor, lo simbólico como medio de representación y lo social como ámbito cerrado. De hecho, Bourdieu rechaza la ingenua idea de la autoría intencional y creativa. Además, es muy consciente de la opacidad de los productos simbólicos y de los usos múltiples que se les pueden dar. Finalmente, discute sobre cómo se puede realizar un cambio estructural y articular nuevas posiciones. Sin embargo, si se acepta la crítica que se puede hacer de la autoría, la representación y la estructura, un fenómeno intelectual como la Teoría puede llevar a Bourdieu a seguir la dirección de una crítica discursiva de algunas de las presuposiciones esenciales en la teoría social clásica, en particular la idea de un actor central como el origen de la acción y de la sociedad como una estructura constituida.

Por lo tanto, si Bourdieu finiquita las tradiciones clásicas de la teoría social, comenzando con Max Weber y Émile Durkheim, y quizás llega más allá que ellos, ¿cómo se puede dar cuenta de la Teoría en términos de un discurso cuyos actores están discursivamente contruidos en un espacio que no se puede delimitar con facilidad? Al acercarnos a los límites de la sociología de Bourdieu, este es el punto donde la Teoría cambia de papel. Ya no sólo es un objeto de investigación social: la Teoría misma provee algunos de los conceptos y argumentos que se necesitan para las tendencias posclásicas de la teoría social contemporánea. En este sentido, después de una discusión sobre lo que se puede considerar como los cuatro conceptos clave de la teoría social clásica: el «actor», la «acción»,

la «sociedad» y el «conocimiento»; se describirán de modo alternativo nuevos conceptos posclásicos, como el «sujeto dividido», la «práctica discursiva», lo «social» y la «crítica».

Actor

Se trata de una categoría central de la teoría social clásica: el actor produce el orden social como consecuencia involuntaria de sus acciones intencionales. Sin embargo, el concepto de actor es controvertido. Mientras Weber destaca el papel activo de los actores como creadores de sentido intencionales, Durkheim es propenso a considerarlos como ilusos que realizan regularidades estructurales. El concepto de «habitus» de Bourdieu trata de alcanzar una solución de compromiso: el habitus es la instancia que media entre la praxis creativa de los actores en una situación específica y las desigualdades estructurales que caracterizan un campo o un espacio. Aunque Bourdieu prefiere el concepto de productor como agente de las fuerzas sociales –antes que el actor intencional de Weber o los individuos motivados por normas y valores socialmente compartidos de Durkheim– comparte con Weber y Durkheim la idea del actor como originador intencional de las prácticas sociales. El «habitus» está inscrito en el cuerpo del productor, es el *locus* donde las prácticas se perciben, se engendran y se organizan de acuerdo con la posición que ocupa el productor en la estructura social. El «habitus» proporciona una cierta unión a las actividades prácticas de los productores y les permite actuar como actores estratégicos, siempre ansiosos por mejorar su posición social.

Acción

Si la teoría social clásica sitúa a los actores en el centro de las prácticas constitutivas del orden social, la «acción» se puede ver como un correlato conceptual del «actor». La definición weberiana de la acción social como una actividad intencional con un propósito comprende un conjunto de actividades prácticas bajo el control de la instancia generadora de prácticas del actor; en cambio, las tendencias sociológicas más estructuralistas de Durkheim subrayan las limitaciones estructurales de la acción social. Para la teoría social clásica, la acción social es un comportamiento intencional que influye en las acciones de los demás. La acción social, moldeada en las comunidades sociales, refleja las intenciones, el propósito y las metas de aquellos involucrados en la acción. Las acciones son «inconscientes» en la medida en que están incorporadas en las actividades habituales y no siempre se ven reflejadas en el proceso de interacción. En tal sentido, los enfoques clásicos tratan de encontrar la raíz de la acción en las intenciones de los actores, que motivan y orientan la acción social, en cambio, rara vez problematizan las pretensiones de sentido de una acción. Bourdieu rechaza las teorías intencionalistas de la acción y por eso prefiere hablar de agente antes que de actor. Los agentes son las unidades más pequeñas de análisis, quienes compiten por mejorar sus posiciones en la sociedad.

Sociedad

Los actores producen un orden social que a su vez produce actores. Mediante sus acciones, los actores definen sus re-

laciones con los demás, a resultas de las cuales surgen las configuraciones sociales en las que el actor ocupa ciertas posiciones (como alguien que mantiene un cierto estatus socioeconómico, una categoría profesional, un conjunto de roles, etc.). Tanto Weber como Durkheim se preguntan por el modo en que las acciones de muchos actores individuales dan lugar a estructuras sociales que, a su vez, limitan y orientan los comportamientos individuales. En cambio, Bourdieu pone el énfasis en las jerarquías de clase que el habitus reproduce. Por ello mismo tiende a conceptualizar el orden social como un conjunto estructurado, una sociedad, en la que cada actor tiene un lugar definido. Las metaforizaciones y visualizaciones de la sociedad como pirámides y casas, como círculos congruentes y territorios delimitados, apuntan a la obsesión de la teoría social clásica por entender la sociedad como una estructura ordenada. Si la «sociedad» permea el imaginario social de los sociólogos clásicos hasta Bourdieu, las representaciones sociales replican tácitamente el ideal histórico de una sociedad territorialmente contenida, cultural y lingüísticamente homogeneizada, y políticamente centralizada, moldeada por el Estado-nación.

Conocimiento

La teoría social clásica es el resultado de una crisis en el pensamiento occidental moderno. Cuando las aspiraciones teológicas y filosóficas de conocimiento absoluto decayeron entre la Reforma y la industrialización, los teóricos sociales posteriores a Marx comenzaron a descubrir las fuerzas sociales tras

la apariencia abstracta e idealista del conocimiento teórico. La teoría social, por lo tanto, invita a anclar el conocimiento teórico en las condiciones sociales que lo hacen posible. En Bourdieu el conocimiento de las ciencias sociales se vuelve socialmente reflexivo en la medida en que señala los recursos no conceptuales que utilizan los teóricos, las formas sutiles de camuflar las jerarquías sociales y de legitimar las desigualdades sociales en el conocimiento teórico. Al esclarecer la objetivación metodológica de las posiciones sociales que ocupan los productores en el campo, Bourdieu propone una ruptura epistemológica entre el conocimiento observado y el conocimiento del observador.

En el curso del siglo xx, la teoría social clásica entró en crisis. El síntoma más importante de tal crisis ha sido el debilitamiento de la autoridad del sociólogo como un experto en los asuntos sociales. La posición del rey sociológico, que aspiraba a supervisar la totalidad social, se derrumbó cuando el conocimiento científico social se convirtió en sentido común en muchas áreas de la vida social. Como consecuencia de ello, las representaciones esencializantes, homogeneizadoras y totalizadoras de lo social han sido problematizadas desde perspectivas tanto micro como macro sociológicas. El estructuralismo y el posestructuralismo ha influido en un gran número de desarrollos recientes en la teoría social, en especial el movimiento feminista, los estudios de género y de orientación sexual, los estudios sobre gobernanza, los estudios de ciencia y tecnología y los estudios culturales y poscoloniales. Sin embargo, el impacto potencial de la Teoría en la teoría social aún no se ha explorado. Dado que la Teoría, especialmente en sus

desarrollos más recientes, ha tratado por extenso las cuestiones sociales, políticas y culturales, la falta de intercambios entre la teoría social y la Teoría puede explicarse en parte por la forma que se ha recibido la Teoría en Estados Unidos, donde ha sido un fenómeno casi exclusivamente limitado a los departamentos de humanidades.

Se puede recordar aquí (véase capítulo 2) el intenso intercambio entre los teóricos lingüísticos y sociales, culturales y políticos en los comienzos de la Teoría, intercambios en los que participaron científicos sociales como Roland Barthes y Jean Baudrillard, Claude Lévi-Strauss y Pierre Bourdieu (también caber recordar el modo en que Deleuze y Guattari inspirarían más adelante la teoría del actor-red de Bruno Latour). Con el comienzo de la recepción americana, las cuestiones de teoría social pasaron a un segundo plano, al menos inicialmente, pues el posestructuralismo norteamericano, centrado en la estética y la cultura, nunca encontró acomodo en las ciencias sociales norteamericanas (con la excepción de la antropología). Sin embargo, esto cambió durante los años noventa, cuando comenzó la tercera fase de la Teoría. Una nueva generación de filósofos y politólogos se hicieron populares, muchos procedentes de Europa (como Alain Badiou, Etienne Balibar, Jacques Rancière y Slavoj Žižek). Ahora la Teoría profundiza su participación en la teoría política, notablemente en la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985) y de Toni Negri y Michael Hardt (2000). Si la segunda fase de la Teoría gira alrededor de cuestiones de representación cultural, y la tercera fase pivota alrededor de cuestiones de representación política, ahora es el momento de pregun-

tarse qué papel tendrá la Teoría en cuanto a la reconceptualización de lo social. Quiero concluir con cuatro direcciones teóricas que pueden ser sintomáticas de la cuarta fase de la Teoría. Las siguientes transiciones pueden considerarse indicios del giro social que podemos ver en la Teoría y vienen acompañadas de un giro discursivo en la teoría social posclásica: a) del actor unificado al sujeto dividido, b) de la acción estratégica a la praxis discursiva, c) de la sociedad como territorio contenido a lo social como terreno abierto, y d) del conocimiento a la crítica.

Del actor unificado al sujeto dividido

Las corrientes posclásicas problematizan la noción del actor como fuente unitaria de acción. En efecto, mediante el concepto de actor unificado, la teoría social clásica había fusionado dos entidades en una sola: el agente, que responde a los desafíos prácticos de situaciones nuevas, y el ocupante de una posición social o institucionalmente reconocida. Al unificar al agente práctico y al ocupante posicional, el actor emerge con un origen intencional que controla las prácticas por medio de las cuales se construye el orden social.

Si se distingue a los agentes, que participan en la construcción de las posiciones de los sujetos, de las posiciones de los sujetos, que definen su lugar en lo social, la pregunta posclásica entonces sería cómo dar cuenta de las reglas y los mecanismos mediante los que se construyen la representación, la intención y la subjetividad en el discurso. En semejante contexto, la teoría social se ha caracterizado por dos

tendencias en los últimos cien años: el ascenso del actor como experto práctico del mundo cotidiano (notablemente en las corrientes interaccionistas y praxeológicas de la investigación cualitativa) y una creciente conciencia de la subjetividad como lugar privilegiado del poder en el capitalismo neoliberal contemporáneo (piénsese en la crítica de la libertad dentro de los enfoques críticos, posmarxistas y constructivistas). Ambas tendencias sugieren abandonar la idea del actor unificado como origen de la acción social.

El vocabulario de la Teoría puede ayudar a esclarecer este movimiento teórico. Si la Teoría ha surgido de la interpelación crítica del sujeto en la filosofía (Derrida, 1967a) y del autor en la teoría literaria (Barthes, 1994), no puede hacer sino rechazar el humanismo implícito de la teoría social clásica, la cual remite las acciones sociales a una instancia productora de la acción: el actor. Desde el punto de vista de la Teoría ya no puede verse al actor como algo dado, sino que necesita ser reconstruido en sus voces subpersonales. Según Lacan se puede dividir al sujeto en un agente práctico (*le sujet de l'énonciation*) y en las posiciones simbólicas que ocupa (*le sujet de l'énoncé*, véase Lacan, 1973: 156 [139 y siguientes]). Utilizando el lenguaje, el agente opera con las voces, los hablantes y las perspectivas que se agrupan para crear una impresión de coherencia y unidad para los demás participantes del discurso. Por lo tanto, las posiciones de los sujetos son lugares simbólicamente construidos y establecidos que abarcan la gran cantidad de voces, perspectivas y hablantes que los participantes utilizan en el discurso. Como ilusión de unidad interna creada por las interpolaciones polifónicas ajenas,

el sujeto activo y discursivo es una construcción social por medio de la cual los participantes del discurso se ubican en lo social y pueden existir como alguien. Identificados y etiquetados, categorizados y relacionados con otros, las posiciones de los sujetos constituyen productos simplificados de prácticas discursivas que reprimen sus divisiones rupturas y fisuras subyacentes en el discurso (Angermuller, 2013).

Como ser socio-simbólico, el sujeto está entrelazado en las prácticas discursivas. Aunque muchos agentes participan en el discurso, no todos obtienen el estatus reconocido de sujeto o actor. Pero, para existir socialmente dicho actor necesita participar del discurso con otros. De hecho, no basta con afirmar ser alguien (ser el padre de tu hija, ser el cuadragésimo quinto presidente de los Estados Unidos, ser el fundador del posestructuralismo). Para poder ser alguien, esa afirmación debe ser ratificada y reconocida por otros (por tu hija, por los votantes americanos, por otros intelectuales). Los participantes entran en el posicionamiento discursivo como seres socialmente infradefinidos. En el discurso es donde se definen como socialmente existentes. Al movilizar posiciones que han sido definidas antes de nuestro nacimiento y recursos desigualmente distribuidos entre los participantes (como explica Althusser, «el sujeto precedente tendrá que “encontrar” su “lugar”, es decir, al “convertirse” en el sujeto sexual (varón o mujer)», 1995: 228 [176]),⁴ este juego de posicionamiento discursivo excede el control intencional y como resultado de ello, algunas posiciones del sujeto quedan más establecidas que otras. Sin embargo, por mucho que tengan éxito o fracasen los participantes al ocupar las posiciones subjetivas que

codician, nunca pueden sobrepasar la división constitutiva entre su existencia como agentes prácticos del discurso y las posiciones simbólicas, los roles y los puntos de vista que se les atribuyen por medio de otros. Por consiguiente, el sujeto dividido debe reemplazar al actor unitario.

De la acción estratégica a la praxis discursiva

Mientras que para la teoría clásica el significado pretendido se puede leer fácilmente en la superficie de las acciones sociales, las tendencias posclásicas destacan la opacidad, la contingencia y la autonomía de la práctica social. Las prácticas son opacas en el sentido de que no revelan la intención de los actores de forma directa o inmediata. Son contingentes en el sentido de que nunca replican completamente lo que ya está ahí (una intención, estructura o ley), sino que siempre dan cuenta del sentido práctico de los autores. A diferencia de otras teorías, son autónomas al seguir sus propias lógicas, lógicas que producen los actores sobre lo que en verdad está pasando. En la medida en que el orden social nunca es absoluto, las prácticas siempre están destinadas a crear algo nuevo, por lo cual los participantes exceden fácilmente sus esfuerzos intencionales para poder anticipar y controlar el flujo continuado de actividades prácticas.

La mayoría de tales actos involucran la producción de declaraciones. Las declaraciones son realizaciones lingüísticas de actos de habla por medio de los cuales las actividades prácticas se codifican y decodifican por los participantes (Angermuller, 2013). Al utilizar las declaraciones en el entor-

no social, el participante de un discurso puede consolidar su posición como alguien aquí y ahora, a la vista de otros allí y entonces. En las prácticas y procesos discursivos es donde ocupan posiciones efímeras (como alguien que entra a un supermercado y se convierte en un cliente) o posiciones institucionales (como alguien a quien se le nombra funcionario). Por lo tanto, en la medida en que el lenguaje (es decir, la capacidad de codificar y decodificar los actos lingüísticamente) está entrelazado con las prácticas sociales, y las prácticas sociales necesitan un lenguaje para poder desarrollarse, cada acción social necesita ser considerada como una práctica discursiva.

De la sociedad como territorio contenido a lo social como terreno abierto

Con su énfasis en el orden y la estructura, la sociología clásica tiende a confundir lo social con el orden constituido de la sociedad. En la medida en que las representaciones clásicas de lo social tienden a replicar el ideal del Estado-nación, tienden también a ser ajenas a las heterogeneidades constitutivas y a las contradicciones inherentes a lo social. La teoría social posclásica, por el contrario, no se detiene en el nivel de la sociedad. Más bien, pregunta cómo lo social –el plasma informe de los vínculos, prácticas y elementos sociales– se convierte en las estructuras limitadas de la sociedad a través de la representación discursiva. La teoría social posclásica, tal como yo la entiendo, trata de traer de vuelta el no-orden. Da cuenta de lo borroso y lo ambivalente, lo rebelde y lo recalcitrante, los aspectos materiales y corporales de las prácticas discursivas.

sivas que constituyen el orden social. Percibe lo social como un campo abierto con brechas y fisuras que necesitaban rellenarse a través de las prácticas discursivas. Al contrario del territorio limitado de la sociedad, lo social se conceptualiza como una multiplicidad de posiciones y prácticas, como un terreno desigual e inestable cuya clausura queda prevenida por lógicas y limitaciones incompatibles y en competencia. Explorar el territorio de lo social requiere una gran cantidad de habilidades, conocimientos y recursos prácticos, donde rocas y precipicios, pantanos y junglas obstruyen el movimiento fluido de personas, cosas e ideas (Deleuze y Guattari, 1980). La creatividad práctica necesita mostrarse en cada punto para crear nuevos caminos, puentes y canales. Mientras que la «sociedad» adopta su punto de partida en el orden social constituido, lo «social» implica ir en la dirección contraria: el orden social ya no es algo dado, pero el problema y la cuestión estriba en cómo las prácticas de la representación discursiva constituyen objetos sociales en lugar de reflejar meramente realidades ya presentes.

Lo social está en continuo movimiento. Algunas regiones siguen una tendencia de territorialización: se coagulan los flujos de lo social, la materia semiestructurada emerge y terrones de orden social cristalizan en el plasma de lo social. Sin embargo, otras regiones conocen tendencias contrarias de desterritorialización: las estructuras caen en desuso al igual que el orden y la sociedad se debilita. No puede haber territorialización de lo social sin la desterritorialización de la sociedad y viceversa. Si algunas regiones de lo social se convierten en territorios de la sociedad, estas se desterrito-

rializarán de nuevo al entrar en áreas inactivas de lo social. La cuestión reside entonces en cómo se construye y descompone la sociedad en lo social mediante las prácticas territorializantes y desterritorializantes.

Al esquematizar la sociedad dentro de lo social, la teoría social clásica limita la multiplicidad heterogénea de lo social dentro de los límites de la sociedad. Participa en prácticas de control que clausuran lo social dentro de la estructura cerrada de la sociedad y pone su carácter excesivo bajo vigilancia social. La representación de la sociedad canaliza y domestica las prácticas recalcitrantes de lo social, la multiplicidad de lo social se convierte en el territorio limitado y liso de la sociedad. Al contrario de la teoría social clásica, que representa a la sociedad como la imagen hegemónica y oficial de lo social, la Teoría percibe a la sociedad como una estructura dislocada en la que se puede distinguir la heterogeneidad de lo social a través de sus brechas y fisuras. O en palabras de Laclau: «lo social siempre excede los límites de los intentos de constituir la sociedad» (1990: 91). La sociedad está basada ontológicamente en lo social, pero no se puede retrotraer lo social a la sociedad. La cuestión no es cómo proyectar la sociedad dentro de lo social, la cuestión es cómo deshacer la sociedad para recuperar lo social antes de que se lo coloque bajo control de la sociedad a través de las prácticas discursivas de representación.

La Teoría ha contribuido ampliamente a deconstruir las teorías de la sociedad como una estructura cerrada, en la que cada elemento ocupa un lugar definido. A pesar de que lo social se ha visto relegado a un lugar secundario, especialmente entre comentaristas norteamericanos de la Teoría, lo social

no puede ser eliminado de lo cultural y lo político. Esto es lo que Laclau reconoce a pesar de presuponer una supremacía de lo político sobre lo social. Según Laclau (1990, 1996), lo político se conceptualiza como una práctica contingente de articulación, y lo social como la estructura sedimentada producida por lo político. Sin embargo, en la medida en que lo político necesita los puntos intersticiales de lo social que no han sido suturados por la práctica discursiva, lo político no puede considerarse fuera de lo social si bien nunca se limita únicamente a prolongar las estructuras constituidas de lo social. Para evitar el idealismo de la teoría política, cultural y estética, necesitamos no sólo preguntar cómo se forma lo social a través de las prácticas discursivas, sino también como lo social forma, genera y hace posible las prácticas discursivas. El discurso y lo social son co-constitutivos.

Del conocimiento a la crítica

En cuanto a la cuestión del papel que puede desempeñar la teoría social en la sociedad, la Teoría nos invita a una crítica radical de los efectos reales que la teoría social puede generar al reflexionar sobre su propia imbricación en los sistemas institucionales del conocimiento-poder (Foucault, 2004). Con respecto al conocimiento sobre la sociedad, la Teoría nos invita a reflexionar críticamente sobre las maneras en que la teoría social regula y produce sus propias aspiraciones de verdad. Si la teoría social clásica defiende las condiciones sociales que la hacen posible, la teoría social posclásica va un paso más allá, señalando que la teoría social⁵ nunca es un

medio neutral de representación, sino que constituye sus objetos al representarlos discursivamente. Consciente de que está imbricada en un complejo de poder y conocimiento, la teoría social posclásica revela las reglas y los mecanismos, los procesos y los recursos que hacen que ciertos conocimientos sean verdaderos, coherentes y legítimos. Se reconoce vinculada a un sistema que genera las mismas realidades que demanda la investigación. El conocimiento mismo se está convirtiendo en el problema, ya que las afirmaciones sobre la verdad de la teoría social deben posicionarse en luchas de poder en curso dentro del campo académico, así como en el exterior.

Con respecto al conocimiento en la sociedad, rechaza las representaciones homogeneizantes de lo social que reprimen sus fisuras y separaciones inherentes. En cambio, lo social se considera como un espacio roto por fuerzas contradictorias e irreconciliables. En tanto que multitud heterogénea, lo social se opone a la sociedad como una representación hegemónica y homogeneizada de lo social. Las teorías de la sociedad, que pasan por alto los antagonismos constitutivos y las contradicciones de lo social, inevitablemente toman partido por la visión dominante, es decir, la sociedad que se presenta como la visión universal. Entonces se vuelven parte de un régimen social de prácticas gubernamentales que vigilan lo social. La teoría social posclásica, por el contrario, apunta a deconstruir las representaciones societales del orden social. Rompe con la idea del orden confinado y cerrado como un ideal regulador de lo social. La teoría posclásica critica la sociedad existente al revelar los flujos y fluidos autónomos, los procesos y las

prácticas contingentes que recuerdan los límites de la representación societal.

La Teoría privilegia la teoría social que sigue el camino de la crítica: en vez de participar en el control, la vigilancia y la canalización de lo social, la teoría social después de la Teoría ayuda a revelar las brechas y fisuras en la sociedad que nunca pueden ser completamente clausuradas. En tanto que reflexiona críticamente sobre su propio papel funcional en la constitución de la sociedad, aumenta la conciencia de las jerarquías y oposiciones mediante las cuales la sociedad se inscribe en su propia estructura conceptual y se abstiene de vigilar lo social y de replicar las estructuras constituidas de la sociedad. Consciente de sus propios fantasmas de control intencional, la teoría social actúa como un facilitador que libera representaciones alternativas de lo social cuyos efectos pueden ir más allá de sus intenciones. Por lo tanto, en lugar de domesticar lo social como sociedad, la teoría social va más allá de la sociedad al pensar en las potenciales críticas de lo social.

En conclusión, la Teoría de hoy puede haberse convertido en un conocimiento canonizado en las ciencias sociales y las humanidades. Sin embargo, las consecuencias de la Teoría para la teoría social aún no se han definido. De hecho, la cuestión de cómo la Teoría puede ayudar a teorizar lo social, nos lleva a un terreno donde todavía queda todo por hacer, pero quizás ya se puedan vislumbrar los primeros contornos.

...

Epílogo

por Mario Domínguez Sánchez

A pesar de la incesante autorreflexión de la crítica teórica, cabe señalar que curiosamente se han descuidado, o quizás más bien se han descartado con ironía, las cuestiones de su propia denominación y categorización. La pregunta sobre las causas de la ausencia del posestructuralismo en Francia que se hace Johannes Angermuller pretende poner fin a esta situación. Su proyecto, tal como se define en un principio, consiste en situar, social e históricamente, las disparidades entre los fenómenos teóricos franceses y angloamericanos: en Francia, el posestructuralismo no existe como término unificador, mientras que en el mundo anglosajón se invoca con frecuencia para categorizar a los pensadores franceses. Así pues, la pregunta fundamental del libro orbita en torno a la siguiente idea, ¿qué está todavía en juego en lo que antes se llamaba posestructuralismo o, más en general, en lo que genéricamente se denominaba la Teoría Francesa (*French Theory*)?

El autor señala que un seminario de Fredric Jameson en 1995 le influyó para tratar de situar esta Teoría, tanto social como históricamente, por lo que el libro –publicado, previamente en francés e inglés y otros idiomas– se dirige en gran medida a ese momento pasado, cuando la Teoría era más reconocible en las disciplinas estadounidenses de humanidades, antes de los excesos de la década pasada que marcan el agotamiento de dicha importación. Por ello el autor, Jo-

hannes Angermuller, nos obliga a reflexionar sobre la tensión entre la crítica y su momento de enunciación, así como sobre la brecha temporal que separa el análisis de su objeto, utilizando en especial los conceptos y la metodología de Pierre Bourdieu como clave de análisis. Su propósito es múltiple. En principio se trata de desacreditar la noción de un «paradigma» o «movimiento» posestructuralista, al que sustituye por la imagen quizá más difusa de una «generación intelectual». Para corroborar esta afirmación, ofrece una visión de conjunto del campo intelectual francés que produjeron autores como Derrida, Foucault, Deleuze y otros. Por último, trata de reflexionar sobre lo que la Teoría podría ofrecer a la «teoría social» de las ciencias sociales, es decir, crear una revisión posestructuralista del sujeto social consciente y actuante.

La interrogación que subyace en el título (asimismo ocurre en la versión inglesa) procede de cuestionar la categoría de posestructuralismo, al que se considera un error de apreciación porque se trata fundamentalmente de una categoría extranjera que atribuye una unidad a un campo que los lectores franceses ven como diferenciado. Puesto que, de hecho, el fenómeno del posestructuralismo es un ejemplo elocuente del papel del contexto en el que se reciben las ideas teóricas, Angermuller se pregunta: «¿No se consideran estas teorías como productos de un movimiento o grupo intelectual (“posestructuralista”) en el debate internacional, mientras que en Francia se aprecian más bien como productos de teóricos de cierto período (específicamente de los años setenta)?» (p. 13 de la presente edición). O más adelante: «los teóricos que son reconocidos internacionalmente como posestructuralistas en-

carnan dentro del campo francés a un grupo demasiado heterogéneo para ser considerado como representantes de un paradigma teórico o un movimiento intelectual» (p. 96). Podríamos llamar a este punto de vista «localista» en la medida en que privilegia el punto de vista local, suponiendo que las percepciones parisinas y las realidades sociales sean verídicas, mientras que las perspectivas extranjeras resultan «imaginarias», un «efecto de traducción» (p. 124) o adolecen de una falta de «escrutinio o análisis minucioso» (p. 50). Como forma de explicación de dicho error, Angermuller discutirá en la última parte de su libro la recepción extranjera (en gran parte estadounidense) de la teoría con más detalle, y para ello introducirá una segunda visión contextualista: «Leer textos en nuevos contextos no hace que su interpretación sea menos verdadera. Más bien, los textos siempre se ven contextualizados y recontextualizados y el ejemplo de la recepción norteamericana de los textos teóricos franceses nos recuerda los efectos creativos que estas apropiaciones han tenido sobre la Teoría» (p. 124). En esos momentos, se adopta una concepción más relativista según la cual el posestructuralismo es sólo una de las muchas contextualizaciones posibles del corpus en cuestión.

Aunque esta línea de pensamiento oscila en otorgar una autoridad primaria a la perspectiva francesa o en ocasiones relativizar dicha perspectiva a través del contexto de las lecturas posibles, Angermuller hace lo posible para enriquecer el cuadro y su libro no se queda en ninguna de estas dos perspectivas, pues como veremos, se basa en la teoría de campo de Bourdieu para enfatizar la distinción entre posición y declaración (*le sujet de l'énonciation* y *le sujet de l'énoncé*) y evi-

tar con ello una falsa disyuntiva. Al hacerlo, evita dos escollos: no afirma la validez *objetiva* de la interpretación francesa ni reduce el posestructuralismo a un resultado del análisis sociocultural según el cual los estadounidenses malinterpretan el sistema académico francés. Más bien hace la perspicaz afirmación de que el análisis del objeto es parte del objeto que se busca analizar. Es decir, el *error* angloamericano no es simplemente un error, sino un proceso productivo que constituye y altera el objeto mismo de la teoría. El lector se dirige aquí a una línea de investigación mucho más interesante que sustituye la pregunta reduccionista «cómo explicar el campo que ha dado origen a la teoría de la producción simbólica» por «cómo se asocian los textos teóricos con sus contextos y cómo se leen» (p. 31). Este cambio abre efectivamente la brecha entre una afirmación y la posición a partir de la cual se enuncia, en términos de Angermuller, el antagonismo de lo social y la sociedad:

«En tanto que multitud heterogénea, lo social se opone a la sociedad como una representación hegemónica y homogeneizada de lo social. Las teorías de la sociedad, que pasan por alto los antagonismos constitutivos y las contradicciones de lo social, inevitablemente toman partido por la visión dominante, es decir, la sociedad que se presenta como la visión universal» (p. 166).

Enmarcado como un estudio de los problemas que plantea una denominación, trata de explicarla no a través de una definición directa o de cómo se relacionan las categorías con sus objetos, sino más bien de analizar las condiciones de su uso

gracias a la plenitud de los enfoques semióticos, dialécticos, afectivos, etnográficos, deconstructivos y genealógicos que establece sobre este problema. Quizá le habría faltado esbozar el uso político del término, aunque quizá esto último hubiera disipado el campo más que producir su unificación: bastaría con comparar dicho uso en autores como Foucault frente a Derrida, o Deleuze frente a Barthes.

En los primeros capítulos, el libro trata de desacreditar el concepto de un campo estable o unificado del posestructuralismo. Alerta a los lectores sobre el hecho de que teóricos franceses como Althusser, Barthes, Lévi-Strauss, Deleuze, Foucault, Kristeva y Lacan, entre otros, provienen de diversos lugares políticos e institucionales (por ejemplo, el *Collège de France* se yuxtapone con la más prestigiosa ENS, que además otorga títulos). En resumen, como también ha afirmado Foucault, no hay una sola característica o problema unificador que justifique el término posestructuralismo. La discrepancia, afirma Angermuller, se debe a la falta de familiaridad de los estadounidenses con las instituciones académicas francesas. Es decir, los angloamericanos no conciben la división centro/periferia que prevalece en la cultura académica francesa y, por lo tanto, están más dispuestos a equiparar a pensadores dispares bajo el título pragmático de «pensador francés». Por ello, como decíamos, se sugiere el término «generación intelectual», que de acuerdo con Sirinelli (1986) se entiende por un grupo de intelectuales que se ubican de diversas maneras dentro del debate intelectual a través de sus posiciones en determinados acontecimientos históricos (p. 70).

Quizá la parte más lograda de esta singladura reside en el proyecto de mayor cercanía a lo sociológico y en este sentido el libro constituye un buen punto de partida para alguien que quiera adentrarse en la historia y la sociología de las instituciones académicas francesas, ya que repasa gran parte de la bibliografía sobre la educación superior y la cultura intelectual francesa del siglo xx. Así, la contribución del autor está profundamente arraigada en un realismo sociológico, para el cual el socioanálisis de Bourdieu en torno al análisis del campo, con ciertas modificaciones, nos permite establecer los hechos sobre el terreno y así adjudicar qué percepciones de los actores pueden ser objetivadas y cuáles no. Para ello proporciona una visión general sucinta pero detallada de las instituciones académicas francesas (las diferencias entre el EHESS, el ENS y el *Collège de France* se discuten de forma prolija), moviliza estos ejemplos para dar cuenta de la discrepancia terminológica, y su promulgación crítica de la teoría de campo de Bourdieu es útil por igual tanto para quienes la desconocen como para los teóricos más experimentados.

En principio, y como mínimo, pueden citarse tres aspectos que hacen de la teoría del campo una herramienta especialmente pertinente para analizar la situación de los intelectuales en tanto que productores simbólicos: 1) la centralización y concentración en un área específica parisina que marca la rivalidad entre el centro opositor y la periferia, 2) el papel de los grupos y las redes hasta el punto de que un individuo tiene la oportunidad de ganar influencia simbólica e institucional a nivel nacional tan sólo como portavoz público de un grupo, y por último, 3) un mercado desarrollado para

bienes simbólicos que puede conseguir gran visibilidad pública para ciertos productores. Características que demuestran las condiciones únicas de la vida intelectual en Francia. Sin embargo, no menciona esos puntos para apoyar la tesis de una *exception française* o sostener el mito de «los intelectuales franceses», más bien lo hace para subrayar las fuerzas sociales específicas que afectan a los productores simbólicos: «la presencia de otros productores simbólicos que el individuo que quiere estar activo como un intelectual no puede evitar» (p. 31). Se trata de concebir cómo esas líneas de diferenciación (dominante/dominado, centro/ perifera, dentro/fuera) son tan eficaces y estables como evidentes, preconstituyen una situación de modo que resulta difícil para el individuo aislado no desarrollar la impresión de que se está enfrentando al campo como un todo: «el campo está ahí, cada día y en situaciones diferentes, sin importar la posición que el productor ocupe» (ibid.). En este sentido, sigue a Bourdieu por cuanto rechaza la ingenua idea de la autoría intencional y creativa; asimismo es consciente de la opacidad de los productos simbólicos y de los usos múltiples que se les pueden dar. Por último, discute sobre cómo se puede realizar un cambio estructural y articular nuevas posiciones. No obstante, si se acepta la crítica que se puede hacer de la autoría, la representación y la estructura, un fenómeno intelectual como la Teoría podría llevar a la teoría del campo a seguir la dirección de una crítica discursiva de algunas de las presuposiciones esenciales en la teoría social clásica, en particular la idea de un actor central como el origen de la acción y la sociedad como una estructura constituida, algo que finalmente tratará apenas de esbozar Angermüller.

En efecto, aunque rechaza las oposiciones binarias y maniqueas del esencialismo social o histórico a través del uso de la teoría de campos y abre caminos para un mayor desarrollo teórico, no obstante deja sin terminar tales vías de manera intermitente, invitando a que sean otras investigaciones futuras las que asuman el reto. Su contribución final, apenas esbozada, mantiene el antagonismo de lo social y la sociedad como mecanismo de superación de tales esquematismos. En suma, la aproximación sociológica al conocimiento teórico ha permitido examinar que, si el conocimiento lo construye una comunidad que reconoce ciertas ideas como relevantes, legítimas y verdaderas, «también la Teoría se ha involucrado en las luchas sociales sobre lo que se considera conocimiento legítimo, en las que los participantes movilizan sus recursos no teóricos, tales como el tiempo, las relaciones o el dinero» (p. 141).

Esta aproximación sociológica al conocimiento teórico remite inevitablemente a la teoría de la producción simbólica de Pierre Bourdieu, por cuanto revela las limitaciones, jerarquías y desigualdades estructurales que limitan y orientan el campo de la producción simbólica de la intelectualidad. Angermuller señala sin embargo algunos problemas en el uso de dicha teoría que remiten a ciertas limitaciones generales de las formulaciones sociales clásicas y posclásicas. En efecto, el discurso sobre la Teoría nos invita a reflexionar sobre algunos de los retos no resueltos de la teoría del campo: el productor como autor, lo simbólico como medio de representación y lo social como ámbito cerrado. Así pues, si Bourdieu había superado las tradiciones clásicas de la teoría social, comenzan-

do con Max Weber y Émile Durkheim, esta obra ofrece un ejemplo de cómo se puede analizar la Teoría en términos de un discurso cuyos actores están discursivamente contruidos en un espacio que no se puede delimitar fácilmente. Al acercarnos a los límites de la sociología de Bourdieu, alcanzamos el punto donde la Teoría cambia de papel: ya no sólo es un objeto de investigación social, sino que proporciona algunos de los conceptos y argumentos que se necesitan para las tendencias posclásicas de la teoría social contemporánea. Tras una discusión sobre lo que se pueden considerar como los cuatro conceptos clave de la teoría social clásica: el «actor», la «acción», la «sociedad» y el «conocimiento»; Angermuller describe de modo sucinto nuevos conceptos posclásicos, como el «sujeto dividido», la «práctica discursiva», lo «social» y la «crítica».

En conclusión, la obra de Angermuller ofrece una nueva explicación en un campo que lo precisaba y evita el simple reductivismo ya sea *localista* o *contextualista* al enfatizar un antagonismo constitutivo en el objeto de la teoría y la sociedad misma. Da cuenta de las específicas condiciones materiales de la producción intelectual y del contexto social e histórico de su recepción. Por ello mismo, este libro puede ser relevante para iniciar una continuidad de su línea de investigación de cara a explicarse cómo el «error de traducción» del posestructuralismo afecta la relación del espectador con una sociedad parcial y antagónica, que no obstante sigue conformando el imaginario teórico de nuestro tiempo.

Notas

Capítulo uno

1. Todas las citas están basadas en las publicaciones del idioma original de los textos. Los números de las páginas que se dan entre corchetes se refieren a los pasajes correspondientes en las traducciones publicadas. Por lo común he adaptado las traducciones que se dan en el texto. Las citas originales se encuentran en las notas finales indicadas por números romanos al final del libro.
2. «autant je vois bien que derrière ce qu'on a appelé le structuralisme il y avait un certain problème qui était en gros celui du sujet et de la refonte du sujet, autant je ne vois pas, chez ceux qu'on appelle les postmodernes et les poststructuralistes, quel est le type de problèmes qui leur serait commun» (Foucault, 1994c: 447).
3. «un espace intellectuel poststructuraliste» (Dosse, 1995: 19).
4. «on parle plus de Foucault, de Derrida et de Lévi-Strauss à Berkeley et sur certains campus texans que dans les séminaires ethnologiques de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales [...] le transfert des idées en a transformé la perspective, et les grands penseurs français ont été réappropriés par la tradition intellectuelle anglo-américaine [...] Personnellement, je restais perplexe devant le chambardement poststructuraliste des années quatre-vingts» (Bahloul, 1991: 49, 50, 52).
5. «une translation lourde, durable, qui dépasse le furtif effet de mode» (Cusset, 2003: 285).

6. «surcodés, graduellement américanisés, largement dé-francisés; noms devenus incontournables outre-Atlantiques sans que le pays dont ils sont issus ait jamais pris la mesure du phénomène» (Cusset, 2003: 12).
7. Mientras estos especialistas de la historia de la teoría prefieren etiquetas alternativas (por ejemplo, Teoría) para el término «posestructuralismo», que en Estados Unidos ocasionalmente se asocia con el deconstruccionismo de la Escuela de Yale, la etiqueta «posestructuralista» se encuentra a menudo en uso en trabajos introductorios y antologías.
8. Droz cuenta con 82 títulos de libros franceses que salieron solo en 1998 sobre los eventos del 68 (2002).
9. «la figure héroïque de l'intellectuel» (Leymarie, 2001: 3).
10. Pero véase a Lamont (1987), Bourdieu (1990), Boltanski, (1975) y para una visión del siglo XIX ver Charle (2004), Schriewer (1993), Karady (1998), Charle (1996) y Espagne (1988).
11. En este contexto, se han hecho algunos intentos en las «humanidades» norteamericanas para incluir a Bourdieu en el canon posestructuralista de los teóricos franceses (Guillory, 1993; *Modern Language Quarterly*, 1997).
12. «la construction d'une théorie de la culture sur le modèle de la théorie saussurienne de la langue» (Bourdieu, 1986: 41).
13. «un univers où exister c'est différer» (Bourdieu, 1992: 223).
14. El enfoque de Bourdieu ha formado la columna vertebral teórica de numerosos estudios sobre sociología intelectual, por ejemplo Luc Boltanski y Pascale Maldidier (1970), Anna Boschetti (1984), Patrick Champagne (1990), Christophe Charle (1990), Jean-Louis Fabiani (1988), Philippe Gottraux (1997), Johan Heilbron (2004), Victor Karady (1986), Niilo Kauppi (1996), Frédérique Matonti (2005), Louis Pinto (1995), Fritz Ringer (1992), Gisèle Sapiro (1999), Alain Viala (1985).

Capítulo dos

1. Un ejemplo contundente es Bossinade, que ve el posestructuralismo en desarrollo a mediados de los años sesenta en Francia y al mismo tiempo enfatiza la influencia de 1968 (2000: 3 y ss.). En su explicación no queda claro, sin embargo, cómo 1968 afectó a las obras «posestructuralistas» de Lacan y Derrida que ya habían sido publicadas a mediados de la década de 1960.
2. «La coutume désigne, elle échantillonne à tort ou à raison: un linguiste comme R. Jakobson; un sociologue comme C. Lévi-Strauss; un psychanalyste comme J. Lacan; un philosophe qui renouvelle l'épistémologie, comme M. Foucault, un philosophe marxiste qui reprend le problème de l'interprétation du marxisme, comme L. Althusser; un critique littéraire comme R. Barthes; des écrivains comme ceux du groupe *Tel Quel* ... Les uns ne refusent pas le mot "structuralisme", et emploient "structure", "structural". Les autres préfèrent le terme saussurien de "système"» (Deleuze, 2002: 238).
3. Sin embargo, el estructuralismo genético de Jean Piaget, el estructuralismo funcionalista en las ciencias sociales, desde Émile Durkheim hasta Talcott Parsons, o la gramática transformacional de Noam Chomsky apenas intervienen en esta discusión.
4. Lévi-Strauss, que comenzó a mencionar el término sólo en 1972, ofrece la siguiente definición irónica del «estructuralismo»: «Normalmente se entiende como una moda parisina, ya que emerge cada cinco años y deja su huella de cinco años atrás» (citado en Ory y Sirinelli, 1992: 206, n. 1). Del mismo modo, para Foucault, «el estructuralismo es una categoría,

- que existe para los demás, para los que no pertenecen a ella. Desde el exterior se puede decir esto, que uno y otro son estructuralistas. Se le debe preguntar a Sartre quiénes son los estructuralistas, ya que él cree que formaron un grupo coherente (Lévi-Strauss, Althusser, Dumézil, Lacan y yo), un grupo que representa una especie de unidad, pero esta unidad me da igual, no nos sentimos». (1994b: 665 [54]).
5. Boudon informa, por ejemplo, de esa reunión política en la que «un miembro influyente de un importante partido político dio una conferencia sobre el tema del “marxismo y el humanismo”. Probó la incompatibilidad entre el estructuralismo y el humanismo y concluyó que el partido estructuralista apoyaba la causa de los chinos contra los soviéticos» (Boudon, 1968: 10).
 6. «A Bordeaux, où nous rédigeons cet avant-propos, un membre influent d'un important parti politique vient de donner une conférence sur le thème “marxisme et structuralisme”. Il y démontrait l'incompatibilité entre structuralisme et humanisme, et en concluait que le parti structuraliste faisait le jeu des Chinois contre les Soviétiques». (Boudon, 1968: 10).
 7. «avec papisme, excommunications, tribunaux» (Deleuze, 1977: [4]).
 8. «rôle ambigu» (Karady, 1986: 322).
 9. Así, Kauppi menciona tanto la fascinación como la aversión que experimentan los *normaliens* cuando se enfrentan con sus colegas no-*normaliens*. Para Kauppi, un habitus *normalien* es «el resultado de una formación específica, elemental e intelectual: la extrema presunción, una preocupación pedante por el estilo, el odio a la improvisación verbal, frecuentes citas latinas y griegas, un estilo de pensamiento conceptual, el uso

- de clasicistas franceses, abstracción excesiva y así sucesivamente. Como una reacción contraria, los intelectuales podían tener una idea romántica del método académico, como lo hicieron muchos representantes de las ciencias humanas de los años sesenta, en los cuales desarrollaron, por ejemplo, historia cuantitativa, modelos deductivos y métodos estadísticos, y depositaron una confianza excesiva en ellos» (Kauppi, 1996: 21).
10. «le brassage d'idées [...] une certaine dose d'éclectisme que l'on retrouvera plus tard incorporée dans certains travaux théoriques qui feront date, en particulier dans le domaine des sciences humaines et sociales» (Rieffel, 1994: 219 y ss.).
 11. La red de *normaliens* se extiende a las editoriales (Jean-François Revel en Seuil, Roger Caillois en Gallimard, Michel Prigent en PUF), así como a periódicos y revistas: Pierre-Henri Simon y Thomas Ferenczi en *Le Monde*, Maurice Clavel y Jacques Julliard en *Nouvel Observateur*, Jean-François Revel en *L'express*, luego en *Point*, Jean d'Ormesson en *Figaro*, Alain-Gérard Slama en *Point*, luego en *Figaro* (Rieffel, 1994: 225).
 12. «ils réussissent encore à cette date à conserver une véritable hégémonie sur les postes les plus importantes des disciplines "nobles" (philosophie, lettres françaises et anciennes, histoire ancienne)» (Karady, 1986: 362).
 13. «fuite en avant, notamment par un changement de discipline» (Karady, 1986: 322).
 14. «La Sorbonne représentait la clé de voûte de l'ensemble, dont dépendait la carrière des professeurs comme des étudiants» (Baverez, 1993: 295).
 15. «Il n'existe aucune séparation ou rupture entre carrières de lycée et carrières dans les facultés académiques» (Karady, 1986: 271).

16. Entre otros, Lévi-Strauss, Foucault, Barthes y Bourdieu enseñaron en el *Collège de France*. Louis Althusser y Alain Badiou enseñaron en la *ENS*, así como también lo hizo Jacques Derrida durante algún tiempo. Jacques Derrida, Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Gérard Genette, Michel de Certeau y Oswald Ducrot investigaron y enseñaron en la *EHES*. Etienne Balibar, Jean Baudrillard y Henri Lefèbvre enseñaron en *Nanterre*. Los cabecillas de la «izquierda» académica, que incluyen a Roland Barthes, Georges Balandier, Jacques Derrida, Georges Canguilhem, Jean-Pierre Vernant y Emmanuel La Roy Ladurie, estuvieron en el comité fundador de la Universidad de Vincennes, la «personificación de lo moderno, de la vanguardia y por lo tanto un bastión de lo anti-académico». Su departamento de filosofía, configurado por Michel Foucault, nombró a Michel Serres, Jean-François Lyotard, Jacques Rancière, Gilles Deleuze, Alain Badiou y François Châtelet. Hélène Cixous, Luce Irigaray y Nicos Poulantzas también enseñaron en Vincennes. «Se percibió rápidamente a Vincennes como universidad “salvaje” que rompió la estructura del orden establecido y estuvo a merced del conflicto interno entre maoístas, trotskistas y comunistas» (Rieffel, 1993: 439).
17. «incarnation de la modernité, de l'avant-garde et donc la bastion de l'anti-académisme»; «Très rapidement Vincennes va être identifiée à une université “sauvage”, cassant le moule de l'ordre établi et livrée aux luttes intestines entre maoïstes, trotskistes et communistes» (Rieffel, 1993: 439).
18. «les détenteurs de pouvoirs temporels (c'est-à-dire, plus précisément, du contrôle sur les instruments de reproduction), souvent peu considérés intellectuellement, s'opposent

- aux détenteurs d'un capital symbolique de reconnaissance, qui sont souvent dépourvus de toute emprise sur les institutions» (Bourdieu, 1989: 383).
19. Compara la observación que Derrida hizo en una universidad estadounidense sobre su relación con las universidades francesas: «Aquí [en Estados Unidos], las personas que conozco, las personas a las que me dirijo están en las facultades. En Francia, ocurre casi lo contrario. He tenido muy poca relación con las universidades o los profesores en la universidad» (Salusinszky, 1987: 19).
 20. «la vague structuraliste a beaucoup dû à la rivalité qui opposait ces institutions à l'Université» (Pavel, 1993: 12).
 21. Haciendo referencia a la proximidad estructural de las instituciones periféricas y los extranjeros académicos, Kauppi subraya la ambivalencia del término «marginal». Escribe, «¿Que significa ["marginal", J.A.] en este contexto? Para comenzar, no se requieren títulos en esta época para atender a las conferencias de la *École Pratique des Hautes Études*, al contrario que la dominante Universidad de París. Cuando tenemos en cuenta la importancia que tiene en Francia el intelectual para-académico y los círculos artísticos y los diversos grupos, salones, revistas y así, donde nacen los héroes de la época, podemos decir que la sexta sección (y más tarde *EHESS*, J.A.) estaba posicionada estructuralmente de tal manera que favoreció contactos directos entre académicos y escritores, llenando el espacio entre las redes literarias y académicas» (Kauppi, 1996: 72).
 22. «ambition d'intelligibilité globale et systématique» (Furet, 1967: 12).
 23. «agitation symboliste» (Crémant, 1969: 52).

Capítulo tres

1. «nombre de producteurs intellectuels qui s'étaient cantonnés à une production austère et "savante" (marché de type I), s'orientent vers les marchés de type II et III (voir par exemple Deleuze, Althusser)» (Boudon, 1980: 472).
- * NdT.: un euro equivale a 6,55957 francos franceses.
2. «Cada programa (sociología, historia, y así sucesivamente) se planeó en gran detalle, hasta el número de horas para cada materia y cada año. Los exámenes se organizaron de manera francesa: las universidades no tuvieron ningún margen de maniobra y, para cada programa, la reforma determinó la naturaleza de las diferentes pruebas, su duración y los coeficientes de evaluación con los que se calcularían los resultados finales. Los programas de pregrado y posgrado se definieron así con la misma precisión que la enseñanza secundaria» (Prost, 1997: 140).
3. «Chaque filière (sociologie, histoire, etc.) était définie dans le plus grand détail, avec l'indication d'un nombre d'heures déterminé pour chaque matière et chaque année. Les examens étaient définis à la française: les universités n'avaient pas le choix et la réforme leur imposait, pour chaque filière, la nature des différentes épreuves, leur durée, et le coefficient dont elles devaient peser dans le résultat final. Le premier et le second cycle de l'enseignement supérieur se trouvaient ainsi définis avec la même précision que l'enseignement secondaire» (Prost, 1997: 140).
4. La agitación de 1968 afectó sobre todo a las universidades. Las *Grandes Écoles* se mantuvieron relativamente tranquilas y apenas se vieron afectadas por las reformas. Fue sólo en

los años noventa cuando estas instituciones previeron implementar reformas ambiciosas. Así se introdujeron procedimientos de ingreso más «suaves» que los exámenes rígidos de admisión: el *ENS* introdujo un programa especial para estudiantes internacionales, la escuela superior de *Sciences Po* cooperó con escuelas secundarias seleccionadas en los suburbios y en la *ENA* se reestructuró sistemáticamente el programa de enseñanza considerado.

5. «les événements de 1968 marquent paradoxalement la naissance en France de véritables universités» (Prost, 1997: 154).
6. «Le modèle mandarin, obéissant à une logique de profession libérale, connaissait alors son apogée» (Baverez, 1993: 295).
7. «Un seul assistant m'aidait en 1955; une dizaine s'occupaient des étudiants dix ans plus tard. Le gonflement des effectifs, aussi bien des enseignés que d'enseignants, s'observait d'année en année. L'amphithéâtre Descartes était plein quand je donnais mon cours; je m'adressais à des centaines d'auditeurs que je ne connaissais pas. Si je pris la décision, à la fin de l'année 1967, de quitter la Sorbonne et de devenir directeur d'études non cumulant à la VIe section de l'École pratiques des Hautes Études, c'est que j'avais le sentiment que le bâtiment craquait, que nous étions paralysés, stérilisés par un régime à bout de souffle» (Aron, 1983: 342).
8. «La sympathie et l'amitié, par exemple, et, a contrario, la rivalité et l'hostilité» (Sirinelli, 1988: 12).
9. «ein Stück Wissenschaftsdiplomatie der Annales-Redaktion, die damit ihre Strategie des Dialogs zwischen Geschichtswissenschaften und Sozialwissenschaften fortsetzte und zugleich auch tiefsitzende Vorbehalte der Historikerschaft

- gegen solche Formen abstrakter Theorie, ahistorischer Modelle und empiriefernere Gesamtdeutung überdeckte» (Raphael, 1994: 280).
10. Por lo tanto, Kauppi apunta la asociación trascendental entre los *normaliens* y los extranjeros intelectuales, «que no fueron criados de acuerdo con el código intelectual local de etiqueta y sus rituales. Esta combinación demostró ser explosiva, ya que los/las *non-normaliens/nes* estaban ansiosos por romper las reglas, y los/las *normaliens/nes* estaban listos para legitimar parcialmente esta revisión» (Kauppi, 1996: 74).
 11. «l'âge d'or des "grands intellectuels"» (Winock, 1985: 22).
 12. «le prophétisme politique» (Hourmant, 1997: 7).
 13. «se recroqueville, se replie sur l'institution, s'enferme dans la revue de sa caste, de sa spécialité, de son rang» (Hamon y Rotman, 1985: 207).
 14. «son autonomie relative a considérablement diminué, en ce qu'il ne porte plus en, et ne produit plus par lui-même, ses instances de consécration» (Debray, 1979: 120).
 15. Sin embargo, sería erróneo inferir un declive inherente de los estándares normativos en la posmodernidad. El surgimiento de las humanidades teóricas en Estados Unidos puede servir de ejemplo, donde este debate se produce en el contexto de la creciente autonomía de las humanidades y va acompañado de un cambio claro hacia la izquierda.
 16. En una entrevista con *Nouvel Observateur*, Pierre Nora explica:
«N.O.: ¿Cuál fue el público de tu serie de libros en 1970?
P. Nora: Doble: universitario y más general. Ambos están a punto de desaparecer. La base cultural de este público se rompe. Disciplinas enteras han vuelto a caer en el aislamien-

to, como la lingüística e incluso el psicoanálisis. Otros han colapsado, como la sociología, a excepción del fenómeno Bourdieu. La historia todavía resiste esta tendencia, pero una disciplina clásica como la crítica ha fracasado por completo: además de Starobinski, Bénichou y Fumaroli no hay sobrevivientes. Se podría creer que el “fin de la ideología” ha liberado las mentes; los ha encerrado. Esto va acompañado de un claro declive de las autoridades intelectuales a expensas de las cifras imprevistas» (Nora, 1999: 132-134).

17. «N.O. – Quel public vos collections avaient-elles, en 1970? P. Nora – Double: universitaire et plus général. Les deux sont en voie de disparition. C’est surtout le socle culturel sur quoi reposait la réunion de ces deux publics qui s’est fracturé. Des disciplines entières sont revenues à leur isolement, comme la linguistique ou même la psychanalyse. D’autres se sont évaporées, comme la sociologie, mis à part le phénomène Bourdieu. L’histoire résiste, mais une discipline aussi classique en France que la critique littéraire a sombré corps et biens: hors de Starobinski, Bénichou, Fumaroli, point de salut. On aurait pu croire que la “fin des idéologies” aurait libéré les esprits; elle les a refermés. Elle s’est d’ailleurs accompagnée d’un déclin très net des autorités intellectuelles au profit de personnalités qu’on n’attendait pas.» (Nora, 1999: 132-134).
18. «L’industrialisation de la distribution va permettre une véritable colonisation de l’édition par les groupes financiers. Le relais sera pris ensuite par les groupes multimédia» (Bouvaist, 1986: 100).
19. Bourdieu describe los mecanismos institucionales que conducen a relaciones duraderas de dependencia en el campo académico: «En todas las situaciones donde el poder está poco

o nada institucionalizado, el establecimiento de relaciones duraderas de autoridad y dependencia se basa en la espera, es decir, en la expectativa egoísta de un objetivo futuro, que modifica permanentemente –es decir, durante todo el tiempo que dura la expectativa– el comportamiento de la persona que cuenta con lo esperado; y también se basa en el arte de hacer esperar, en el doble sentido de estimular, alentar o mantener la esperanza, a través de promesas o habilidades para no decepcionar, negar o desalentar las expectativas, al mismo tiempo que a través de la capacidad de inhibir y restringir impaciencia, lograr que la gente aguante y acepte la demora, la continua frustración de las esperanzas, las satisfacciones anticipadas intrínsecamente sugeridas detrás de las promesas o palabras alentadoras del garante, pero pospuestas indefinidamente, diferidas, suspendidas» (1984a: 118 y ss. [89]).

20. «Dans toutes les situations où le pouvoir est peu ou pas institutionnalisé, l'instauration de relations d'autorité et de dépendance durables repose sur l'attente comme visée intéressée d'une chose à venir qui modifie durablement –c'est-à-dire pendant tout le temps que dure l'expectative– la conduite de celui qui compte sur la chose attendue; et aussi sur l'art de faire attendre, au double sens de susciter, d'encourager ou d'entretenir l'espérance, par des promesses ou par l'habileté à ne pas décevoir, démentir ou désespérer les anticipations en même temps que par la capacité de freiner et de contenir l'impatience, de faire supporter et accepter le délai, la frustration continue des espérances, des satisfactions anticipées, inscrites comme quasi présentes dans les promesses ou les propos encourageants des garants, et indéfiniment reculées, différées, suspendues» (1984a: 118 y ss.).

21. Bajo el pseudónimo «Frank», un observador anónimo describe el sistema académico francés antes de 1968 como organizado por grupos feudales: «Las disciplinas fueron organizadas por grupos o clúster, que consistían en patrones que eran los ocupantes actuales de los puestos de prestigio en la Sorbona, rodeados por sus discípulos y seguidores. Otros miembros del clúster se ubicaron en instituciones menos importantes, como universidades provinciales, liceos o institutos de investigación. Estas personas dependían del avance y, a menudo, de los medios para investigar, que ostentara el patrón y su influencia en el sistema. Por lo tanto, algunos patrocinadores poderosos influyeron en asuntos no solo dentro de sus propios departamentos, sino también en sus disciplinas y en la red de laboratorios, institutos de investigación, revistas, consejos asesores gubernamentales y comités que otorgan fondos. Como resultado, podrían controlar de manera efectiva las actividades y las oportunidades para producir trabajos innovadores de prácticamente todos los demás miembros de sus disciplinas» (Frank, 1977: 263 y ss.).
22. Mencionemos los conflictos legendarios de Bourdieu con Touraine: «Entre Touraine y yo hay un abismo infranqueable. Esta oposición es de naturaleza científica. En sociología, las personas no pueden coexistir si los enfoques se contradicen entre sí. Si estoy en lo cierto, entonces lo que hace no es sociología. Es él o yo. En la *École* la rivalidad entre Pierre Bourdieu y Alain Touraine se ha hecho legendaria» (Hamon y Rotman, 1985: 45 y ss.).
23. «Entre Touraine et moi, il y a une division irréconciliable. Cette opposition est d'ordre scientifique. Ne peuvent coexister en socio des gens qui ont une approche de la discipline

- absolument exclusive. Si j'ai raison, ce qu'il fait n'est pas de la socio. C'est lui ou moi. A l'École la rivalité entre Pierre Bourdieu et Alain Touraine est devenue légendaire» (Hamon y Rotman, 1985: 45 y ss.).
24. «les disciples tendent à se consacrer de préférence à des travaux de moindre envergure visant à examiner les hypothèses implicites ou explicites des théories du maître» (Clark, 1971: 31).
 25. «1) les diffuseurs de la pensée sont dissociés des producteurs, 2) les diffuseurs déterminent non seulement le volume mais la nature de la production» (Debray, 1979: 136).
 26. «jeunes universitaires qui, bien que munis des sésames indispensables (l'agrégation), n'éprouvent aucune inclination pour le cursus rituel (la thèse)» (Hamon y Rotman, 1985: 233).
 27. «leur pensée est nulle»; «réaction fâcheuse»; «Ils ont une nouveauté réelle, ils ont introduit en France le marketing littéraire ou philosophique» (Deleuze, 1977: [2 y ss.]).
 28. «les vertus de la "subjectivité" [...] consensus retrouvé autour de la morale des droits de l'homme, ou de la revendication croissante, même à gauche, d'une autonomie de l'individu ou de la société face à l'État» (Ferry y Renault, 1988b: 16).
 29. «ère du soupçon» (Pavel, 1990: 174).
 30. Un modelo a seguir para los intelectuales neoliberales, Raymond Aron fue columnista en el periódico conservador *Figaro* y fue el adversario conservador de Sartre (Manent, 1985). Aron desempeñó un papel importante en la institucionalización de la sociología en los años sesenta. Sin embargo, no desarrolló un perfil teórico distintivo en los debates de la época. Su trabajo se presenta principalmente en forma de ensayos y

bosquejos políticos (sobre sociología en Alemania, por ejemplo), que se enseñan en escuelas de élite tecnocráticas como *Sciences Po* o *ENA*, donde las ambiciones intelectuales no tienen prioridad.

31. «Les “libéraux”, eux, répugnent en général aux manifestations de l’instinct grégaire; ils pratiquent une sociabilité de type bourgeois, plus tournée vers le home personnel que répandue dans les lieux collectifs» (Winock, 1985: 27).

Capítulo cinco

1. «La relación entre el creador y su creación es siempre ambigua y a veces contradictoria, en cuanto al trabajo cultural, como objeto simbólico destinado a ser comunicado, como mensaje que puede ser aceptado o rechazado, reconocido o ignorado, y con el cual el autor del mensaje no sólo deriva su valor –que puede medirse mediante el reconocimiento que recibe de las observaciones del escritor o del público en general, mediante sus contemporáneos o mediante la posteridad–, sino también su significado y la verdad de aquellos que lo reciben tanto como del hombre que lo produce» (Bourdieu, 1966: 875 y ss. [95-97]).
2. «Le rapport que le créateur entretient avec sa création est toujours ambigu et parfois contradictoire dans la mesure où l’œuvre culturelle, comme objet symbolique destine à être communiqué, comme message qui peut être reçu ou refusé, reconnu ou ignoré, et avec lui l’auteur du message, tient non seulement sa valeur –que l’on peut mesurer à la reconnaissance accordé par les pairs ou par le grand public, par les contemporains ou par la postérité– mais aussi sa significa-

- tion et sa vérité de ceux qui la reçoivent autant que de celui qui la produit» (Bourdieu, 1966: 875 y ss.).
3. «restitue d'une manière extraordinairement exacte la structure du monde social dans laquelle elle a été produite et même les structures mentales qui, façonnées par ces structures sociales, sont le principe générateur de l'œuvre dans laquelle ces structures se révèlent» (Bourdieu, 1992: 58).
 4. «l'ancien futur-sujet doit "trouver" «sa place, c'est-à-dire "devenir" le sujet sexuel (garçon ou fille) qu'il est déjà par avance» (Althusser, 1995: 228).
 5. Angermuller, Johannes (2019), «Catégoriser et positionner les sujets en philosophie: la controverse entre Derrida et Foucault envisagée d'un point de vue sociopragmatique», *Argumentation et Analyse du Discours* [En línea], 22 | 2019, en línea desde el 15 de abril de 2019, consultado el 30 de diciembre de 2019. URL : <http://journals.openedition.org/aad/3210>; DOI: 10.4000/aad.3210.

Referencias

- ADE Bulletin (1995), «Facts and Figures», *ADE Bulletin*, 110: 52-54.
- A.L. (1999), «La solitude des chercheurs de fond. Ils ne savent plus à quel éditeur se vouer». *Le Nouvel Observateur* (1804), 131.
- AGAMBEN, Giorgio (1995), *Homo Sacer: il potere sovrano e la nuda vita*. Turín: Einaudi (traducido al castellano como *Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pretextos, 2006).
- ALTHUSSER, Louis (1974), *Éléments d'autocritique*. París: Hachette, (traducido al castellano como *Elementos de autocritica*. Barcelona: Laia, 1975).
- ALTHUSSER, Louis (1976), *Positions*. París: Editions Sociales.
- ALTHUSSER, Louis (1993), *Écrits sur la psychanalyse, Freud et Lacan*. París: Stock/Imec (traducido al castellano como *Escritos sobre psicoanálisis: Freud y Lacan*. México: Siglo XXI, 1996).
- ALTHUSSER, Louis (1995 [1969]), *Sur la reproduction*. París: Presses Universitaires de France (traducido al castellano como *Lenin y la filosofía*. México: Ediciones Era, 1970).
- ALTHUSSER, Louis; Balibar, Etienne; Establet, Roger; Macherey, Pierre y Rancière, Jacques (1965), *Lire le Capital*. París: Quadrige/PUF (traducido al castellano como *Para leer El Capital*. México: Siglo XXI, 1978).
- ANGENOT, Marc (1984), «Structuralism and Syncretism: Institutional Distortions of Saussure», John Fekete, editor, *The Structural Allegory*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 150-163.

- ANGERMULLER, Johannes (2004a), «French Theory in den USA. Diskursanalytische Betrachtungen eines internationalen Rezeptionserfolgs». *Sociologia Internationalis*, 42 (1): 71-101.
- ANGERMULLER, Johannes (2004b), «Neoliberale Hegemonie und postmodern-schizophrene Subjektivität: Eine diskursanalytische Annäherung an Michel Houellebecq's Ausweitung der Kampfzone». Thomas Kron y Uwe Schimank, editores, *Die Gesellschaft der Literatur*. Opladen: Barbara Budrich, 143-163.
- ANGERMULLER, Johannes (2007a), «Kontingenz und Mangel: von der Gesellschaft der Moderne zum Sozialen der Postmoderne?» Thorsten Bonacker y Andrea Reckwitz, editores, *Kulturen der Moderne. Soziologische Perspektiven der Gegenwart*. Frankfurt y Nueva York: Campus, 301-321.
- ANGERMULLER, Johannes (2007b), «Qu'est-ce que le "poststructuralisme français"? A propos de la réception des tendances françaises de l'analyse du discours en Allemagne». *Langage et société*, 120: 17-34.
- ANGERMULLER, Johannes (2013), *Analyse du discours poststructuraliste. Les voix du sujet dans le langage chez Lacan, Althusser, Foucault, Derrida et Sollers*. Limoges: Lambert Lucas (traducido al inglés como *Poststructuralist Discourse Analysis. Subjectivity in Enunciative Pragmatics*. Houndmills, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2014).
- ANGERMULLER, Johannes (2019), «Catégoriser et positionner les sujets en philosophie: la controverse entre Derrida et Foucault envisagée d'un point de vue sociopragmatique», *Argumentation et Analyse du Discours* [En línea], 22 | 2019, en línea desde el 15 de abril de 2019, consultado el 30 de diciembre de 2019. URL : <http://journals.openedition.org/aad/3210>; DOI: 10.4000/aad.3210.
- ARON, Jean-Paul (1984), *Les Modernes*. París: Folio.

- ARON, Raymond (1983), *Mémoires. 50 ans de réflexion politique*. París: Julliard (traducido al inglés como *Memoirs. Fifty Years of Political Reflection*. Nueva York y Londres: Holmes & Meyer, 1990).
- ARONOWITZ, Stanley (1994), *The Jobless Future: Sci-Tech and the Dogma of Work*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- AUERBACH, Bruno (2006), «Publish and perish. La définition légitime des sciences sociales au prisme du débat sur la crise de l'édition SHS». *Actes de la recherche en sciences sociales*, 164: 75-92.
- AUZIAS, Jean-Marie (1967), *Cléfs pour le structuralisme*. París: Édition Seghers.
- BADIOU, Alain (1998), *Saint Paul: La Fondation de l'Universalisme*. París: PUF (traducido al castellano como *San Pablo: La fundación del universalismo*. Barcelona: Anthropos, 2007).
- BADIOU, Alain (2003), *L'Éthique. Essai sur la conscience du mal*, Caen: Nous (traducido al castellano como *La ética: ensayo sobre la conciencia del mal*, México: Embajada de Francia en México, 2004).
- BADIOU, Alain (2005), «Philosophy's French Adventure», *New Left Review* 35 (septiembre/octubre): 67-78, (traducido al castellano como *La aventura de la filosofía francesa*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2013).
- BAHLOUL, Joëlle (1991), «France-USA. Ethnographie d'une migration intellectuelle». *Ethnologie française*, 21 (1): 49-55.
- BALIBAR, Étienne (1992), *Les Frontières de la démocratie*. París: La Découverte.
- BARING, Edward (2011), *The Young Derrida and French Philosophy, 1945-1968*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BARLUET, Sophie (2004), *Édition de sciences humaines et sociales: le cœur en danger*. París: Presses Universitaires de France.

- BARTHES, Roland (1957), *Mythologies*. París: Le Seuil (traducido como *Mitologías*. Mexico: Siglo XXI, 1999).
- BARTHES, Roland (1975), *Roland Barthes par Roland Barthes*. París: Le Seuil (traducido al castellano como *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona: Paidós, 2002).
- BARTHES, Roland (1977), *Fragments d'un discours amoureux*. París: Le Seuil (traducido al castellano como *Fragmentos de un discurso amoroso*. Madrid: Siglo XXI, 2007).
- BARTHES, Roland (1994), *La Mort de l'auteur, Œuvres Complètes. Tome II. 1966-1973*. París: Le Seuil, 491-495 (traducido al inglés como *The Death of the Author*, Roland Barthes, editor, imagen, música. Nueva York: Hill & Wang, 142-148, 1977).
- BAUDRILLARD, Jean (1972), *Pour une critique de l'économie politique du signe*. París: Gallimard (traducido al castellano como *Crítica de la economía política del signo*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A., 2010).
- BAVEREZ, Nicolas (1993), *Raymond Aron. Un moraliste au temps des idéologues*. París: Flammarion.
- BENOIST, Jean-Marie (1980 [1975]), *La Révolution structurale*. París: Denoël.
- BENVENISTE, Émile (1966), *Problèmes de linguistique générale, 1*. París: Gallimard (traducido al castellano como *Problemas de lingüística general, t. I*. México: Siglo XXI, 1974).
- BERGER, Peter L. y LUCKMANN, Thomas (1966), *The Social Construction of Reality: A Treatise in the Sociology of Knowledge*, Garden City, Nueva York: Anchor Books (traducido al castellano como *La construcción social de la realidad. Un tratado de sociología del conocimiento*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995).
- BERING, Dietz (1982), *Die Intellektuellen. Geschichte eines Schimpfwortes*. Stuttgart: Ernst Klett.
- BERMAN, Art (1988), *From the New Criticism to Deconstruction*.

- The Reception of Structuralism and Post-Structuralism*. Urbana, IL: University of Illinois Press.
- BÉRUBÉ, Michael (1998), *The Employment of English. Theory, Jobs, and the Future of Literary Studies*. Nueva York. Londres: Nueva York University Press.
- BESSERT-NETTELBECK, Joachim (1981), *Zur Berufung von Hochschullehrern in der BRD und Frankreich*. Berlín (Tesis).
- BLOOM, Harold; MAN, Paul de; DERRIDA, Jacques; HARTMAN, Geoffrey H. y MILLER, J. Hillis, editores, (1979), *Deconstruction and Criticism*. Londres: Routledge & Kegan Paul (traducido al castellano como *Deconstrucción y crítica*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A., 2010).
- BOLTANSKI, Luc (1975), «Note sur les échanges philosophiques internationaux», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 5/6: 191-199.
- BOLTANSKI, Luc y MALDIDIER, Pascale (1970), «Carrière Scientifique, Morale Scientifique et Vulgarisation», *Social Science Information*, 9 (3): 99-118.
- BONACKER, Thorsten (2000), *Die normative Kraft der Kontingenz, Nichtessentialistische Gesellschaftskritik nach Weber und Adorno*. Frankfurt am Main: Campus.
- BONACKER, Thorsten (2003), «Die Repräsentation sozialer Ordnung. Zur Radikalisierung des Kantianischen Kerns der Soziologie». Jens Jetzkowitz y Carsten Stark, editores, *Sozialwissenschaftlicher Funktionalismus*. Opladen: Leske + Budrich, 247-278.
- BOSCHETTI, Anna (1984), *L'Impresa intellettuale. Sartre et Les Temps modernes*, Bari: Edizioni Dedalo (traducido al inglés como *The Intellectual Enterprise: Sartre and Les Temps modernes*. Evanston, IL: Northwestern University Press, 1988).
- BOSSINADE, Johanna (2000), *Poststrukturalistische Literaturtheo-*

- rien. Stuttgart: Metzler.
- BOUDIC, Goulven (2005), *Esprit 1944-1982. Les Métamorphoses d'une revue*. Paris: Editions de l'IMEC.
- BOUDON, Raymond (1968), *A quoi sert la notion de structure? Essai sur la signification de la notion de structure dans les sciences humaines*. Paris: Gallimard (traducido al inglés como *The Uses of Structuralism*. Londres: Heinemann, 1971).
- BOUDON, Raymond (1980), «The Freudian-Marxian-Structuralist (FMS) movement in France: Variations on a Theme by Sherry Turkle», *The Tocqueville Review*, 2 (1): 5-24.
- BOURDIEU, Pierre (1958), *Sociologie de l'Algérie*. Paris: Presses Universitaires de France (traducido al inglés como *The Algerians*. Boston: Beacon Press, 1962).
- BOURDIEU, Pierre (1966), «Champ intellectuel et projet créateur», *Les Temps modernes*, 246: 865-906. (traducido al inglés como «Intellectual field and creative project», *Social Science Information*, 8: 89-119, 1969).
- BOURDIEU, Pierre (1971), «Le Marché des biens symboliques», *L'Année Sociologique*, 22: 49-126.
- BOURDIEU, Pierre (1972), *Esquisse d'une théorie de la pratique: précédé de trois études d'ethnologie kabyle*, Genève: Droz (traducido al castellano como *Bosquejo de una teoría de la práctica*. Buenos Aires: Prometeo, 2012).
- BOURDIEU, Pierre (1973), «L'opinion publique n'existe pas», *Les Temps modernes*, 318: 1292-1309.
- BOURDIEU, Pierre (1975), «La Lecture de Marx – ou quelques remarques critiques à propos de quelques critiques à propos de Lire le Capital», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 5/6: 65-79.
- BOURDIEU, Pierre (1976), «Le champ scientifique», *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, 2-3: 88-104.

- BOURDIEU, Pierre (1978), «Classement, Déclassement, Reclassement», *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, 24: 2-22.
- BOURDIEU, Pierre (1979), *La Distinction. Critique Sociale du jugement*. París: Minuit (traducido al castellano como *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 2002).
- BOURDIEU, Pierre (1981), «Epreuve scolaire et consécration sociale. Les classes préparatoires aux Grandes Écoles». *Actes de la recherche en sciences sociales*, 39: 3-70.
- BOURDIEU, Pierre (1983), «Les sciences sociales et la philosophie», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 47-48: 45-52.
- BOURDIEU, Pierre (1984a), *Homo academicus*. París: Minuit (traducido al castellano como *Homo Academicus*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2008).
- BOURDIEU, Pierre (1984b), «Le hit-parade des intellectuels Français ou qui sera juge de la légitimité des juges?», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 52-53: 95-100.
- BOURDIEU, Pierre (1986), «Fonder les usages analogiques. Entretien avec Pierre Bourdieu», *Français dans le monde*, 199: 41-45.
- BOURDIEU, Pierre (1987), «Variants et invariants. Éléments pour une histoire structurale du champ des Grandes Écoles». *Actes de la recherche en sciences sociales*, 70: 3-30.
- BOURDIEU, Pierre (1988), *L'Ontologie politique de Martin Heidegger*. París: Minuit (traducido al castellano como *La ontología política de Martin Heidegger*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1991).
- BOURDIEU, Pierre (1989), *La Noblesse d'Etat. Grandes Écoles et esprit de corps*. París: Minuit (traducido al castellano como *La nobleza de Estado*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 2013).
- BOURDIEU, Pierre (1990), «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées». *Romanistische Zeitschrift für*

- Literaturgeschichte*, 14 (1-2): 1-10. (traducido al inglés como «The Social Conditions of the International Circulation of Ideas». Richard SHUSTERMAN, editor, *Bourdieu. A Critical Reader*. Oxford: Blackwell, 1999, 220-228).
- BOURDIEU, Pierre (1991), «Le Champ littéraire», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 89: 4-46.
- BOURDIEU, Pierre (1992), *Les Règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. París: Le Seuil (traducido al castellano como *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 1995).
- BOURDIEU, Pierre (1993), *La Misère du monde*. París: Le Seuil (traducido al castellano como *La miseria del mundo*. Madrid: Ediciones Akal, 1999).
- BOURDIEU, Pierre (1996), *Sur la télévision, suivi de L'emprise du journalisme*. París: Liber (traducido al castellano como *Sobre la televisión*. Barcelona: Anagrama, 1997).
- BOURDIEU, Pierre (1997a), *Les Usages sociaux de la science. Pour une sociologie clinique du champ scientifique*. París: INRA.
- BOURDIEU, Pierre (1997b), *Méditations pascaliennes*. París: Le Seuil (traducido al castellano como *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama, 2006).
- BOURDIEU, Pierre (1999), «Une révolution conservatrice dans l'édition», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 126: 3-28.
- BOURDIEU, Pierre y BOLTANSKI, Luc (1975), «Le titre et le poste. Rapports entre le système de production et le système de reproduction». *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2: 95-107.
- BOURDIEU, Pierre y DE SAINT MARTIN, Monique (1987), «Agrégation et ségrégation», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 69: 2-50.
- BOUTANG, Yann-Moulier (2002 [1992]), *Louis Althusser, une biographie. T. 1: 1918-1945: Ruptures et plis, T. 2: 1945-1956: La*

- matrice*. París: Librairie Générale Française.
- BOUVAIST, Jean-Marie (1986), «Tendance d'évolution dans les structures de l'édition française». *Communication et Langues*, 69 (3): 100-115.
- BOUVAIST, Jean-Marie (1998), *Du Printemps des éditeurs à l'âge de raison: Les nouveaux éditeurs en France (1974-1988)*. París: La documentation Française/SOFEDIS.
- BOWD, Gavin (1999), *L'Interminable enterrement. Le communisme et les intellectuels français depuis 1956*. París: Digraphe.
- BRILLANT, Bernard (2003), *Les Clercs de 68*. París: Presses Universitaires de France.
- BRISSET-SILLION, Cécile (1997), *Universités publiques aux États-Unis. Une autonomie sous tutelle*. París: L'Harmattan.
- BRITTON, Celia (1992), *The Nouveau Roman. Fiction, Theory and Politics*, Nueva York: St. Martin's Press.
- BRÖCKLING, Ulrich; KRASMANN, Susanne y LEMKE, Thomas, editores (2000), *Gouvernementalität der Gegenwart*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- BÜRGER, Peter (1987[1974]), *Theorie der Avantgarde*, Frankfurt am Main: Suhrkamp (traducido al castellano como *Teoría de la vanguardia*. Barcelona: Península, 1987).
- CALVET, Louis-Jean (1990), *Roland Barthes*. París: Flammarion (traducido al castellano como *Roland Barthes: una biografía*. Barcelona: Gedisa, 2001).
- CHAMPAGNE, Patrick (1990), *Faire l'opinion*. París: Minuit.
- CHARLE, Christophe (1986), «Le Collège de France», Pierre Nora, editor, *Les Lieux de Mémoire. II. La Nation, Tome 3*. París: Gallimard, 389-424.
- CHARLE, Christophe (1990), *Naissance des «intellectuels»*. París: Minuit.
- CHARLE, Christophe (1994), *La République des universitaires*.

1870-1940. París: Seuil.

- CHARLE, Christophe (1995), «Intellectuels, Bildungsbürgertum et Professions au XIXe Siècle». *Actes de la recherche en sciences sociales*, 106/7: 85-95.
- CHARLE, Christophe (1996), *Les Intellectuels en Europe au XIXe siècle: Essai d'histoire comparée*. París: Le Seuil.
- CHARLE, Christophe (2002), «Universités», Jacques JULLIARD y Michel WINOCK, edits., *Dictionnaire des intellectuels français. Les Personnes. Les Lieux. Les Moments*. París: Seuil, 1369-1375.
- CHARLE, Christophe, SCHRIEWER, Jürgen y WAGNER, Peter, editores, (2004), *Transnational Intellectual Networks. Forms of Academic Knowledge and the Search for Cultural Identities*. Frankfurt am Main: Campus.
- CHEBEL D'APPOLONIA, Ariane (1991), *Histoire politique des intellectuels en France. 1944-1954*. París: 1991.
- CHRISTOFFERSON, Michael Scott (2004), *French Intellectuals Against the Left. The Antitotalitarian Moment of the 1970s*. Nueva York: Berghahn.
- CLARK, Terry Nicholas (1971), «Le Patron et son cercle. Clef de l'Université française». *Revue Française de Sociologie*, 12 (1): 19-39.
- COHEN, Habiba S. (1978), *Elusive Reforms: The French Universities, 1968-1978*, Boulder, CO: Westview Press.
- COHEN-SOLAL, Annie (1989), *Jean-Paul Sartre: 1905-1980*. París: Gallimard (traducido al castellano como *Jean-Paul Sartre*, Barcelona: Anagrama, 2006).
- COLLINI, Stefan (2006), *Absent Minds. Intellectuals in Britain*, Oxford y Nueva York: Oxford University Press.
- COMAY, Rebekka (1991), «Geopolitics of Translation: Deconstruction in America», *Stanford French Review*, 15 (1-2): 47-79.
- COMBES, Patrick (1984), *La Littérature et le mouvement de Mai 68*.

- París: Seghers.
- COMPAGNON, Antoine (2005), *Les Antimodernes: de Joseph de Maistre à Roland Barthes*. París: Gallimard.
- CRÉMANT, Roger (1969), *Les Matinées structuralistes*. París: Robert Laffont.
- CRIGNON, Anne (1999), «La Défaite de la pensée. Quel avenir pour les PUF?», *Le Nouvel Observateur* (1804): 128-130.
- CROZIER, Michel (1963), «La Révolution culturelle. Notes sur les transformations du climat intellectuel en France». *Daedalus*, 93 (1): 514-542.
- CULLER, Jonathan (1982), *On Deconstruction. Theory and Criticism after Structuralism*. Ithaca, NY: Cornell University Press (traducido al castellano como *Sobre la deconstrucción*. Madrid: Cátedra, 1999).
- CUSSET, François (2003), *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux Etats-Unis*. París: Editions de la Découverte (traducido al castellano como *French Theory: Foucault, Derrida, Deleuze & Cia y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. Barcelona: Melusina, 2005).
- CUSSET, François (2008), *French Theory: How Foucault, Derrida, Deleuze, & Co. Transformed the Intellectual Life of the United States*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- DARKE, David (1997), «Sartre and May 1968», *Sartre Studies International. An Interdisciplinary Journal of Existentialism and Contemporary Culture*, 3 (1): 43-65.
- DEBORD, Guy (1992), *La Société du spectacle*. París: Gallimard (traducido al inglés como *The Society of the Spectacle*. Nueva York: Zone Books, 1994).
- DEBRAY, Régis (1979), *Le Pouvoir intellectuel en France*. París: Ramsay (traducido al inglés como *Teachers, Writers, Cele-*

- brities: The Intellectuals of Modern France*. Londres: New Left Books y Verso Editions, 1981).
- DELACROIX, Christian; Dosse, François y Garcia, Patrick (2005), *Les Courants historiques en France. 19e-20e siècle*. Paris: Armand Colin.
- DELEUZE, Gilles (1968), *Différence et Répétition*. Paris: PUF (traducido al castellano como *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu, 2002).
- DELEUZE, Gilles (1977), «A propos des “nouveaux philosophes” et d’un problème plus général». *Supplément*, n. 24, May 1977. Paris: Minuit.
- DELEUZE, Gilles (1986), *Foucault*. Paris: Minuit (traducido al castellano como *Foucault*. Barcelona: Paidós Ibérica, S.A., 2003).
- DELEUZE, Gilles (2002), *L’Île Déserte et autres textes*. Paris: Minuit (traducido al castellano como *La Isla Desierta y Otros Textos*. Valencia: Pre-Textos, 2005).
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix (1980), *Mille plateaux. Capitalisme et schizophrénie*. Paris: Minuit (traducido al castellano como *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 1997).
- DERRIDA, Jacques (1967a), *De la grammatologie*. Paris: Minuit (traducido al castellano como *De la gramatología*. México: Siglo XXI, 1978).
- DERRIDA, Jacques (1967b), Derrida, Jacques (1978): *Writing and Difference*. Chicago: University of Chicago Press (traducido al castellano como *Escritura y diferencia*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1989).
- DERRIDA, Jacques (1999), «Marx & Sons», Michael Sprinker, editor, *Ghostly Demarcations. A Symposium on Jacques Derrida’s Specters of Marx*. Londres y Nueva York: Routledge, 213-269.
- DOSSE, François (1987), *L’Histoire en miettes. Des «Annales» à la*

- «*nouvelle histoire*». París: Éditions La Découverte (traducido al castellano como *La historia en migajas*. México: Universidad Iberoamericana, 2006).
- DOSSE, François (1992), *Histoire du structuralisme. Vol. I+II*. París: La Découverte (traducido al castellano como *Historia del estructuralismo*. Madrid: Ediciones Akal, 2004).
- DOSSE, François (1995), *L'Empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*. París: La Découverte (traducido al inglés como *Empire of Meaning. The Humanization of the Social Sciences*. Londres y Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999).
- DOSSE, François (2002), *Michel de Certeau. Le marcheur blessé*. París: Découverte.
- DROZ, Bernard (2002), «Mai 68 et les intellectuels», Jacques Julliard y Michel Winock, editores, *Dictionnaire des Intellectuels Français. Les Personnes. Les Lieux. Les Moments*. París: Seuil, 889-892.
- DRUESNE, Gérard (1975), *Le Centre National de la Recherche Scientifique*. París: Masson.
- DUCHEN, Claire (1986), *Feminism in France: From May '68 to Mitterrand*. Londres: Kegan y Paul.
- DUCROT, Oswald (1968), «Le Structuralisme en linguistique», Oswald Ducrot, Tzvetan Todorov, Dan Sperber, Moustafa Safouan y François Wahl, editores, *Qu'est-ce que le structuralisme?* París: Le Seuil, 13-96.
- DUCROT, Oswald; TODOROV, Tzvetan; SPERBER, Dan; SAFOUAN, Moustafa y WAHL, François (1968), *Qu'est-ce que le structuralisme?* París: Le Seuil.
- DUELL, Jason (2000), «Assessing the literary: intellectual boundaries in French and American literary studies». Michèle Lamont y Laurent Thévenot, editores, *Rethinking Comparative*

- Cultural Sociology. Repertoires of Evaluation in France and the United States.* Cambridge: Cambridge University Press, 94-124.
- DUFAY, François y DUFORT, Pierre-Bertrand (1993), *Les Normandais. De Charles Péguy à Bernard-Henri Lévy. Un Siècle d'histoire.* París: Jean-Claude Lattès.
- DUFRENNE, Mikel (1968), *Pour l'Homme.* París: Le Seuil.
- DURKHEIM, Émile (1991 [1912]), *Les Formes élémentaires de la vie religieuse.* París: Librairie Générale Française.
- EAGLETON, Terry (1983), *Literary Theory. An Introduction.* Oxford: Blackwell.
- EAGLETON, Terry (1994), *The Function of Criticism from «The Spectator» to Post-Structuralism.* Londres: Verso.
- EASTHOPE, Antony (1988), *British Poststructuralism since 1968.* Nueva York: Routledge.
- EHRMANN, Jacques, editor, (1970), *Structuralism.* Garden City, NY: Anchor-Doubleday.
- ERIBON, Didier (1994), *Michel Foucault et ses contemporaines.* París: Fayard.
- ESPAGNE, Michel y WERNER, Michael, editores (1988), *Transferts. Les relations interculturelles dans l'espace Franco-Allemand (18e-19e siècle).* París: Recherches sur les Civilisations.
- FABIANI, Jean-Louis (1979), «Le pouvoir des intellectuels», 1978 *Universalis. Les Événements, les hommes, les problèmes en 1978.* París: Encyclopaedia Universalis, 299-301.
- FABIANI, Jean-Louis (1988), *Les Philosophes de la République.* París: Minuit.
- FARÍAS, Víctor (1987), *Heidegger et le Nazisme.* París: Verdier (traducido al castellano como *Heidegger y el nazismo.* México: Fondo de Cultura Económica, 1998).
- FERRARIS, Maurizio (1984), *La Svolta testuale. Il Decostruzionismo in Derrida, Lyotard, gli «Yale Critics».* Milán: Unicopli.

- FERRY, Luc y RENAUT, Alain (1988a), *Heidegger et les modernes*. París: Editions Grasset et Fasquelle (traducido al castellano como *Heidegger y los modernos*. Barcelona: Paidós, 2001).
- FERRY, Luc y RENAUT, Alain (1988b [1985]), *La Pensée 68. Essai sur l'anti-humanisme contemporain*. París: Gallimard (traducido al inglés como *French Philosophy of the Sixties. An Essay on Anti-humanism*. Amherst: University of Massachusetts Press, 1990).
- FFRENCH, Patrick (1995), *The Time of Theory. A History of Tel Quel (1960-1983)*. Oxford: Clarendon Press.
- FINKIELKRAUT, Alain (1987), *La Défaite de la pensée*. París: Gallimard (traducido al castellano como *La derrota del pensamiento*. Barcelona: Anagrama, 2004).
- FOREST, Philippe (1995), *Histoire de Tel Quel, 1960-1982*. París: Le Seuil.
- FOSTER, Hal, editor (1983), *The Anti-Aesthetic. Essays on Postmodern Culture*. Port Townsend: Bay Press.
- FOUCAULT, Michel (1961), *Folie et déraison. Histoire de la folie à l'âge classique*. París: Plon (traducido al inglés como *Madness and Civilization. A History of Insanity in the Age of Reason*. Londres: Routledge, 2001) (traducido al castellano como *Historia de la locura en la época clásica*, México: FCE, 1977).
- FOUCAULT, Michel (1966), *Les Mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. París: Gallimard (traducido al castellano como *Las palabras y las cosas*. Madrid: Siglo Veintiuno, 1972).
- FOUCAULT, Michel (1969), *L'Archéologie du savoir*. París: Gallimard (traducido al castellano como *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI, 1997).
- FOUCAULT, Michel (1994a), «Des espaces autres», *Dits et Écrits, Tome 4. 1980-1988*. París: Gallimard, 752-762. (traducido al inglés como «Of Other Spaces», *Diacritics* 16 (1986): 22-27).

- FOUCAULT, Michel (1994b), «Foucault répond à Sartre», *Dits et Écrits, Tome 1. 1954-1969*. Paris: Gallimard, 662-670 (traducido al inglés como «Foucault responds to Sartre», Sylvère Lotringer, editor, *Foucault Live. Interviews 1966-1984*. Nueva York: Semiotexte/Smart Art, 1996, 51-57).
- FOUCAULT, Michel (1994c [1983]), «Structuralisme et poststructuralisme», *Dits et Écrits, Tome 4. 1980-1988*. Paris: Gallimard, 431-457 (traducido al inglés como «Structuralism and Post-Structuralism», James D. Faubion, editor, *Aesthetics, Method, and Epistemology. Essential Works of Foucault, 1954-1984*. Nueva York: The New Press, 1998, 433-458).
- FOUCAULT, Michel (2004), *Sécurité, territoire, population*. Paris: Gallimard, Seuil (traducido al castellano como *Seguridad, territorio, población*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006).
- FOURASTIÉ, Jean (1979), *Les Trente glorieuses*. Paris: Fayard.
- FRANK, Manfred (1983), *Was ist Neostukturalismus?* Frankfurt am Main: Suhrkamp (traducido al castellano como *¿Qué es el neoestructuralismo?* Madrid: UAM, 2011).
- FRANK, Paul (anonymous) (1977), «The Sociology of Science in France», Robert K. Merton y Jerry Gaston, editores, *The Sociology of Science in Europe*. Carbondale, IL: Southern Illinois University Press, 258-282.
- FRANKFURTER ARBEITSKREIS FÜR POLITISCHE PHILOSOPHIE UND THEORIE (2004), «Autonomie und Heteronomie der Politik. Politisches Denken zwischen Post-Marxismus und Poststrukturalismus». Frankfurter Arbeitskreis für politische Theorie und Philosophie, editor, *Autonomie und Heteronomie der Politik. Politisches Denken zwischen Post-Marxismus und Poststrukturalismus*. Bielefeld: transcript, 1-31.
- FRIEDBERG, Erhard y MUSSELIN, Christine (1989), *Enquête d'universités. Etude comparée des universités en France et en RFA*.

- París: L'Harmattan.
- FRYE, Northrop (1957), *Anatomy of Criticism. Four Essays*, Princeton: Princeton University Press (traducido al castellano como *Anatomía de la crítica*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991).
- FURET, François (1967), «Les intellectuels français et le structuralisme», *Preuves*, 192: 3-12.
- GALSTER, Ingrid (2004), «Französischer Feminismus: Zum Verhältnis von Egalität und Differenz», Ruth BECKER y Beate KORTENDIEK, editores, *Handbuch der Frauen und Geschlechterforschung. Theorie, Methoden, Empirie*. Opladen: Leske + Budrich, 42-49.
- GOFFMAN, Erving (1974), *Frame Analysis. An Essay on the Organization of Experience*. Cambridge, MA: Harvard University Press (traducido al castellano como *Frame analysis: los marcos de la experiencia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006).
- GOTTRAUX, Philippe (1997), «*Socialisme ou barbarie*»: *un engagement politique et intellectuel dans la France de l'après-guerre*. París: Editions Payot Lausanne.
- GOUX, Jean-Joseph (1973), *Freud, Marx: Économie et symbolique*. París: Le Seuil (traducido al inglés como *Symbolic Economies. After Marx and Freud*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1990).
- GREIMAS, Algirdas J. (1966), *Sémantique structurale*. París: Larousse (traducido al castellano como *Semántica estructural: investigación metodológica*. Madrid: Editorial Gredos, 1973).
- GUILLORY, John (1993), *Cultural Capital. The Problem of Literary Canon Formation*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- GUILLORY, John (1996), «Preprofessionalism: What Graduate

- Students Want». *ADE Bulletin*, 113: 4-8.
- GUILLORY, John (1999), «From High Theory to Low Theory: The Succession of Cultural Studies». Am 22/11/1999 en Erlangen.
- GUSDORF, Georges (1988), *Les Origines de l'herméneutique*. París: Payot.
- HABERMAS, Jürgen (1990[1962]), *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der Bürgerlichen Gesellschaft*. Frankfurt am Main: Suhrkamp (traducido al castellano como *La transformación estructural de la esfera pública*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1981).
- HALL, Stuart; HOBSON, Dorothy; LOWE, Andrew y WILLIS, Paul, eds., (1980), *Culture, Media, Language*. Londres: Hutchinson.
- HAMON, Hervé y ROTMAN, Patrick (1985 [1981]), *Les Intellocrates: Expédition en haute intelligentsia*. París: Ramsay.
- HAMON, Hervé y ROTMAN, Patrick (1987), *Génération. 1. Les années de rêve. 2. Les années de poudre. Récit*. París: Le Seuil.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2000), *Empire*. Cambridge, MA; Londres: Harvard University Press (traducido al castellano como *Imperio*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2005).
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2004), *Multitude. War and Democracy in the Age of Empire*. Nueva York: Penguin Putnam (traducido al castellano como *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Barcelona: Mondadori/Debate, 2004).
- HARK, Sabine (1996), *Deviantes Subjekte. Die paradoxe Politik der Identität*. Opladen: Leske + Budrich.
- HARVEY, David (1989), *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford; Cambridge, MA: Basil Blackwell. (traducido al castellano como *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998)
- HAZAREESINGH, Sudhir (1991), *Intellectuals and the French Com-*

- unist Party. Disillusion and Decline.* Oxford: Clarendon Press.
- HEILBRON, Johan; LENOIR, Remi y SAPIRO, Gisèle, editores, (2004), *Pour une histoire des sciences sociales. Hommage à Pierre Bourdieu.* París: Fayard.
- HEPP, Andreas y WINTER, Rainer, editores, (1999), *Cultural Studies und Medienanalyse.* Opladen: Westdeutscher Verlag.
- HIRSH, Arthur (1981), *The French New Left. An Intellectual History from Sartre to Gorz.* Boston: South End Press.
- HOLLIER, Denis, editor, (1995 [1979]), *Le Collège de sociologie, 1937-1939.* París: Gallimard, (traducido al castellano como *El Colegio de Sociología 1937-1939.* Barcelona: Taurus, 1982).
- HOURMANT, François (1997), *Le Désenchantement des clercs. Figures de l'intellectuel dans l'après-Mai 68.* Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- HUTCHEON, Linda (1989), *The Politics of Postmodernism.* Londres y Nueva York: Routledge.
- JAKOBSON, Roman (1963), *Essais de linguistique générale. 1. Les Fondations du langage.* París: Minuit (traducido al castellano como *Ensayos de lingüística general.* Barcelona: Seix Barral, 1981).
- JAMES, Francis (2005), «Michel Foucault, Philosophe-Journaliste (1926-1984)». David Buxton y Francis James, editores, *Les Intellectuels de médias en France.* París: L'Harmattan, 87-129.
- JAMESON, Fredric (1972), *The Prison-House of Language. A Critical Account of Structuralism and Russian Formalism.* Princeton, NJ: Princeton University Press (traducido al castellano como *La cárcel del lenguaje: Perspectiva crítica del estructuralismo y del formalismo ruso.* Barcelona: Ariel, 1980).
- JAMESON, Fredric (1991), *Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism.* Durham, NC: Duke University Press (traducido al castellano como *El posmodernismo o la lógica cultural*

- del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1991).
- JAY, Martin (1994), *Downcast Eyes. The Denigration of Vision in Twentieth-Century French Thought*. Berkeley: University of California Press (traducido al castellano como *Ojos abatidos. La denigración de la visión en el pensamiento francés del siglo XX*. Madrid: Akal, 2007).
- JENNINGS, Jeremy Ralph (1993), «Introduction: Mandarins and Samurais: The Intellectual in Modern France». Jeremy Ralph Jennings, editor, *Intellectuals in Twentieth Century France. Mandarins and Samurais*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 1-32.
- JUDT, Tony (1986), *Marxism and the French Left*. Oxford: Clarendon.
- KARADY, Victor (1976), «Durkheim, les sciences sociales et l'université: bilan d'un semi-échec». *Revue française de sociologie*, 18: 167-311.
- KARADY, Victor (1985), «Teachers and Academics in Nineteenth Century France. A Socio-Historical Overview». Werner Conze y Jürgen Kocka, editores, *Bildungsbürgertum im 19. Jahrhundert. Teil I. Bildungssystem und Professionalisierung in internationalen Vergleichen*. Stuttgart: Klett-Cotta, 458-494.
- KARADY, Victor (1986), «De Napoléon à Duruy. Les origines et la naissance de l'université contemporaine». Jacques Verger, editor, *Histoire des universités en France*. Toulouse: Privat, 261-322.
- KARADY, Victor (1998), «La République des lettres des temps modernes. L'Internationalisation des marchés universitaires occidentaux avant la Grande Guerre». *Actes de la recherche en sciences sociales*, 121/22: 92-103.
- KAUPPI, Niilo (1990), *Tel Quel. La Constitution sociale d'une avant-garde*. Helsinki: Finnish Society of Sciences and Let-

- ters (traducido al inglés como *The Making of an Avant-Garde: Tel Quel*. Berlín: Mouton de Gruyter, 1994).
- KAUPPI, Niilo (1992), «Investment Strategies and Symbolic Domination: The Group *Tel Quel* as an Intellectual Avant-Garde». Niilo KAUPPI y Pekka SULKUNEN, editores, *Vanguards of Modernity. Society, Intellectuals and the University*. Jyväskylä: University of Jyväskylä, 90-97.
- KAUPPI, Niilo (1996), *French Intellectual Nobility. Institutional and Symbolic Transformations in the Post-Sartrean Era*. Albany, NY: State University of New York Press.
- KAUPPI, Niilo (2010), *Radicalism in French Culture: A Sociology of French Theory in the 1960s*. Aldershot: Ashgate.
- KHILNANI, Sunil (1993), *Arguing Revolution. The Intellectual Left in Postwar France*. New Haven, CT: Yale University Press.
- KNORR CETINA, Karin (1981), *The Manufacture of Knowledge. An Essay on the Constructivist and Contextual Nature of Science*. Oxford; Nueva York: Pergamon Press (traducido al castellano como *La Fabricación del Conocimiento: Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la Ciencia*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2005).
- KONRÁD, György y SZELÉNYI, Iván (1981), *Die Intelligenz auf dem Wege zur Klassenmacht*. Frankfurt am Main: Suhrkamp (traducido al inglés como *The Intellectuals on the Road to Class Power*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1989).
- KOPPETSCH, Cornelia (2000), *Wissenschaft an Hochschulen. Ein Deutsch-Französischer Vergleich*. Konstanz: Universitätsverlag Konstanz.
- KRISTEVA, Julia (1969), *Σημειωτική. Recherches pour une Sémanalyse*. París: Le Seuil (traducido al inglés como *Desire in Language*. Nueva York: Columbia University Press, 1980).
- KRISTEVA, Julia (1990), *Les Samouraïs*. París: Fayard (traducido

- como *Los Samuráis*. Barcelona: Plaza & Janés, 1990).
- KUHN, Thomas S. (1968[1962]), *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: The University of Chicago Press. (traducido al castellano como *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971).
- KURZWEIL, Edith (1996[1980]), *The Age of Structuralism. Lévi-Strauss to Foucault*. New Brunswick, NJ: Transaction Columbia University Press.
- LACAN, Jacques (1966), *Écrits*. París: Le Seuil (traducido al inglés como *Écrits. A selection*. Nueva York: Norton, 1977).
- LACAN, Jacques (1973), *Le Séminaire. Livre XI. Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. París: Le Seuil (traducido al castellano como *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1987).
- LACLAU, Ernesto (1990), *New Reflections on the Revolution of Our Time*. Londres y Nueva York: Verso. (traducido al castellano como *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1993).
- LACLAU, Ernesto (1996), *Emancipation(s)*. Londres y Nueva York: Routledge (traducido al castellano como *Emancipación y diferencia*. Barcelona: Ariel 1996).
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1985), *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Londres y Nueva York: Verso (traducido al castellano como *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2004).
- LAMONT, Michèle (1987), «How to become a dominant French philosopher: The case of Jacques Derrida». *American Journal of Sociology*, 93 (3): 584-622.
- LAMONT, Michèle y WITTEN, Marsha (1988), «Surveying the

- Continental Drift: The Diffusion of French Social and Literary Theory in the USA». *French Politics & Society*, 6 (3): 17-23.
- LASH, Scott (1990), *The Sociology of Postmodernism*, Londres y Nueva York: Routledge (traducido al castellano como *Sociología del posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1997).
- LATOUR, Bruno (1984), *Les Microbes, guerre et paix*. París: Métaillié (traducido al inglés como *The Pasteurization of France*. Cambridge y Londres: Harvard University Press, 1988).
- LATOUR, Bruno (1987), *Science in Action*. Milton Keynes: Open University Press (traducido al castellano como *Ciencia en acción*. Barcelona: Labor, 1992).
- LE DÉBAT (1988), *Notre histoire. Matériaux pour servir à l'histoire intellectuelle de la France, 1953-1987*. Numéro spécial (50).
- LEITCH, Vincent (1983), *Deconstructive Criticism. An Advanced Introduction*. Nueva York: Columbia University Press.
- LEMERT, Charles (1981), «Literary Politics and the Champ of French Sociology», *Theory and Society*, 10: 645-669.
- LEMIEUX, Emmanuel (2003), *Pouvoir intellectuel. Les nouveaux réseaux*. París: Denoël.
- LEMKE, Thomas (1997), *Eine Kritik der politischen Vernunft. Foucaults Analyse der modernen Gouvernementalität*. Hamburgo: Argument.
- LENTRICCHIA, Frank (1980), *After the New Criticism*. Londres: The Athlone Press. (traducido al castellano como *Después de la nueva crítica*. Madrid: Visor, 1990).
- LESCOURRET, Marie-Anne (2008), *Pierre Bourdieu*. París: Flammarion
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1958), *Anthropologie structurale*. París: Plon (traducido en castellano como *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*. México: Siglo XXI, 1987).
- LÉVY, Bernard-Henri (1976), «Les Nouveaux philosophes», *Les*

Nouvelles Littéraires, 25-36.

- LEYMARIE, Michel (2001), *Les Intellectuels et la politique en France*. París: Presses Universitaires de France.
- LINDON, Mathieu (2011), *Ce qu'aime veut dire*. París: P.O.L. (traducido al castellano como *Lo que significa amar*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2012).
- LIPSET, Seymour Martin (1993), «Sources of Political Correctness on American Campuses», Howard Dickmann, editor, *The Imperiled Academy*. New Brunswick y Londres: Transaction Publishers, 71-95.
- LONG, Imogen (2013), *Women Intellectuals in Post-68 France: Petitions and Polemics*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- LOTTMAN, Herbert L. (1982), *The Left Bank. Writers, Artists, and Politics from the Popular Front to the Cold War*. Londres: Heinemann.
- LUHMANN, Niklas (1998), *Die Gesellschaft der Gesellschaft*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- MACHEREY, Pierre (1966), *Pour une théorie de la production littéraire*. París: Maspero (traducido al inglés, *Theory of Literary Production*. Londres: Routledge, 1978).
- MACKSEY, Richard y DONATO, Eugenio, editores (1970), *The Languages of Criticism and the Sciences of Man. The Structuralist Controversy*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- MAINGUENEAU, Dominique (2003), «Ouverture. Un tournant dans les études littéraires». Ruth Amossy y Dominique Maingueneau, editores, *L'Analyse du discours dans les études littéraires*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 15-25.
- MAN, Paul de (1986), *The Resistance to Theory*. Minneapolis: University of Minnesota Press (traducido al castellano como *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor, 1990).

- MANENT, Pierre (1985), «Raymond Aron éducateur», *Commentaire*, 8 (28/29): 155-168.
- MARCHART, Oliver (2005), *Neu beginnen. Hannah Arendt, die Revolution und die Globalisierung*. Viena: Turia & Kant.
- MARTOS, Jean-François (1989), *Histoire de l'Internationale Situationniste*. París: Lebovici (traducido al castellano como *Historia de la Internacional Situacionista*. San José: Montemira, 2012).
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich (1969 [1845]), *Die Deutsche Ideologie (MEW 3)*. Berlin: Dietz (traducido al castellano como *La ideología alemana*. Valencia: Universitat de València, 1991).
- MATHY, Jean-Philippe (2000), *French Resistance. The French-American Culture Wars*, Minneapolis y Londres: University of Minnesota Press.
- MATONTI, Frédérique (2005), *Intellectuels communistes. Essai sur l'obéissance politique. La Nouvelle Critique (1967-1980)*. París: Découverte.
- MAZON, Brigitte (1988), *Aux Origines de l'École des hautes études en sciences sociales*. París: CERF.
- MEYER, John W. (1980), «The Effects of Education as an Institution», *American Journal of Sociology*, 83: 55-77.
- MIKICS, David (2009), *Who was Jacques Derrida? An Intellectual Biography*. New Haven, CT: Yale University Press.
- MINISTÈRE ÉDUCATION NATIONALE (2005), *Repères et références statistiques sur les enseignements, la formation et la recherche*. París: Ministère Éducation Nationale Enseignement Supérieur Recherche.
- MINISTÈRE ÉDUCATION NATIONALE (2007), *Note d'Information 07.01*. www.education.gouv.fr. París: Ministère Éducation Nationale Enseignement Supérieur Recherche.
- MODERN LANGUAGE QUARTERLY (1997), «Special Issue:

- Pierre Bourdieu and Literary History», *Modern Language Quarterly*, 58(4).
- MONGIN, Olivier (1998), *Face au scepticisme. Les mutations du paysage intellectuel, 1976-1993*. Paris: Hachette.
- MOODY, Joseph N. (1978), *French Education since Napoleon*. Syracuse, NY: Syracuse University Press.
- MORAN, Joe (1998), «Cultural Studies and academic stardom», *International Journal of Cultural Studies*, 1 (1): 67-82.
- MORENO PESTAÑA, José Luis (2006), *En devenant Foucault. Sociogenèse d'un grand philosophe*. Broissieux: Editions du Croquant (traducido al castellano como *Convirtiéndose en Foucault: sociogénesis de un filósofo*. Barcelona: Editorial Montesinos, 2006).
- MORIN, Edgar (1986), «Ce qui a changé dans la vie intellectuelle française». *Le Débat*, 40: 72-84.
- MOSES, Claire Goldberg (1998), «Made in America: "French Feminism" in Academia». *Feminist Studies*, 24 (2): 241-274.
- MOURIAUX, René; PERCHERON, Annick; PROST, Antoine y TARTAKOWSKY, Danièle (1992), *1968. Exploration du Mai français. I-II*. Paris: L'Harmattan.
- MÜNKER, Stefan y ROESLER, Alexander (2000), *Poststrukturalismus*. Stuttgart: Metzler.
- MUSSELIN, Christine (2001), *La Longue marche des universités françaises*. Paris: Presses Universitaires de France (traducido al inglés como *The Long March of French Universities*. Nueva York y Londres: Routledge Falmer, 2004).
- NEWMAN, Kathy M. (1996), «Poor, Hungry, and Desperate? Or Privileged, Histrionic, and Demanding? In Search of the True Meaning of "Ph.D"». *Social Text*, 49: 97-131.
- NONHOFF, Martin (2006), *Politischer Diskurs und Hegemonie. Das Projekt «Soziale Marktwirtschaft»*. Bielefeld: Transcript.

- NORA, Pierre (1999), «L'École est aussi responsable. Un entretien avec Pierre Nora». *Le Nouvel Observateur*, 1804: 132-134.
- NORA, Pierre y GAUCHET, Marcel (1988), «Mots-moments: Existence, Aliénation, Discours/structure, Désir/pouvoir, Totalitarisme/Libéralisme/Individualisme». *Le Débat*, 50: 171-189.
- NORRIS, Christopher (1982), *Deconstruction: Theory and Practice*. Londres: Methuen.
- ORY, Pascal y SIRINELLI, Jean-François (1992), *Les Intellectuels en France, de l'affaire Dreyfus à nos jours*. Paris: Armand Colin (traducido al castellano como *Los intelectuales en Francia: Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: Universitat de València, 2007).
- PASSERON, Jean-Claude (1986), «1950-1980. L'Université mise à la question. Changement de décor ou changement de cap?» Jacques Verger, editor, *Histoire des universités en France*. Toulouse: Privat, 367-419.
- PATRON, Sylvie (2000), «*Critique*» (1946-1996): *une Encyclopédie de l'esprit moderne*. Paris: IMEC.
- PAVEL, Thomas (1989a), *The Feud of Language. A History of Structuralist Thought*. Cambridge, MA: Basil Blackwell.
- PAVEL, Thomas G. (1989b), *Le Mirage linguistique*. Paris: Minuit (traducido al inglés como *The Feud of Language. A History of Structuralist Thought*. Cambridge, MA: Basil Blackwell, 1989).
- PAVEL, Thomas (1990), «Empire et paradigmes», *Le Débat*, 58: 170-180.
- PAVEL, Thomas (1993), «De l'Esprit de conquête chez les intellectuels». *Le Débat*, 73: 11-16.
- PÊCHEUX, Michel (1969), «*Les sciences humaines et le "moment actuel"*». *La Pensée*, 143: 62-79.
- PEETERS, Benoît (2010), *Derrida*. Paris: Flammarion.
- PICARD, Raymond (1965), *Nouvelle Critique ou nouvelle impostu-*

re. París: Pauvert.

PINTO, Louis (1984), *L'Intelligence en action. Le Nouvel Observateur*. París: A. M. Métaillé.

PINTO, Louis (1987), *Les Philosophes entre le lycée et l'avant-garde. Les Métamorphoses de la philosophie dans la France d'aujourd'hui*. París: L'Harmattan.

PINTO, Louis (1991), «Tel Quel. Au sujet des intellectuels de parodie». *Actes de la recherche en sciences sociales*, 89: 66-77.

PINTO, Louis (1992), «Mass-Media Mandarins», en Niilo KAUPPI y Pekka SULKUNEN, editores, *Vanguards of Modernity. Society, Intellectuals and the University*. Jyväskylä: University of Jyväskylä, 98-106.

PINTO, Louis (1995), *Les Neveux de Zarathoustra. La réception de Nietzsche en France*. París: Le Seuil.

PINTO, Louis (2007), *La Vocation et le métier de philosophe. Pour une sociologie de la philosophie dans la France contemporaine*. París: Seuil.

POEL, Ieme van der (1992), *Révolution de la pensée: Maoïsme et féminisme à travers Tel Quel, Les Temps modernes et Esprit*. Amsterdam y Atlanta: Rodopi.

POLLAK, Michael (1978), *Gesellschaft und Soziologie in Frankreich. Tradition und Wandel in der neueren Französischen Soziologie*. Königstein y Taunus: Hain.

PRÉFECTURE ILE-DE-FRANCE (2006): *L'Enseignement*. <http://www.idf.pref.gouv.fr/donnees/enseignement.htm> (último acceso, 25 de septiembre de 2006).

PROST, Antoine (1981), *L'École et la famille dans une société en mutation*. París: Nouvelle Librairie de France.

PROST, Antoine (1997), *Éducation, société et politiques. Une histoire de l'enseignement de 1945 à nos jours*. París: Le Seuil.

QUADRUPPANI, Serge (1983), *Catalogue du prêt-à-penser français*

- depuis 1968*. París: Balland.
- RANCIÈRE, Jacques (1995), *La Mésentente. Politique et philosophie*. París: Galilée (traducido al castellano como *El desacuerdo: política y filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1996).
- RAPHAEL, Lutz (1994), *Die Erben von Bloch und Febvre. Annales-Geschichtsschreibung und nouvelle histoire in Frankreich 1945-1980*. Stuttgart: Klett.
- READER, Keith A. (1993), *The May 1968 Events in France. Reproductions and Interpretations*. Houndmills, Basingstoke y Londres: St. Martin's Press.
- READINGS, Bill (1996), *The University in Ruins*. Cambridge, MA y Londres: Harvard University Press.
- REUTER, Julia y WIESER, Matthias (2006), «Postcolonial, Gender und Science Studies als Herausforderung der Soziologie». *Soziale Welt*, 57 (2): 177-193.
- REVEL, Jacques (1996), «Une École pour les Sciences Sociales». Jacques Revel y Nathan Wachtel, editores, *Une École pour les Sciences Sociales. De la VIe Section à l'École des Hautes Études en Sciences Sociales*. París: CERF, 11-28.
- RHOADES, Gary y SLAUGHTER, Sheila (1997), «Academic Capitalism, Managed Professionals and Supply-Side Higher Education». *Social Text*, 51: 9-38.
- RICARDOU, Jean (1990 [1973]), *Le Nouveau Roman*. París: Le Seuil.
- RICOEUR, Paul (1961), *De l'Interprétation. Essai sur Freud*. París: Seuil (traducido al inglés como *Freud and Philosophy. An Essay on Interpretation*. New Haven, CT: Yale University Press, 1970).
- RIEFFEL, Rémy (1993), *La Tribu des clercs. Les intellectuels sous la Ve République, 1958-1990*. París: Calmann-Lévy.
- RIEFFEL, Rémy (1994), «Les normaliens dans la société intellectuelle française depuis 1945». Jean-François Sirinelli, editor,

- Ecole Normale Supérieure. Le Livre du Biencentenaire.* París: PUF, 215-239.
- RIEFEL, Rémy (2002), «Fondation Saint Simon», en Jacques JULLIARD y Michel WINOCK, editores, *Dictionnaire des intellectuels français. Les Personnes. Les Lieux. Les Moments.* París: Seuil, 586-587.
- RINGER, Fritz (1969), *The Decline of the German Mandarins. The German Academic Community, 1890-1933.* Cambridge, MA: Harvard University Press.
- RINGER, Fritz (1992), *Fields of Knowledge. French Academic Culture in Comparative Perspective, 1890-1920.* Cambridge: Cambridge University Press.
- RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François, editores (1991), *La Guerre d'Algérie et les intellectuels français.* París: Complexe.
- ROBERTSON, Roland (1992), *Globalization. Social Theory and Global Culture.* Londres, Newbury Park y New Delhi: Sage.
- ROSS, Kristin (2002), *May '68 and Its Afterlives.* Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- ROUDINESCO, Elisabeth (1993), *Jacques Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée.* París: Fayard (traducido al inglés como *Jacques Lacan. An Outline of a Life and a History of a System of Thought.* Oxford: Polity Press, 2005).
- SALUSINSZKY, Imre (1987), *Criticism in Society. Interviews with Jacques Derrida, Northrop Frye, Harold Bloom, Geoffrey Hartman, Frank Kermode, Edward Said, Barbara Johnson, Frank Lentricchia and J. Hillis Miller.* Nueva York y Londres: Methuen.
- SAPIRO, Gisèle (1999), *La Guerre des écrivains. 1940-1953.* París: Fayard (traducido al inglés como *The French Writers' War, 1940-1953.* Durham, NC: Duke University Press, 2014).
- SARTRE, Jean-Paul (1960), *La Critique de la raison dialectique.* Pa-

- rís: Gallimard (traducido al inglés como *Critique of Dialectical Reason*. Londres y Nueva York: Verso, 1990).
- SARUP, Madan (1988), *An Introductory Guide to Post-Structuralism and Post-Modernism*. Nueva York: Harvester Wheatsheaf.
- SCHIWY, Günther (1985), *Poststrukturalismus und Neue Philosophen*. Reinbek: Rowohlt.
- SCHOR, Naomi (1992), «The Righting of French Studies. Homosexuality and the Killing of “La pensée 68”». *Profession*: 28-34.
- SCHRIEWER, Jürgen (1972), *Die französischen Universitäten 1945-1968. Probleme, Diskussionen, Reformen*. Bad Heilbrunn: Klinkhardt.
- SCHRIEWER, Jürgen; KEINER, Edwin y CHARLE, Christophe, eds. (1993), *Sozialer Raum und Akademische Kulturen. A la recherche de l'espace universitaire européen*. Frankfurt: Peter Lang.
- SIRINELLI, Jean-François (1986), «Les Normaliens de la rue d'Ulm après 1945. Une génération communiste?» *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 32: 569-588.
- SIRINELLI, Jean-François (1988), *Génération intellectuelle. Khâgneux et normaliens dans l'entre-deux-guerres*. París: Fayard.
- SIRINELLI, Jean-François (1990), *Intellectuels et passions françaises. Manifestes et pétitions au XXe siècle*. París: Fayard.
- SIRINELLI, Jean-François (1995), *Deux intellectuels dans le siècle, Sartre et Aron*. París: Fayard.
- SIRINELLI, Jean-François (2005), *Comprendre le XXe siècle français*. París: Fayard.
- STÄHELI, Urs (2000a), *Poststrukturalistische Soziologien*. Bielefeld: Transcript.
- STÄHELI, Urs (2000b), *Sinnzusammenbrüche. Eine dekonstruktive Lektüre von Niklas Luhmanns Systemtheorie*. Weilerswist: Velbrück.
- STARR, Peter (1995), *Logics of Failed Revolt. French Theory after*

- May '68. Stanford, CA: Stanford University Press.
- TARIZZO, Davide (2003), *Il Pensiero libero. La filosofia francese dopo lo strutturalismo*. Milán: Cortina.
- TEL QUEL (1968), *Théorie d'ensemble*. Paris: Le Seuil (traducido al francés por Patrick Lack, Roland-François, editor. (1998), *The Tel Quel Reader*. Londres y Nueva York: Routledge; contiene sólo contribuciones seleccionadas).
- TREBITSCH, Michel (1992), «Avant-Propos: La Chapelle, le clan et le microcosme». *Cahiers de L'Institut d'Histoire du Temps Présent (Sociabilités Intellectuelles. Lieux, Milieux, Réseaux)*, 20: 11-21.
- TURKLE, Sherry (1992), *Psychoanalytic Politics. Jacques Lacan and Freud's French Revolution*. Londres y Nueva York: Guilford.
- URRY, John (2000), *Sociology Beyond Societies. Mobilities for the Twenty-First Century*. Londres y Nueva York: Routledge.
- VERDÈS-LEROUX, Jeannine (1983), *Au service du parti. Le Parti Communiste, les Intellectuels et la Culture (1944-1956)*. Paris: Fayard/Minuit.
- VERDÈS-LEROUX, Jeannine (1998), *Le savant et la politique. Essai sur le terrorisme sociologique de Pierre Bourdieu*. Paris: Grasset (traducido al inglés como *Deconstructing Pierre Bourdieu. Against Sociological Terrorism From the Left*. Nueva York: Algora, 2001).
- VIALA, Alain (1985), *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique*. Paris: Minuit.
- WAHL, François (1973), *Philosophie: La philosophie entre l'avant et l'après du structuralisme*. Paris: Seuil.
- WEBER, Max (1921), *Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriß der verstehenden Soziologie*. Tübingen: Mohr.
- WEISZ, George (1983), *The Emergence of Modern Universities in*

- France 1863-1914. Princeton: Princeton University Press.
- WELSCH, Wolfgang (1987), *Unsere Postmoderne Moderne*. Weinheim: VCH.
- WIENER, Jon (1990), «Dealing with Deadwood. The Arizona Approach». *Lingua Franca* 1 (2): 1, 14-17, 29.
- WILCKEN, Patrick (2010), *Claude Lévi-Strauss. The Poet in the Laboratory*. Nueva York: Penguin.
- WINOCK, Michel (1975), *Histoire politique de la revue «Esprit» (1930-1950)*. París: Seuil.
- WINOCK, Michel (1985), «L'âge d'or des intellectuels». *L'Histoire*, 83 (Noviembre): 20-34.
- WINOCK, Michel (1999 [1997]), *Le siècle des intellectuels*. París: Seuil.
- WOLIN, Richard (2010), *The Wind from the East. French Intellectuals, the Cultural Revolution and the Legacy of the 1960s*. Princeton: Princeton University Press.
- WOOD, Philip R. (1991), «French Thought under Mitterand. The Social, Economic and Political Context for the Return of the Subject and Ethics, for the Heidegger Scandal and for the Demise of the Critical Intellectual». *Contemporary French Civilization*, 15 (2): 244-267.
- ZIMA, Peter V. (1994), *Die Dekonstruktion. Einführung und Kritik*. Stuttgart: UTB (traducido al inglés como *Deconstruction and Critical Theory*. Londres y Nueva York: Continuum, 2002).
- ŽIŽEK, Slavoj (1991), *Looking Awry. An Introduction to Jacques Lacan through Popular Culture*. Cambridge, MA y Londres: MIT Press.

... ..

El autor

JOHANNES ANGERMULLER (Erlagen, Alemania 1973-). De 2009 a 2012, enseña como Profesor de Sociología de la Educación en la Universidad de Mainz (Alemania). En 2012, fue nombrado Profesor de Análisis del Discurso en el Centro de Lingüística Aplicada en Warwick (Coventry, Reino Unido). Ha sido asimismo profesor de análisis del discurso, lenguajes y lingüística aplicada en la Open University (Milton Keynes, Reino Unido) desde 2019. Si bien sus intereses de investigación se centran en el posestructuralismo y los efectos sociales del uso lingüístico, especialmente en la construcción discursiva del orden social, ha estudiado tanto discursos académicos, como educativos y políticos. Es ponente de la Junta Científica del *Institut Solidarische Moderne*, está afiliado al Centro de Lingüística Aplicada en Warwick, y es miembro de CEMS/EHES en París. Actualmente vive entre Londres y París. Entre sus últimas publicaciones y colaboraciones destacan *Analyse du discours et dispositifs d'énonciation. Autour des travaux de Dominique Maingueneau* (2015), *Why there is no poststructuralism in France. The making of an intellectual generation* (2015), *DiskursNetz: Wörterbuch der interdisziplinären Diskursforschung* (2014), *Poststructuralist Discourse Analysis: Subjectivity in Enunciative Pragmatics* (2014), *Postdisciplinary Studies in Discourse* (2014), *Diskursforschung. Ein interdisziplinäres Handbuch. Band 1: Theorien, Methodologien und Kontroversen* (2014), *Les discours de l'économie* (2013), *Le champ de la théorie: Essor et déclin du structuralisme en France* (2013) y *Analyse du discours poststructuraliste. Les voix du sujet dans le langage chez Lacan, Althusser, Foucault, Derrida, Sollers* (2013).

DADO Ediciones es una microeditorial interesada en publicar libros inéditos de carácter científico-social con una clara vocación política, aunque no sea de intervención directa ni de demostración militante. No pretende aprehender la totalidad de los fenómenos sociales, ni se declara apta para organizar la sociedad en sus aspectos teóricos o pragmáticos. Tampoco se erige en portavoz del antagonismo, de la rebeldía, de la oposición, del contrapoder o de la docencia progresista. Más bien evita todos esos lugares comunes de la divagación actual que parecen haber convertido un humilde oficio, como la edición de libros, en un dogma de consolación. Tan sólo se apasiona por la ambición de la crítica y por su difusión a través de un medio tan convencional como poderoso, el libro.

Colección DISONANCIAS

1. ALAIN BROSSAT

El gran hartazgo cultural

2. ROBERTO RODRÍGUEZ (ed.)

Contrapsicología

3. ARNAULT SKORNICKI

La gran sed de Estado. Michel Foucault y las ciencias sociales

4. JORGE FERNÁNDEZ GONZALO

Manifiesto pospolítico

5. GENNARO AVALLONE y ENRIQUE SANTAMARÍA (coords.)

Abdelmalek Sayad: una lectura crítica

6. COLECTIVO AUFHEBEN

El retorno de la crisis. La crisis financiera de 2007 y su paso por Europa

7. JUAN MANUEL CINCUNEGUI

Miseria planificada. Derechos humanos y neoliberalismo

Colección ENTELEQUIA

1. ANDRÉS LOMEÑA

Ficcionología

2. JOHANNES ANGERMULLER

¿Quién dijo posestructuralismo?

Colección INÉDITA

1. MAURICE HALBWACHS

Los orígenes del sentimiento religioso según Durkheim

2. ALFRED SOHN-RETHEL

Trabajo manual y trabajo intelectual

3. DAVID J. DOMÍNGUEZ (ed.)

Clío en disputa. El debate epistemológico entre sociólogos e historiadores (1903-1908)

4. DANIEL SUEIRO

La pena de muerte: ceremonial, historia, procedimientos

Colección FILOSOFÍA Y SOCIEDAD

1. JOSÉ LUIS VILLACAÑAS y RODRIGO CASTRO (eds.)

Foucault y la historia de la filosofía

2. EMMANUEL CHAMORRO y ANXO GARRIDO (eds.)

Fue solo un comienzo. Pensar el 68 hoy.

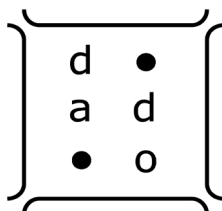
Colección VARIACIONES

1. DOMINIQUE CARDON

Con qué sueñan los algoritmos

* * *

ENTELEQUIA indaga en los textos que se refieren a ese estado o tipo de existencia en el que una cosa está trabajando activamente en sí misma hacia la consecución de un fin intrínseco. Una situación perfecta e ideal que solo existe en la imaginación porque alcanza la autosuficiencia. Territorio de la retórica, la poética, la literatura, la metanarrativa.



La presente edición de *¿Quién dijo posestructuralismo?*
La creación de una generación intelectual,
de Johannes Angermuller se terminó
de imprimir en Gráficas de Diego,
Madrid, en diciembre de 2019



